

UN CAFÉ PARA MI AMADO

Román
Figueredo

2024

Un café para mi amado.

Román Figueredo.

***Un café para mi amado*.**
Copyright © 2023, Román Figueredo.
Todos los derechos reservados
Portada: Román Figueredo.

Índice

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 1

El aire exterior le helaba en las mejillas sonrosadas, así que se acercó aún más la bufanda. Hacía poco que había empezado a nevar y no estaba preparado. El frío solía llegar en los meses posteriores. Acababa de recorrer la corta distancia que separaba su oficina de la cafetería que había al final de la calle, que había cerrado por alguna razón inoportuna. Cuando se marchó, apenas hacía frío, pero sin duda el tiempo había cambiado rápidamente.

Desprevenido como estaba, buscaba un refugio rápido contra los duros vientos que tiraban de su abrigo.

Se encontraba en pleno invierno, cuando las bajas temperaturas y las nevadas son comunes. A pesar de tener las mejillas sonrosadas por el frío, intentaba protegerse con su bufanda, pero aun así sentía el viento helado penetrar en su piel. Parecía que la nevada había comenzado hacía poco tiempo y no estaba preparado para enfrentarla.

Había salido de su oficina y se dirigió a la cafetería que estaba al final de la calle, probablemente para tomar un descanso y disfrutar de un café caliente. Sin embargo, al llegar allí se encontró con que estaba cerrada por alguna razón desconocida e inoportuna.

Esta situación lo dejó aún más desprotegido ante el frío y la nieve, y probablemente tuvo que buscar otro lugar para refugiarse y calentarse. La escena transmite una sensación de soledad y desolación, en medio de un clima invernal hostil y con la sorpresa de encontrar su lugar habitual cerrado.

Tuvo suerte cuando pasó por delante de una panadería, de cuya puerta salían olores deliciosos. Con los dedos rígidos, buscó el pomo de la puerta. La puerta crujió cuando la abrió, claramente descontenta por el frío. Dentro hacía calor, y la cara le ardía por el repentino calor.

Apenas había cruzado la mitad de la puerta cuando el olor a bollería recién horneada le golpeó con renovada fuerza. Y no sólo eso, fue recibido con sonrisas. De repente, se le alegró el día. Quién iba a decir que un poco de calidez y amabilidad cambiarían tanto las cosas.

Se sentó en uno de los lujosos sofás y suspiró. Su pausa para comer estaba a punto de terminar y tenía que prepararse para una reunión importante justo después. Su nivel de estrés era altísimo. Ni siquiera el relajante ambiente de la cafetería le ayudaba. Sin pensarlo, se llevó la mano al bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos y un mechero.

Unos segundos después, alguien carraspeó detrás de él. Se giró y sus ojos se cruzaron con un par de azules llamativos. Sus cejas se alzaron al contemplar el aspecto del hombre más joven; el pelo erizado en todas direcciones, harina cubriéndole la frente y el cuello. Parecía que acababa de salir de la sección trasera de la tienda. Tal vez acababa de terminar una hornada de galletas.

"No se puede fumar aquí", dijo con voz suave. El hombre de la mesa se miró las manos y frunció el ceño. No se había dado cuenta de que había sacado los cigarrillos.

"Por supuesto", respondió. "Lo siento". El otro se limpió las manos polvorientas en el delantal, antes de sacar un pequeño bloc de notas del bolsillo.

"¿Puedo tomarle nota?", preguntó y sonrió. Sus mejillas casi se ahuecaban, los hoyuelos eran tan profundos.

"La verdad es que nunca había estado aquí. ¿Qué me recomienda?" Sus ojos se clavaron en la sonrisa del joven. Parecía auténtica, y hacía mucho tiempo que no veía una así. En su profesión no eran habituales.

"Bueno, soy un poco parcial, ya que soy el panadero, pero diría que todo lo que servimos es absolutamente delicioso. Pero creo que las magdalenas de terciopelo rojo deberían estar listas en cualquier momento. ¿Quizás uno de esos? Y Sarah hace el mejor café negro. ¿Te parece bien?, y una magdalena ¿Para comer?" Miró su reloj y vio que no tenía mucho tiempo de todos modos.

"Suena perfecto", respondió y consiguió devolverle la sonrisa. El teléfono del panadero sonó en su bolsillo, y toda su cara se iluminó de nuevo.

"Eso serían las magdalenas, ahora vuelvo" Se marchó y el hombre de la mesa volvió a mirar el reloj. Se le acababa el tiempo y tenía que volver a la oficina. Un suspiro de frustración salió de sus labios.

A pesar del exceso de trabajo, disfrutaba de cada minuto que no pasaba encerrado en aquella horrible habitación del edificio, no muy lejos de allí, el despacho.

La oficina en la que había trabajado desde que acababa de licenciarse, que no hacía demasiados años, y de la que parecía bastante cansado. Ansiaba unas vacaciones en algún lugar cálido, pero sabía que no era una posibilidad en un futuro próximo, ya que su jefe acababa de decidir prestarle a otra empresa. Allí debía arreglar su situación financiera antes de volver. A pesar de que esto interfería en sus planes de vacaciones, esperaba con impaciencia el cambio de ambiente.
Poco después, el otro hombre le sacó de su pesimismo.

"Una magdalena de terciopelo rojo y una taza de café extrafuerte, parece que lo necesitas" Dijo con una sonrisa.

"Sin ánimo de ofender" Se apresuró a añadir cuando sus ojos se abrieron de par en par. "Y, además, te lo he puesto en una bolsa para llevar, ya que parecías bastante estresado. Sólo asegúrate de pagar antes de irte; tengo que volver corriendo a comprobar el horno, que tengas un buen día"

Con eso se fue, y cualquier rayo de sol que parecía haber iluminado el estado de ánimo del otro hombre se había ido.

Otro suspiro después salió por la puerta y caminó a través de la gruesa capa de nieve de vuelta al trabajo. Tendría que almorzar en la oficina, como tantas otras veces.

Cuando abrió la bolsa, la magdalena aún estaba caliente. No pudo evitar sonreír al morderla.

CAPÍTULO 2

El sol acababa de salir cuando Christoffer se despertó. Al mirar por la ventana, todo lo que veía era blanco. Los rayos del sol no llegaban a todo el paisaje de la ciudad, pero allí donde podían brillar todo parecía recubierto de oro líquido.

Le encantaba despertarse así de temprano por las mañanas, y por eso a menudo pedía ser él quien abriera la tetería donde trabajaba. La tetería de la tía Dima. Vale, en realidad no era su tía, ni la tía de nadie. Pero desde que abrió la tienda hace Dios sabe cuántos años, así la llamaba la gente. Ahora era una mujer mayor, pero durante toda su infancia había sido su segunda madre. Sin embargo, no le dejaba llamarla así, porque creía que deshonraría a su madre biológica. Así que, una vez más, se convirtió en su tía.

Cuando tuvo edad suficiente, empezó a trabajar en la tienda, que al principio sólo vendía té. Ni siquiera había un lugar donde sentarse a beberlo, simplemente lo comprabas y seguías tu camino. Pero cuando el joven Christoffer empezó a trabajar allí, las cosas cambiaron. La vejez de Dima nunca le impidió trabajar activamente, pero se alegraba de tener un alma más joven en la tienda; parecía atraer a nuevos clientes.

Por eso confió plenamente en Christoffer cuando le propuso que tal vez la tienda necesitaba una mejora. Como la tienda había tenido mucho éxito durante muchos años, el dinero nunca fue un problema, y juntos ampliaron y rediseñaron e hicieron todo lo necesario. Con esta renovación llegó el nuevo nombre. La tía Dima insistió en que Christoffer debía recibir algún reconocimiento por su trabajo y quiso ponerle su nombre a la tienda, pero él se negó.

Sabía que la mayoría de la gente acudía a la tienda para ver a la tía Dima y cotillear con ella, así que él solito decidió cambiar el nombre a "La tetería de la tía Dima" en lugar de "La tetería". Parecía demasiado anónimo para una mujer tan conocida y querida.

Pero aun así era Christoffer quien hacía la mayor parte del trabajo. Con la ampliación había deseado tener una cocina para hornear, y ahora también eran una cafetería. Cuando la mayor parte de su esfuerzo se dedicó a hornear, necesitaban a alguien que se ocupara de la parte delantera junto con Dima. Fue entonces cuando Sarah entró en escena. Era una chica muy brillante, que sólo iba a trabajar un par de meses el verano antes de ir a la universidad, pero se enamoró tanto de la tienda que decidió que la universidad podía esperar. Su pelo pelirrojo y su gran sonrisa eran muy bienvenidos para quedarse, pues siempre mejoraba el humor de la gente con palabras amables e ingeniosas.

Los sábados madrugaba para hornear. La tienda siempre estaba llena los fines de semana, y tenían que asegurarse de que los bollos, pasteles y tartas recién horneados no se acabaran nunca.

Christoffer se esforzaba mucho, pero le encantaba. Era una de esas almas cálidas y amables que nunca dejaban de sorprender por lo genuinas que parecían. Tanto si estaba horneando como interactuando con los clientes, tenía una sonrisa en la cara, una risa burbujeante y un humor brillante que nunca parecía apagarse.

Tenía la costumbre de tararear para sí mismo mientras trabajaba, y por eso no oía entrar ni a Sarah ni a la tía Dima. Estaba perdido en su propio mundo, como le ocurría a menudo. No fue hasta que entró el primer cliente y pidió "lo que haya en el horno" (sí, esa era una opción real de su menú) que volvió a ser consciente del resto del mundo.

Así estuvo todo el día, y a las seis en punto estaba seguro de que tenían suficientes dulces para las últimas tres horas. Era entonces cuando solía empezar a trabajar en la tienda como camarero para asegurarse de que el público de la tarde no tuviera que esperar demasiado. Aunque salía mientras los dulces se cocían en el horno, siempre le hacía ilusión conocer a la gente.

Era una persona muy sociable, y le encantaban los cotilleos que la multitud traía consigo cada día. Incluso en una ciudad como ésta, había cotilleos de pueblo. Es decir, la gente cotilleaba sobre personas, lugares y sucesos, tal y como se haría en una cafetería de pueblo. En la ciudad, no todo el mundo se conocía, pero lo parecía por la forma en que hablaban los unos de los otros. Era bastante entretenido, la verdad.

"¡Christoffer!", llamó una voz familiar. "¡Ven aquí, te necesito desesperadamente!" Christoffer se dio la vuelta y se encontró con la cara redonda de Diana, una de las clientes habituales. Pudo ver que ya habían sido atendidos, pero desde que se enteró de que era gay, a ella le encantaba tomarle el pelo intentando emparejarlo con su hijo. Su hijo que, de hecho, no era gay en absoluto. No era gay, y encima estaba casado.

Christoffer empezó a dirigirse hacia allí, hasta que oyó sonar el timbre, que le indicaba que había llegado un nuevo cliente.

"Un segundo" Dijo y sonrió a la señora y sus amigos. Desvió la mirada hacia el hombre que acababa de entrar en la concurrida tienda y que parecía estar buscando una mesa. Le resultaba vagamente familiar. Christoffer se acercó a saludarlo y, con una sonrisa, le preguntó: "¿Quiere sentarse o sólo está recogiendo algo?" El hombre le miró.

"Ah, es usted" Dijo. Así que ya había estado aquí antes. "Me gustaría una mesa sí, pero parece un poco estrecho. Quizás tome algo para llevar"

"Si no le molesta la multitud, tengo un reservado vacío al fondo" Christoffer sonrió al hombre.

"Está justo al lado de la puerta de la cocina, así que serías el primero en saber cuándo está lista la siguiente tanda de galletas", dijo burlonamente. Por alguna razón no quería que el hombre se fuera. Sería una pena perder un cliente, se dijo.

"En ese caso, el hombre le devolvió la sonrisa. "Muéstreme esa mesa mágica que me daría tal ventaja" Christoffer se dio la vuelta y caminó hacia la mesa, dolorosamente, por la mirada del hombre en su espalda. Por alguna razón, no le gustaba que lo observaran.

"El menú está ahí en la mesa, enseguida vuelvo para tomarle nota" Antes de que tuviera tiempo de marcharse, el hombre le detuvo.

"En realidad, estuve aquí hace un par de días. Le pedí que eligiera algo para mí, y quedé inmensamente satisfecho. ¿Podría volver a hacerlo?" Cuando el hombre habló, Christoffer recordó de repente su breve encuentro. Eso hizo que su cara se iluminara de nuevo y se rio.

"¡Oh, me ha parecido reconocerle! Por supuesto, con mucho gusto elegiría por usted. Veamos..." Intentó recordar lo último que había puesto en el horno. "¿Qué tal una magdalena de manzana especiada con una taza de té a eso?" El hombre pareció considerarlo durante un segundo.

"¿Sería posible tomar una taza de café con él en su lugar?" Una risa corta burbujeó del pecho de Christoffer y escapó de su boca sin permiso.

"Así que eres uno de esos, ¿eh? Por supuesto, podría hacerlo"

"Espera", dijo el hombre con el ceño fruncido, "¿qué quieres decir con 'uno de esos?"

"Estrictamente bebedores de café. No tenemos muchos de esos, ya que esta es una tetería, pero a veces aparecen" Christoffer empezó a alejarse, pero se volvió antes de desaparecer por completo. "He conseguido convertir a la mayoría de ellos a nuestro bando" añadió con una sonrisa de satisfacción, y desapareció de su vista.

CAPÍTULO 3

Resulta que la panadería que Leonard visitó aquel almuerzo era muy conocida entre sus compañeros, y varios de ellos reconocieron la bolsa que llevó al trabajo. Después de todos los elogios que había oído sobre ella, y de su propia agradable experiencia, decidió volver. Por desgracia, su agenda del viernes no se lo permitió. Pasó toda la tarde leyendo sobre la nueva empresa a la que debía ayudar y, por lo que había averiguado, sus finanzas eran un desastre. Entendió por qué le habían pedido ayuda.

A pesar de su corta edad, 31 años, era muy conocido en su campo de trabajo. No tardó mucho en ascender y conseguir un trabajo bien remunerado en una de las principales empresas de Inglaterra. Lo más probable es que las habladurías se debieran a su edad. Los rumores de que había llegado a la cima durmiendo eran frecuentes, porque los viejos amargados a los que superaba en pocos meses no podían soportar la verdad. Simplemente, tenía talento natural para lo que hacía.

Ahora, un sábado, seguía encerrado en su despacho. El trabajo no respetaba los fines de semana. Sin embargo, el reloj seguía corriendo y pronto llegaría la hora de irse. Se negaba a quedarse más allá de las seis, por mucho que le regañara su jefe. Su jefe era un viejo gruñón y nadie le hacía caso. Era un milagro que se hiciera algo de trabajo en la oficina.

Cuando el reloj de Leonard le dijo por fin que era hora de irse, dejó escapar un suspiro de alivio. Parecía que la mayoría de sus sentimientos podían transmitirse a través de diferentes tipos de suspiros, pero también descubrió que rara vez eran interpretados correctamente por los demás.

La mayoría de la gente preferiría transmitir esas emociones verbalmente, pero eso era algo que a Leonard se le daba bastante mal. Tal vez por eso sus relaciones anteriores habían terminado de forma abrupta.

En cualquier caso, salió de la oficina. Ya había planeado adónde iría, y minutos después estaba de nuevo ante la puerta de la Tetería de la Tía Dima. Se preguntó brevemente si el panadero estaría allí de nuevo o no, pero rápidamente decidió que no importaba. No era como si hubiera vuelto por él; era el ambiente cálido y relajante que tanto anhelaba.

La puerta no era tan ruidosa como la recordaba, tal vez el frío no era tan intenso esta vez. Sin embargo, la nieve seguía en el suelo.

Una vez más, el calor y los deliciosos olores le golpearon al abrir la puerta, y no pudo evitar sonreír. Ya se sentía como en casa en esta pequeña tienda escondida en la esquina de la calle. Tendría que venir más a menudo, se recordó mientras cerraba la puerta tras de sí. Cuando levantó la vista, se encontró con los ojos azules que recordaba de la última vez.

"¿Quiere sentarse o sólo está recogiendo algo?". Los hoyuelos de la mejilla del panadero eran increíblemente profundos, observó Leonard. Se asombró por un segundo, ¿nunca había dejado caer esa sonrisa de su cara?

"Oh, eres tú". En serio, ¿eso es todo lo que se le ocurrió? Como ya se ha dicho, no era demasiado bueno con las palabras.

"Me gustaría una mesa, sí, pero parece un poco estrecho. Quizás tome algo para llevar" El panadero no parecía muy contento con esa idea, y le convenció para que cogiera una mesa en la parte de atrás. Tras otro breve encuentro, estaba sorbiendo una taza de moca divina con trocitos de magdalena alrededor de la boca. Le apetecía desesperadamente otra taza de café, así que cuando estableció contacto visual con el panadero levantó ligeramente la mano.

El panadero empezó a acercarse a él, y Leonard sintió una cálida sensación en el pecho. ¿Felicidad? Se alegró de satisfacer su adicción al café, por supuesto.

"¿Otra taza de café?" preguntó el panadero. Leonard tomó nota mental de preguntarle su nombre más tarde. Llamarle simplemente "El Panadero" ya no le parecía suficiente.

"¿Cómo lo sabías?" preguntó Leonard en tono burlón, pero completamente curioso. Tal vez era una habilidad que los camareros desarrollaban con el tiempo, supuso. Conocer las necesidades de sus clientes antes que ellos mismos.

"Apenas tuviste tiempo de dejar la taza antes de llamarme, y la has estado agarrando desesperadamente todo este tiempo", respondió sonriendo. De nuevo, esa sonrisa.

Leonard volvió a sentirse confuso, desconcertado por la observación del otro hombre. ¿De verdad le había estado prestando tanta atención? Leonard ignoró sus pensamientos anteriores, por supuesto sabía que observar y complacer al cliente era el trabajo del hombre como camarero.

"Bueno, tienes razón. Me gustaría tomar otra taza de café. Y dale un cumplido a Sarah, ¿quieres? El moca estaba absolutamente divino" El panadero alcanzó su taza, y antes de salir corriendo contestó:

"Por supuesto, sólo un segundo."

Durante toda aquella tarde, Leonard no pudo dejar de pensar en su encuentro. Aquella tetería tenía algo especial. Había algo especial en la gente que trabajaba en ella; en un hombre en particular. Pero Leonard nunca admitiría que ésa era la razón de su regreso. Claro que no, ya era demasiado mayor para estúpidos enamoramientos de instituto. No, simplemente le gustaba el ambiente.

Qué aburrida sonaba esa frase tan repetida. Sólo volvía por el ambiente. ¿Cuántas veces no se había dicho exactamente eso?

Pero su mente volvía a su breve conversación. Debía admitir que el hombre parecía interesante. No le importaría conocerle. Hacía mucho tiempo que no encontraba un nuevo amigo. Tal vez por eso sentía esa extraña sensación cerca del panadero. No estaba seguro de cómo actuar cuando hacía amigos.

Era un verdadero milagro que no fuera tan torpe durante sus horas de trabajo.

Los únicos amigos que tenía en realidad no eran muchos. Su antiguo compañero de piso, un par de conocidos de la escuela, y luego los otros dos. No sabía exactamente cómo habían llegado a caerle tan bien, porque eran polos opuestos. Aun así, se encontraron en un bar, demasiado concurrido para el gusto de Leonard. Los otros dos debieron de darse cuenta, y se acercaron para acosarle un poco más.

Acabaron pasando una velada muy divertida, estrechando lazos con unas cuantas copas e intercambiando números antes de irse cada uno por su lado esa misma noche.

Los otros dos eran gemelos. Ambos altos, rubios y muy extrovertidos. Populares entre el público femenino. Eso por sí solo debería haber sido suficiente para decirle a Leonard que se mantuviera alejado de ellos; realmente no necesitaba más atención femenina. Pero lo adoptaron, en cierto modo. Estaban decididos a alejarlo del bar y llevarlo a la pista de baile. No sólo literalmente, sino también en sentido figurado. Era un poco reservado en situaciones sociales, un hombre más bien frío que nunca decía más de lo necesario.

Así era él. También por eso a los gemelos les pareció tan extraño, cuando más tarde se enteraron de lo de las pequeñas andanzas de Leonard en la tienda de tés, que casi pareciera emocionado por ello. Emocionarse por algo así no era propio de Leonard. Sin embargo, los dos gemelos decidieron que era un buen cambio.

Cuando Leonard se encontró en la cama esa noche, se sentía bastante extraño. Se sentía... contento. No estresado, como solía sentirse cuando se acostaba por la noche. No había ningún

pensamiento en su mente que tuviera que ver con el trabajo por el que supuestamente estaba estresado. No, se sentía contento tumbado en la cama, sin pensar en nada, en realidad. Bueno, tal vez eso no era del todo cierto. Había una ligera sombra de algo, justo ahí, en el fondo de su mente. No estaba muy claro, pero justo antes de que sus ojos se cerraran y su respiración se estabilizara, el pensamiento se hizo claro.

Nunca preguntó el nombre del panadero.

CAPÍTULO 4

Christoffer estaba de nuevo en la panadería a primera hora de la mañana del lunes. Durante los días laborables abrían sus puertas a las seis de la mañana, para asegurarse de que todo el que quisiera pudiera pasarse a desayunar por la tienda. Eso significaba que Christoffer tenía que estar allí al menos una hora antes para empezar a hornear, y justo antes de que abrieran todo tenía que estar colocado en su sitio. Era estresante y pesado, pero a Christoffer le encantaba. Aunque no lo hiciera, lo habría hecho encantado; era una de esas personas. Desinteresado, nunca se pone a sí mismo primero. Mientras que Christoffer pensaba que esta era una de sus mejores cualidades, otros no estaban de acuerdo.

Por ejemplo, la tía Dima. Ella podía ver cómo Christoffer luchaba largas y duras horas en la panadería, y aunque él nunca lo admitiría, lo estaba desgarrando. Había noches en las que sólo dormía un par de horas, porque era el último en salir de la tienda y el primero en llegar por la mañana. Esto era algo en lo que Christoffer nunca había pensado, para él era obvio que tenía que ocurrir. Pero la tía Dima tenía muchos sentimientos de culpa por ello. El problema, sin embargo, era que Christoffer no podía ver el problema. Ella había intentado hablar con él varias veces, pero él nunca entendía qué le pasaba. Sólo veía que le necesitaban y, por lo tanto, también estaba dispuesto a intervenir.

Ya se había hablado de la opción de contratar a un segundo panadero, pero Christoffer dijo rápidamente que no. No quería obligar a la tía Dima a contratar a otro panadero, eso significaría una paga más cada mes. Christoffer haría cualquier cosa para evitar que algo así pesara sobre sus hombros. Incluso si eso significaba que su salud estaba en juego.

Pero esta mañana en particular Christoffer se sentía aún más excitado que de costumbre. Sabía exactamente por qué, y no tenía miedo de admitirlo. Estaba deseando encontrarse de nuevo con el Sr. Guapo esta noche.

Sr. Guapo era el nombre que Christoffer daba al hombre de negocios que había empezado a venir últimamente; no sabía su verdadero nombre. Pero Sr. Guapo parecía un buen sustituto, porque era exactamente lo que era. Tenía unos ojos grises penetrantes, capaces de ver directamente en el alma de quien lo deseara, el pelo despeinado por las horas pasadas en la oficina y una mandíbula más afilada que los utensilios que Christoffer utilizaba para hornear. Era obvio que tenía un trabajo de oficina, ya que siempre llevaba traje y corbata, aunque a menudo tenía un aspecto algo rudo al entrar en la tienda.

Christoffer se había dado cuenta de todo esto la última semana. El hombre siempre aparecía exactamente a las seis en punto, presumiblemente cuando salía del trabajo. Coincidía perfectamente con la hora en que Christoffer se dedicaba a servir mesas. Ni una sola vez eligió él mismo qué comer, sino que parecía saber dónde sentarse para que Christoffer le sirviera la mesa y también eligiera por él.

Todas las veces había rechazado las tazas de té que Christoffer le ofrecía, insistiendo en que prefería una taza de café. Esto hizo que Christoffer se sintiera cada vez más frustrado: ¿por qué un hombre sentado en una tetería iba a rechazar un té? ¿Por qué iba a ir allí? Bueno, la respuesta era bastante obvia para Christoffer; el hombre simplemente había caído en su panadería como tantos otros antes que él.

A la hora prevista de apertura de la tienda, Christoffer había salido de su burbuja pastelera. Había programado uno de los temporizadores para que sonara cinco minutos antes de abrir, porque sabía que, de lo contrario, podría estar todo el día en la cocina sin darse cuenta de que pasaba el tiempo.

Todo lo que había horneado esa mañana estaba cubierto con un paño para mantenerlo algo caliente; sin duda, los clientes lo preferían así si era posible. Ahora sólo tenía que llevar las grandes bandejas a la tienda y destaparlas, y ya estaba todo listo. Las cafeteras ya estaban encendidas y las teteras llenas de agua caliente. Todo estaba en orden.

Las horas entre las seis y las ocho de la mañana eran siempre agitadas. La gente que iba a trabajar se pasaba a desayunar, la mayoría de ellos estresados por el trabajo y necesitaban la comida hecha cuanto antes. En realidad, Christoffer no debería estar solo a esas horas, pero Sarah había pedido una vez quedarse a dormir, y después de eso él la dejaba empezar un par de horas más tarde.

Por supuesto, sabía cómo eran las mañanas y sabía que sería más fácil repartir la carga entre dos, pero ¿quién diría que no a dos horas más de sueño? Ella no, evidentemente. Puede que Christoffer se arrepintiera de aquella decisión, pero nunca vocalizó sus pensamientos. Realmente no quería despertar a Sarah tan temprano, a menos que él mismo no pudiera soportar el ajetreo matutino. Y podía, realmente podía. Sólo era un poco estresante, nada a lo que no estuviera acostumbrado.

Cuando terminó el peor tráfico de la mañana, volvió a la cocina. Sólo fuera de su vista podía dejar que sus hombros se desplomaran y su cabeza se inclinara hacia delante. Realmente debería haberse dado prisa con la limpieza de ayer; le habrían venido bien otros treinta minutos de sueño. Estaba apoyado en el banco de trabajo, con los ojos cerrados, cuando oyó sonar el timbre de la puerta de entrada a la tienda.

Inmediatamente se enderezó y volvió a sonreír. Estaba realmente contento de atender a otro cliente.

Pero resulta que no era un cliente. Era Sarah que entraba, vestida con la ropa negra de siempre. Aunque él le sonrió, ella lo descubrió. Ella lo conocía mejor que él mismo.

"Oh, querido. No deberías insistir en trabajar solo por la mañana, veo lo cansado que estás. ¿Has dormido lo suficiente? Oh, qué pregunta más estúpida, ¡claro que no! Deberías ir atrás y descansar, querido. Yo me ocuparé de la tienda" Todo esto salió de su boca en cuestión de segundos, y Christoffer se sintió un poco abrumado. Le hablaba como lo haría la tía Dima, a pesar de ser apenas un año mayor que él. Era un personaje extraño, pero él la adoraba por ello.

"Estoy bien, Sarah, no necesito descansar. Además, tengo que hornear más dulces. Hoy es lunes, ya sabes que la gente tiene antojo de dulces para alivianar la amarga idea de que el descanso del fin de semana ha acabado. Ahora no es momento de flaquear", Dijo y se esforzó por sonreír de forma más convincente. "Puede que hoy me tome unos minutos libres, si no me encuentro bien", intentó tranquilizarla.

Ambos sabían lo falsa que era esa frase.

Christoffer no era fiel a su palabra. Por supuesto, ninguno de ellos lo había esperado. No tuvo realmente un respiro hasta que la tía Dima entró en la tienda a eso de las tres, como de costumbre, y alegó que se le habían olvidado las gafas. Christoffer, por supuesto, se ofreció a ir a buscarlas; su apartamento no estaba tan lejos. Como no tenía coche, tuvo que ir andando, pero no le importó. Hacía un día precioso y el aire fresco le refrescaba las mejillas acaloradas.

Estaba seguro de que la tía Dima tenía suficiente experiencia en repostería como para sacar sus magdalenas del horno y escarcharlas, por lo que incluso se sintió tranquilo. Ni siquiera tenía que pensar en meter en el horno el pastel que había preparado; había dejado instrucciones sobre cómo debía hornearse.

Por ahora, sólo tenía que preocuparse de esos vasos.

Ése era el tipo de cosas que se le ocurrían a la tía Dima para sacar a Christoffer de la cocina durante unos minutos. Era muy consciente de lo mucho que trabajaba Christoffer, pero parecía casi imposible conseguir que bajara el ritmo. No sabía muy bien cómo las cosas habían acabado así. Lo único que sabía era que deseaba que Christoffer conociera a alguien especial, alguien que le distrajera del trabajo, o que quizás, lo sacara de allí.

Quizá si se ocupaba, no le importaría que ella contratara a otro panadero. Pero, tía Dima lo sabía, esto no tenía nada que ver con tener que repartir más dinero cada mes; se trataba de orgullo. Christoffer era demasiado orgulloso a veces y nunca quería admitir que tenía problemas. Tampoco quería compartir su cocina con un extraño, quería ser él quien, sin ayuda de nadie, mantuviera en marcha la parte de la panadería de la tienda.

Tía Dima supuso que era por su sueño de ir a París. Para iniciar su propia panadería. Si no podía soportar la presión ahora, ¿cómo iba a arreglárselas solo?

Esos pensamientos no preocupaban a Christoffer en absoluto en ese momento. Había vuelto a la tienda con los vasos en la mano, y desde entonces trabajaba sin parar en la trastienda.

Era increíble que se consumiera todo lo que horneaba, pero, por otra parte, la tienda estaba prácticamente llena de gente a todas horas. Durante las horas de oficina, los ancianos venían a sentarse a tomar un dulce, y llegaban unos tres escolares. Después venían los oficinistas.

A Christoffer le encantaba la gente y lo único que deseaba era terminar lo que estaba haciendo para salir y socializar. Tal vez incluso intentó salir un poco antes para encontrarse con el Sr. Guapo, pero si fue así, fue una decisión totalmente inconsciente.

Al final, Christoffer metió su última docena de magdalenas en el horno a las seis menos cuarto, y se dio cuenta de que estarían terminadas justo a tiempo para que llegara el Sr. Guapo. Esta vez pensó en fregar un poco, de verdad. Pero luego se perdió colocando todos los ingredientes en el lugar correcto de las estanterías. Nadie más que él podía ver el sistema en el que todo estaba colocado, pero para él tenía mucho sentido.

Los ingredientes estaban agrupados según los que más utilizaba, y los que solían ir juntos estaban uno al lado del otro. La mayoría de la gente lo prefería en orden alfabético o por colores, pero a él le gustaba así.

Se perdió por completo en el orden de la cocina, se olvidó por completo de sí mismo. Esto, por supuesto, resultó en que estaba hecho un lío cuando las magdalenas de vainilla y cereza estuvieron fuera del horno y escarchadas, y finalmente salió de la cocina.

Cogió la bandeja de magdalenas de colores y empujó la puerta de la tienda para abrirla, totalmente concentrado en no inclinarla hacia un lado u otro. Por supuesto, al empujar la puerta con el hombro, no pudo ver exactamente por dónde iba y acabó estrellándose contra la pared.

Bueno, lo que él pensaba que era una pared. Resulta que no lo era. Fue el ancho pecho del Sr. Guapo contra el que chocó.

La bandeja se inclinó demasiado hacia la izquierda y las magdalenas se vinieron abajo. Christoffer soltó un grito ahogado y rápidamente intentó salvar las pocas magdalenas que aún no se habían caído. Dos grandes manos salieron disparadas para mantenerlo firme, ya que él mismo estaba un poco desequilibrado, y consiguieron agarrarlo por la cintura mientras tanteaba el terreno.

Acabó con dos magdalenas en la bandeja y el resto en el suelo.

"Oh, lo siento mucho, muchísimo. No te vi, lo siento. Sólo intentaba llevarlas al mostrador, no quería chocar contigo, ¡lo siento mucho!". Christoffer hablaba demasiado deprisa y con voz aguda, pero no podía negar el efecto que le producía su proximidad.

No obtuvo la respuesta que esperaba, sino que el hombre se rio. Tenía la osadía de reírse de él. Bueno, Christoffer podía entender por qué; la situación era ligeramente ridícula.

"No te preocupes, estoy bien. Lo que no parece estar bien son tus magdalenas. Deberíamos quitarlas del suelo" Dijo y se inclinó para coger un par.

"No, no deberías hacer eso. Ve a sentarte y yo lo arreglaré, después de todo yo me atravesé. No al revés" Christoffer tiró de la manga del hombre y lo condujo a la mesa donde se había sentado regularmente la última semana.

"No pasa nada, yo también debería haber mirado por dónde iba. No me importaría ayudar".

"Pues a mí sí. Los clientes no limpian el suelo, reciben una comida gratis cuando el panadero les unta escarcha por toda la camisa" Dijo Christoffer, y el hombre bajó la mirada.

"No me había dado cuenta" Se sentó y Christoffer le dio las dos magdalenas que habían sobrado.

"Vuelvo enseguida con una taza de café, tú disfruta de las magdalenas de cereza y vainilla".

Christoffer limpió rápidamente el glaseado del suelo y llevó las magdalenas de vuelta a la cocina, y luego le dijo a Sarah que preparara una taza de café extra increíble. Ella se limitó a poner los ojos en blanco, después de haberlo presenciado todo. Le sacó la lengua y volvió con el hombre.

"Sarah terminará en cualquier momento y vendrá con la taza. De nuevo, sólo quiero disculparme por chocar contigo". Christoffer se llevó las manos a la espalda y miró al suelo. Se sentía increíblemente avergonzado.

"Como he dicho antes, no te preocupes" Extendió la mano y cogió una de las magdalenas sin tocar que tenía delante. La levantó ligeramente.

"¿Te apetece acompañarme?" Preguntó. "Seguro que están deliciosas, pero no estoy seguro de poder con más de una" sonrió tímidamente a Christoffer, y fue increíblemente difícil resistirse.

Christoffer sabía que no debía, pero tenía muchas ganas. El hombre llevaba más de una semana acudiendo a su tienda y cada día, a las seis, el día de Christoffer mejoraba un poco. Tenía muchas ganas de conocerlo. Echó un vistazo a la tienda y le pareció sorprendentemente tranquila; nada que la tía Dima no pudiera manejar.

"Realmente no debería..." El hombre sonrió más, sabía que había ganado.

Justo entonces Sarah se acercó con el café, y dejó suavemente la taza sobre la mesa. Llevaba el pelo alborotado, como de costumbre, y se lo acarició detrás de la oreja antes de enderezarse.

"Ya está, disfruta de tu taza de café 'extra increíble'", dijo y miró a Christoffer con una sonrisa burlona. Él le devolvió la mirada. Antes de que pudiera volver a su posición detrás del mostrador, el hombre le habló.

"No te importaría que me prestaras a tu amigo unos minutos, ¿verdad? Seguro que puedes arreglártelas sin él" Puso su sonrisa más encantadora, y Sarah se derritió sin más.

"Por supuesto, le cubriré" Dijo ella y volvió al trabajo. Christoffer no sabía cómo le cubriría desde detrás del mostrador. En cualquier caso, se dejó caer en el asiento de la cabina. Sentía que los nervios se apoderaban de él y le costaba mirar al hombre que tenía delante. No fue hasta que el hombre habló, que se atrevió a levantar la mirada.

"Soy Leonard" dijo. "Supuse que por fin había llegado el momento de las presentaciones"

CAPÍTULO 5

Leonard se sentía raro. Su pierna no dejaba de temblar, por mucho que lo intentara. Normalmente no era así. Pero, cuando el joven se sentó, se olvidó de todo eso. Toda su atención se centró en el hombre frente a él.

"Encantado de conocerte por fin. O, bueno, supongo que ya nos conocemos, pero me refiero a conocernos de verdad. Como presentarnos el uno al otro y todo eso, ¿sabes? Hemos hablado, por supuesto, ya que has estado viniendo aquí regularmente desde el sábado pasado, pero nunca llegué a saber tu nombre".

El panadero divagaba, como antes, cuando chocaron. A Leonard le pareció entrañable, sobre todo cuando se sonrojó y bajó la mirada. Debió darse cuenta de lo rápido que hablaba, una vez más.

"En fin, soy Christoffer" Leonard ladeó la cabeza. Christoffer. Dejó que el nombre se asentara en su mente durante unos segundos, antes de decidir que el nombre le iba perfectamente. La cara dulce de pelo rubio y ojos azules le daba un aspecto muy inocente, y no podía tener más de veinte años; sin duda era un Christoffer.

"Yo también me alegro de que por fin te presentes, Christoffer", dijo Leonard y le tendió una mano. En ella había una de las magdalenas que Christoffer había conseguido salvar de la caída. Christoffer alargó la mano para cogerla y, al hacerlo, sus dedos se tocaron.

Leonard creía que "las chispas" eran cuentos fantasiosos de las personas y sus amigos, pero ahora no estaba del todo seguro. ¿Cómo podía explicar de otro modo aquel cosquilleo que le llevaba desde la punta de los dedos directamente al corazón?

Christoffer retiró rápidamente la mano y se hundió en el mullido asiento. Parecía que se sentía incómodo con su leve roce.

Leonard decidió ignorar lo que acababa de ocurrir y trató de encontrar las palabras adecuadas. Estaba más que oxidado a la hora de iniciar conversaciones; hoy en día parecía que los demás siempre acudían a él. No estaba acostumbrado a ser el que perseguía, ya que normalmente le perseguían a él. Pero este giro le pareció bastante satisfactorio, y pensó que tal vez podría salir algo bueno de todo esto. Tal vez esta vez no se quedaría con una que sólo lo quería por su buena apariencia o su cuenta bancaria.

Le complacía enormemente que Christoffer pareciera estar nervioso a su alrededor. Eso podría ser una señal de que había sentimientos de verdad. Por muy inseguro que estuviera de ellos, Leonard estaba casi seguro de que había algo en la forma de actuar de Christoffer que era una prueba de esos sentimientos.

"¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?" preguntó Leonard.

"Desde que tenía catorce años, así que hace diez. Esta tienda ha sido realmente como un

segundo hogar para mí". Leonard se sorprendió al oír esto. Sobre todo, porque había empezado a trabajar muy joven, y se preguntó por qué. ¿Habría sido difícil la vida de Christoffer? Pero también le sorprendió su edad: veinticuatro años. Apenas aparentaba veinte. Pero, por otra parte, su rostro dulce y sus ojos azules le daban un aspecto inocente y aniñado.

"Catorce, ¿eh? Eso es bastante inusual. ¿Cómo encontraste este lugar?" Leonard sentía mucha curiosidad, y no podía esperar a saber más sobre Christoffer. Parecía un alma gentil, y Leonard definitivamente podría utilizar un rayo de sol en su mundo de color gris.

"Un día vine aquí y conocí a la tía Dima. Fue muy amable, y cuando estaba a punto de irme me ofreció un trabajo de fin de semana aquí". Christoffer mordió la magdalena y apartó la mirada, y Leonard pudo intuir que había algo más en la historia. También pudo percibir que Christoffer era reacio a compartirlo, así que decidió dejarlo estar.

"¿Supongo que ya te interesaba la repostería entonces?". Preguntó Leonard.

"Oh no, antes no. Empecé a hornear en la cocina de la tía Dima y descubrí que se me daba muy bien. Por eso quería desesperadamente una cocina en la tienda cuando la ampliamos. Supongo que mi pasión por este trabajo no ha hecho más que crecer con los años" dice Christoffer con una sonrisa. Toda su cara se iluminaba cuando hablaba de repostería, y sus hombros parecían relajarse y se mostraba más abierto.

A Leonard definitivamente le gustaba esta faceta del otro hombre, completamente despreocupada. Se podría pensar que siempre había sido así, pero durante la semana que Leonard había acudido a la tienda, Christoffer parecía un poco reservado a su alrededor. Fue una agradable sorpresa, y esperaba ver más de ese Christoffer en el futuro.

Leonard no pudo evitar preguntarse por qué Christoffer no se sentía tan cómodo con él como con los demás clientes, pero decidió que ese tema era demasiado personal y lo apartó de su mente.

Podría preguntárselo a Christoffer cuando se conocieran un poco mejor, si Christoffer se lo permitía, claro.

Permanecieron allí sentados, conversando casualmente, durante lo que parecieron sólo unos minutos, pero el zumbido del teléfono de Leonard le dijo que era hora de irse. Ya eran las siete.

"Lo siento, Christoffer, pero tengo que irme. Tengo que ir a otros sitios, pero volveré mañana". Christoffer le sonrió.

"Como siempre" dijo. Leonard le devolvió la sonrisa.

"Como siempre", estuvo de acuerdo y se levantó. "La magdalena estaba absolutamente deliciosa, y estoy deseando ver qué me traes mañana" Leonard volvió a ponerse el abrigo y caminaron juntos hacia la puerta.

"Mañana volveré a sugerirte el té, no te atrevas a pensar que me he rendido contigo", le recordó Christoffer.

"Oh, no lo había pensado. ¿Por qué has decidido dejarlo escapar hoy?" Cada vez que Leonard había ido allí, Christoffer había intentado persuadirlo para que tomara una taza de té, pero hasta ahora Leonard no cedía. Le gustaba demasiado el café. Sin la tan necesaria cafeína, Leonard no sabía qué pasaría.

"La misma razón por la que no pagas. Me encontré contigo y te estropeé la camisa. Pensé que no te molestaría más de lo necesario". Christoffer rio suavemente, y las tripas de Leonard se apretaron. Este hombre era demasiado adorable para las palabras.

"No te preocupes por eso, realmente no me importa. Ni siquiera me gusta esta camisa para empezar". Gran mentira. Esa misma camisa era su favorita. "Y honestamente encuentro lindo lo persistente que eres con ese té. Realmente te apasiona, ¿no?"

"No tan apasionado como la tía Dima" respondió y miró a la mujer que corría por la tienda como una maníaca, intentando entablar conversación con todos los clientes al mismo tiempo.

"Y, además, la repostería es más lo mío. Pero después de haber crecido básicamente aquí, es difícil que la tía Dima no se te pegue" Sus labios volvieron a torcerse hacia arriba, y Leonard no pudo evitar admirar su sonrisa. Parecía estar presente en todo momento, y para alguien como Leonard eso era casi incomprensible.

"Ya veo. Tal vez tú también te me pegues, ¿quién sabe? Con todo el tiempo que he pasado aquí últimamente, puede que me convierta en uno de vosotros" Esto hizo que Christoffer le dedicara una sonrisa burlona, y Leonard se arrepintió de repente de sus palabras. "¡Pero no aguantes la respiración esperándolo!" añadió. "Te pondrás azul y explotarás antes de que beba té". Christoffer pareció considerar esto.

"Tal vez sea eso lo que haga, si eso hace que bebas té. No querrás que me explote la cara bonita, ¿verdad?" Qué descarado. Leonard se burló.

"Como si me importara" dijo juguetonamente. "Después de todo, ¿qué es para mí un bebedor de té? Un completo inútil" Los ojos de Christoffer se abrieron de par en par.

"Pues perdone, señor 'sólo bebo café', usted tampoco es tan valioso para mí. Y, por cierto, ¿qué haces entrando en una tetería si tanto miedo te da esa bebida?" Christoffer intentó emplear el tono de voz juguetón que había utilizado Leonard, pero había un tono subyacente de fastidio. Leonard se dio cuenta de que estaba yendo demasiado lejos y se echó atrás.

"Bueno, supongo que tengo que admitirlo, puede que sea por el panadero tan mono que sigue apareciendo siempre que vengo por aquí" Leonard añadió un guiño, y salió por la puerta.

Bien fuera de la puerta, miró hacia atrás. Pudo ver a Christoffer todavía de pie, aparentemente congelado sobre sus pies. Tenía la boca ligeramente abierta y las mejillas teñidas de un bonito

color rosa.

Estaba tan guapo como las magdalenas que había horneado.

No fue hasta que Leonard estuvo sentado en su coche que pensó en lo que acababa de decir. Si Christoffer tuviera el más mínimo rastro de cerebro, podría darse cuenta fácilmente de lo que quería decir Leonard. Leonard no estaba muy seguro de estar preparado para eso, sobre todo porque apenas se había confesado a sí mismo sus verdaderas intenciones. Para ser honesto, esto había sido un shock para Leonard también, y él también se sentó congelado en su lugar.

¿Realmente quería meterse en esto? Después de su pasado no muy satisfactorio con anteriores parejas, ¿estaba preparado? La respuesta obvia era no, no lo estaba. Pero no podía echarse atrás ahora, no sin parecer un completo gilipollas por haber engañado a Christoffer y luego dejarlo plantado.

Tal vez ni siquiera tenía que preocuparse por eso. Tal vez estaba leyendo mal las señales, tal vez Christoffer no estaba interesado en él en absoluto, tal vez el lenguaje corporal retraído y las respuestas evasivas a sus preguntas significaban que Christoffer se sentía incómodo cerca de Leonard.

Por alguna razón, eso no le hacía sentirse mejor consigo mismo. Pero, ¿cómo iba a manejar esta verdad recién revelada sobre sí mismo? Sinceramente, no se sentía cómodo con la idea de una relación romántica en este momento de su vida. ¿Por qué había empezado todo esto?

Leonard sacudió la cabeza ante sus propios pensamientos, dándose cuenta de que no podía aclararse la cabeza en aquel momento. Más le valía irse a casa y olvidarse del asunto durante unas horas, tal vez así estaría menos tenso.

Con los planes claros para la noche en la cabeza, arrancó el coche y se dirigió a casa.

CAPÍTULO 6

La mañana de Christoffer no empezó bien. Primero se quedó dormido, lo que le hizo llegar tarde al autobús. Luego, al llegar a la tetería, se dio cuenta de que había olvidado la llave y tuvo que volver a casa a por ella. Esto le hizo llegar casi una hora tarde, y sólo tenía diez minutos para hacer las cosas antes de abrir.

Esto, por supuesto, era una tarea imposible. Nadie podía hornear bagels, croissants, bollos y todo lo demás que se suponía que tenía que tener, en diez minutos. Ni siquiera Christoffer.

El estrés le carcomía las entrañas, y cuando tuvo que decir a quince clientes que no, que por desgracia no podían tomar su desayuno habitual, estuvo a punto de derrumbarse. Los tres hornos de la parte de atrás estaban ocupados con lo que debería estar expuesto junto al mostrador, y los que no pudieran esperar, simplemente tendrían que marcharse. Hacía tiempo que Christoffer no se sentía tan mal.

Uno de los hornos emitió un pitido, y eso le indicó a Christoffer que los bollos estaban listos. Sólo cinco minutos más para los croissants y luego otros cinco para los bagels.

En cuanto los bollos salieron del horno, Christoffer los metió en bolsas de papel junto con lo que le habían pedido y los envió con los clientes. Gratis, por supuesto. Christoffer no soportaba que pagaran cuando era culpa suya que algunos de ellos llegaran tarde a sus trabajos. De hecho, estaba bastante seguro de que había conseguido que despidieran a una chica.

Era una chica joven que había empezado a ir a la tienda cuando Sarah empezó a trabajar allí. Al parecer, eran amigas. Trabajaba como ayudante para un hombre que era increíblemente estricto, y siempre pedía el desayuno de su tienda después de que la amiga de Sarah lo hubiera sugerido. Ahora, probablemente la despedirían por no llevarle el desayuno a tiempo y todo sería culpa de Christoffer.

No era el mejor comienzo del día.

Como de costumbre, Sarah llegó sobre las siete y media y, al parecer, su amiga -Keira, se enteraría más tarde- le había enviado un mensaje sobre el desastre de esta mañana.

"¿Qué ha pasado, Christoffer?" le preguntó después de saludarle con un abrazo.

"Sólo me quedé dormido, no es para tanto", respondió él, aunque sabía que Sarah no se lo tomaría como tal. Ella siempre se preocupaba por él.

"No me lo creo, Christoffer. Nunca te quedas dormido, esta tienda lo es todo para ti. Sé que no querrías defraudar así a la tía Dima. La última vez que pasó esto..." No tuvo que decirlo en voz alta, Christoffer sabía muy bien de lo que hablaba.

"Sarah, no tienes que preocuparte. No es nada de eso, sólo estaba un poco cansado. Lo que pasó la última vez no se va a repetir, y los dos acordamos que no volveríamos a hablar de ello.

Lo prometiste" Después de añadir esa última parte, Sarah apartó la mirada con culpabilidad. Bien, pensó Christoffer. No quería que le recordaran aquel incidente, ocurrido hacía tanto tiempo.

Lo que ocurrió aquella vez, hace dos años, fue algo completamente inesperado. No fue nada demasiado grave, pero desde entonces tanto Sarah como la tía Dima buscaban los indicios de que volviera a ocurrir. Christoffer lo sabía, y podía sentir que volvía a caer en sus viejos hábitos, pero no quería preocuparlas. Podía manejarlo esta vez, de eso estaba seguro.

"Siento haber sacado el tema, de verdad. Pero no puedes ignorarlo como si nada. Conoces las consecuencias, y no quiero que vuelvas a ese lugar. Fue una época oscura, para todos nosotros".

Esta vez le tocó a Christoffer sentirse culpable. Sabía que no era el único afectado por lo que había pasado, pero no le gustaba pensar en lo mucho que había perjudicado a sus seres queridos.

"Lo sé, Sarah. Pero ahora tengo más cuidado, te lo dije entonces y te lo volveré a decir. Si alguna vez vuelvo a sentirme tan mal, acudiré a ti. O a la tía Dima. No me lo guardaría, porque es como dijiste; conozco las consecuencias. No quiero volver a eso más que tú"

Christoffer intentó tranquilizarla, pero ella parecía escéptica. Y con razón, porque sabía que, dijera lo que dijera, Christoffer odiaba preocupar a los demás.

No hablaba con ella hasta el último momento, y a veces no se daba cuenta de lo malo que era hasta que le daba en la cara. Así que, aunque dijo que hablaría con ellos, Sarah sabía que tendría que cuidarse de él.

"Voy a recuperar el turno de mañana, Christoffer. Sé que necesitas estar aquí para hornear, pero una vez hecho esto, quiero que duermas al menos una hora en la habitación de atrás del personal. No te dejaré salir antes de que hayas dormido".

"Pero..."

"No. Esta vez no hay peros que valgan, Christoffer. Dices que lo tienes bajo control, pero te conozco. Ya estás recayendo. No permitiré que llegues tan lejos otra vez. Si no quieres hacerlo por tu propio bien, hazlo por el mío y el de la tía Dima".

Christoffer podía ver claramente que Sarah no iba a echarse atrás en esto. No le hacía ninguna gracia, pero también sabía que Sarah tenía razón. El estrés ya estaba siendo demasiado para él, y realmente no quería terminar en la misma situación otra vez.

"Estoy bien, Sarah, de verdad. Pero haré lo que dices, porque sé lo mucho que te preocupas. Sólo tendré que demostrarte que no hay nada de qué preocuparse". Le sonrió y fue a limpiar el mostrador, pero Sarah carraspeó detrás de él.

"¿Qué?" preguntó él, con las cejas enarcadas.

"Duerme" se limitó a contestar ella. Christoffer puso los ojos en blanco, pero soltó la toalla que llevaba en la mano y se dirigió hacia la parte de atrás. Sarah le dio una palmada en el trasero y soltó una risita cuando él la fulminó con la mirada.

Era realmente increíble.

Un rato después, Christoffer estaba de vuelta en la cocina, había dormido una hora, pero aún no se sentía descansado. El estrés de esta mañana y de las semanas anteriores, en las que había mantenido su fachada despreocupada, le estaba afectando demasiado, y casi se quedó dormido en la masa de la tarta. No se encontraba bien y, a juzgar por las veces que Sarah y la tía Dima habían venido a verle, ellas también lo sabían.

Le hacían tragar muchos de sus dulces para asegurarse de que comía, pero él no apreciaba la atención. Prefería que lo dejaran solo todo el día.

Ni siquiera cuando el reloj marcó las seis se animó. Eso era señal de que las cosas se estaban poniendo realmente mal, ya que normalmente eso mejoraba su humor al instante.

Sinceramente, a Christoffer le preocupaba lo mucho que Leonard había llegado a afectarle, a pesar de que apenas se conocían. Pero, aun así, apreciaba de verdad el soplo de aire fresco. Normalmente sus días eran siempre iguales, y aunque le encantaba no podía evitar desear algo más. Quería algo para sí mismo: una panadería propia.

Pero sabía que eso nunca ocurriría, al menos mientras le necesitaran en la tetería. Era una persona increíblemente leal, y se negaba a dejar a la tía Dima y a Sarah sólo porque tuviera un sueño tonto.

No salió de la cocina hasta pasadas las seis, y para entonces Leonard ya estaba servido. Christoffer sintió que su corazón se hundía un poco. Por alguna razón tenía la tonta idea de que tal vez Leonard lo esperaría, pero por supuesto eso no sucedería.

Volvió a la cocina para meditar sobre sus pensamientos.

¿Debía permitirse pensar así de Leonard? Aunque parecía que Leonard se interesaba por él, Christoffer dudaba que fuera algo serio. Para él, probablemente sólo era una aventura de cafetería. No un flirteo en una tetería, porque Leonard siempre rechazaba el té de Christoffer. Quizá eso fuera señal de algo.

Christoffer estaba tan inmerso en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Pero, treinta minutos más tarde, tenía delante una hornada de magdalenas de café recién horneadas. Miró el reloj y vio que eran casi las siete.

Rápidamente, mete dos magdalenas en una caja con el logotipo de la tienda y le ata una cinta de seda azul. Luego salió corriendo de la cocina, justo a tiempo para ver a Leonard abriendo la puerta para salir.

Christoffer estuvo a punto de gritar su nombre, pero decidió no hacerlo. Molestaría a los demás clientes. En lugar de eso, se apresuró hacia la puerta y consiguió llegar antes de que el otro hombre saliera por completo.

"Hola" Dijo Christoffer. Leonard giró la cabeza al oír su voz.

"Ah, hola" Respondió Leonard y se encaró con Christoffer. "Te estaba esperando, pero no has venido". Tenía el ceño fruncido y Christoffer miró al suelo.

"Lo siento. Estaba... ocupado". Christoffer miró a los ojos del otro hombre, y pudo ver una pregunta escrita claramente en ellos: "¿Estás bien?"

Por supuesto, Leonard nunca preguntó porque probablemente pensó que Christoffer no quería responder. Si era así, tenía razón. Christoffer tampoco quería mentirle.

"Pero, para compensarlo..." Christoffer se interrumpió y acercó a Leonard el paquete que tenía en la mano.

"¿Qué es esto?" Leonard preguntó confundido, pero tenía una sonrisa en la cara.

"Magdalenas de café, ya que sé lo mucho que adoras esa bebida. Supuse que te gustarían". Christoffer se sintió aliviado de que Leonard no pareciera demasiado disgustado por su ausencia.

"Eso es genial, gracias" Leonard e inclinó la cabeza hacia un lado. "No tenías que compensármelo, ¿sabes? Me habría conformado con ver tu cara mañana".

Christoffer no sabía si aquello pretendía ser un cumplido o no, así que se limitó a sonreír tímidamente y apartó la mirada.

"Bueno, no lo había planeado exactamente" Empezó a sentirse un poco incómodo allí de pie, así que se excusó. "Probablemente debería volver, he estado holgazaneando un poco hoy". Leonard miró su reloj.

"Yo también debo irme, ya son más de las siete. Pero volveré mañana, espero que entonces te encuentres mejor". Y se marchó, al igual que Christoffer.

No fue hasta que estaba limpiando la cocina más tarde esa noche que realmente consideró lo que Leonard había dicho. "Espero que te sientas mejor" ¿Significaba eso que había notado un cambio en el estado de ánimo de Christoffer durante los dos minutos de conversación que mantuvieron?

Ese pensamiento ayudó a Christoffer a pasar el resto de la noche.

CAPÍTULO 7

Leonard había empezado a aceptar lo que estaba ocurriendo. Al principio se resistía, pero ya no podía negarlo. Christoffer le gustaba de verdad.

No importaba cuántas veces intentara decirse a sí mismo que Christoffer no era la razón por la que había vuelto a la tetería, al final había tenido que enfrentarse a los hechos. Christoffer era la razón. Había captado la atención de Leonard el primer día que fue allí, pero Leonard se negó a aceptarlo, así que no volvió hasta pasados unos días. Por supuesto, Leonard no podía mantenerse alejado, así que finalmente regresó; diciéndose a sí mismo que el ambiente era agradable.

Incluso Leonard tuvo que admitir que sonaba estúpido. Ahora no podía entender cómo podía negar que era el sol de Christoffer al que era adicto. No podía evitar volver y regodearse en los cálidos rayos de felicidad que emitía, y tenía que admitirlo; era contagioso.

Aquella hora que Leonard pasó en la tetería fue fácilmente la mejor hora de su día, y aún podía sentir las burbujas en el estómago tumbado en la cama a altas horas de la noche. De día, se moría de ganas de volver, y ahora estaba dispuesto a admitir que pensar en Christoffer y en la tetería le hacía más llevadero el día.

Caminaba, una vez más, hacia la esquina de la calle donde se encontraba la Tetería de la Tía Dima, y estaba ansioso por entrar en calor. La nieve de hacía un par de semanas no se había derretido y el tiempo no había hecho más que enfriarse. La diferencia ahora, sin embargo, era que Leonard estaba preparado. Tenía un abrigo más grueso, guantes de cuero e incluso un gorro de punto. La bufanda que llevaba el primer día seguía ahí, porque no estaba dispuesto a dejarla. Ahora la considera su bufanda de la suerte.

Cuando entró en la tienda, toda aquella ropa era demasiado, sobre todo porque Christoffer lo recibió con una sonrisa y sus mejillas, ya rojas, se encendieron aún más. No estaba acostumbrado a estas reacciones, no las entendía. ¿Cómo podía afectarle tanto una simple sonrisa?

En ese momento, ya no le importaba. Sólo quería llegar a su mesa y ser atendido por Christoffer.

En cuanto Christoffer lo vio entrar por la puerta, corrió hacia Leonard. Bueno, apresurarse podría ser una exageración, ya que tardó varios minutos en llegar. Christoffer parecía ser popular entre los clientes, porque le pararon varias veces personas que querían charlar con él.

Cuando por fin alcanzó a Leonard junto a la puerta, sus mejillas estaban sonrosadas y la sonrisa de su cara nunca había sido tan grande.

"Hola, Leonard. Te estaba esperando. Ve a sentarte junto a la mesa y enseguida estaré allí, sólo tengo que ocuparme de un par de cosas y enseguida estaré contigo" prometió Christoffer, y volvió a salir corriendo. Hoy parecía ser un día ajetreado, así que a Leonard no le molestó demasiado que Christoffer desapareciera. Un poco decepcionado, sí, pero eso lo apartó a un segundo plano.

Obviamente, Christoffer no podía pasar todo el tiempo con Leonard cuando en realidad estaba trabajando.

Pero Leonard no tuvo que preocuparse, porque Christoffer estaba de vuelta antes de que pudiera quitarse el abrigo. Le pilló desprevenido y casi pierde el equilibrio cuando sintió la mano de Christoffer sobre sus hombros.

"Oh, déjame ayudarte con eso. Sí que se puede estar fuera, ¿eh? Aquí todo el mundo tiene la ropa colgada en el respaldo de las sillas, ¡es difícil moverse por aquí! Me alegro de trabajar en una cocina donde todo es cálido y acogedor, y no tengo que preocuparme de pasar frío, sino todo lo contrario. Es un poco vergonzoso, pero sudo como un cerdo cuando estamos más ocupados" Christoffer hablaba a mil por hora y Leonard estaba completamente abrumado. El Christoffer de semanas atrás había desaparecido por completo, y había sido sustituido por esta persona hiperactiva. ¿Qué había pasado?

Cuando por fin Christoffer consigue quitarle el abrigo a Leonard, lo cuelga sobre el respaldo de la silla y tira de él.

"Bueno, ¿qué te apetece hoy?". Christoffer no pareció darse cuenta del cambio, simplemente se quedó allí, rebotando sobre sus pies, mientras esperaba que Leonard respondiera.

"Yo, eh..." Leonard apenas podía formar una frase adecuada, estaba tan conmocionado por lo que estaba sucediendo. "Lo normal, supongo. Lo que usted... ¿recomienda?" Leonard estaba tan inseguro de cómo manejar esta situación, que su respuesta salió como una pregunta.

"¡Qué bueno! Acabo de terminar una tarta buenísima y quería que la probaras. Es una especie de experimento, así que tendrás que ser mi rata de laboratorio. De todas formas, con la tarta te recomiendo una taza de chocolate caliente, para calentar tus dedos helados. ¿Te parece bien?" Christoffer le miró esperanzado, pero Leonard no estaba seguro.

"¿Chocolate caliente... café?" Preguntó esperanzado. Christoffer echó la cabeza hacia atrás y se rio.

"Tú y tu café, Leonard. No, por desgracia no tenemos café con chocolate caliente, aunque...". Los ojos de Christoffer se abrieron de par en par por un segundo. "¡En realidad, espera aquí!" Y se fue.

Leonard estaba completamente aturdido, y no movió un músculo. Este comportamiento era ciertamente fuera de carácter para Christoffer, pero él parecía más feliz que el último par de días. A pesar de la sonrisa que no abandonaba sus labios, Leonard se dio cuenta de que Christoffer estaba un poco deprimido. Sus habituales movimientos elegantes se habían ralentizado y evitaba hablar con los clientes.

Con suerte, este comportamiento significaba que estaba mejorando. Pero Leonard era escéptico.

Ni siquiera se dio cuenta de que pasaba el tiempo, pero Christoffer no tardó en volver a su mesa con una taza de humeante chocolate caliente.

"Aquí tienes, otro experimento. Pruébalo". Christoffer tenía una sonrisa traviesa en la cara, y Leonard no se atrevió a apartar los ojos del otro hombre mientras se llevaba lentamente la taza a los labios.

Tras el primer sorbo, sus ojos se abrieron de par en par. ¿Qué había en aquella taza? Tenía el increíble sabor a chocolate cremoso, pero al cabo de un par de segundos los aromas familiares del café golpearon tanto su lengua como sus fosas nasales. Rápidamente dio otro gran sorbo antes de dejar la taza.

"¡Es increíble, Christoffer! ¿Qué es?" Leonard sentía una gran curiosidad.

"Como he dicho, es una especie de experimento. Lo que dijiste me dio una idea, así que combiné el chocolate y el café añadiendo una cucharada más o menos de café instantáneo en el chocolate, y luego espolvoreé un poco del polvo sobre la nata montada en lugar de cacao" Christoffer parecía absolutamente extasiado, pero pareció decepcionado cuando Leonard frunció el ceño.

"¿Qué? ¿Qué es? ¿No está bueno? ¿Qué tiene de malo?"

Leonard esperó un par de segundos antes de contestar, disfrutando de ver a Christoffer retorcerse. Luego enarcó una ceja.

"¿Café instantáneo?" Leonard añadió una sonrisa juguetona, y Christoffer se rio de él.

"Bueno, ¿qué se supone que tenía que hacer? Además, deberías estar agradecido. ¿Tienes idea del tiempo que me llevó sacar el café en polvo de los armarios? Ni siquiera estaba seguro de que tuviéramos", Christoffer se cruzó de brazos.

"Es genial, Christoffer. De verdad". Leonard le sonrió y Christoffer le devolvió la sonrisa.

"Parece que hoy estás de muy buen humor, ¿qué te pasa?". le preguntó Leonard.

"Oh, nada especial en realidad. Sólo la tía Dima y Sarah me han metido los pasteles por la garganta para asegurarse de que como. Creo que estoy colocado por todo el azúcar". Christoffer volvió a reír y siguió golpeando el suelo con el pie. Probablemente no era consciente de que lo estaba haciendo.

"Bueno, eso explicaría que corras como un loco", se burló Leonard.

"Oye, no soy un maníaco, sólo tengo un exceso de energía. Espera, ¡no te he traído la tarta! Espera, vuelvo en un segundo". Y se fue de nuevo, dejando la puerta de la cocina oscilando tras de sí.

Leonard esperó pacientemente a que Christoffer volviera, pero nunca lo hizo. Los minutos pasaban y Leonard empezó a pensar que Christoffer le había abandonado. Sentado, sorbía su café con chocolate caliente y esperaba ansioso el regreso del panadero.

Cuando habían pasado diez minutos, decidió preguntarle a Sarah qué pasaba. Quizá habían tenido una emergencia en la cocina o algo parecido.

"Sarah" la llamó cuando pasó por delante de su mesa. Ella se dio la vuelta y sonrió.

"Hola, Leonard. ¿Qué puedo hacer por ti que no haya hecho ya Christoffer?" preguntó burlonamente.

"En realidad, quería preguntarte por Christoffer".

"¿En serio? ¿qué pasa con él?" Ella parecía reacia a compartir cualquier información con él, pero él preguntó de todos modos.

"¿Pasó algo, hace poco? Dijo que iba a por mí tarta, pero no ha vuelto. De eso hace ya más de diez minutos, y no le he visto salir de la cocina desde entonces"

Sarah se preocupó de inmediato.

"¿En serio?" preguntó. "¿Sabes qué? Iré a ver cómo está para asegurarme de que todo va bien" Dejó la bandeja en su mesa y Leonard permaneció sentado. No pudo evitar sentirse preocupado al ver la expresión de Sarah.

Sabía que no debía seguirla, pero estaba sentado sobre agujas. Las rodillas le rebotaban y estaba seguro de que algo le pasaba a Christoffer.

Él consiguió su confirmación cuando Sarah volvió de la cocina con una sonrisa rígida en su cara. Todo en su lenguaje corporal había cambiado, y ahora caminaba rígida, su sonrisa era forzada, y era obvio que algo había sucedido. Pero intentaba guardar las apariencias y se negaba a contarle nada a Leonard.

"Todo va bien, Leonard. No tienes que preocuparte, pero Christoffer no volverá a salir hoy. De hecho, creo que ya va siendo hora de cerrar la tienda, ¿no? El tiempo pasa volando. ¿Quieres que me lleve la tarta?"

Leonard se quedó sentado, boquiabierto. ¿Qué acababa de pasar exactamente? Cuando miró el reloj, vio que aún no eran ni las siete, y se suponía que la tetería estaba abierta hasta las ocho. Pero a él y a los demás clientes los sacaron de la tienda.

Cuando la puerta se cerró tras él y los demás, todos parecían igual de confusos.

"¿Qué ha pasado?" preguntó un anciano.

"Querido, ¿no te acuerdas del año pasado? O quizá fue hace dos años... No me acuerdo". Empezaron a alejarse y Leonard no oyó toda la conversación, pero sí captó una última cosa.

"¿Crees que ha vuelto a pasar? Pobre chico, esperemos que esta vez no sea tan grave".

Lo que oyó sólo le preocupó más. Hablaban de Christoffer, de eso estaba seguro. De lo que no estaba seguro era de lo que había pasado.

Sólo sabía que algo iba mal y se sentía fatal. No quería que Christoffer estuviera enfermo, herido o lo que fuera. No podía imaginarse a su pequeño rayo de sol en mal estado.

Lo único que quería era volver corriendo a la cafetería y averiguar qué le pasaba. Quería ayudar, pero no podía.

Nunca en su vida se había sentido tan impotente.

CAPÍTULO 8

Christoffer había metido la pata. Esta vez la había cagado de verdad.

Estaba sentado en el suelo de la cocina, de rodillas, mirando la tarta que tenía delante. La tarta que debía estar en el plato que sostenía, la tarta que debía darle a Leonard. No se le cayó sólo un trozo, no. Eso habría estado bien. Pero se le había caído todo.

Esto no tenía arreglo. Le temblaban las manos y tenía los ojos llorosos. Le dolían las tripas y tenía ganas de hacerse daño. ¿Cómo podía ser tan estúpido?

Sabía por qué se le había caído la tarta, y eso lo hacía aún peor. No había resbalado, no había tropezado con sus propios pies, ni había chocado nada. Eso podría haber sido aceptable, no habría sido enteramente culpa suya. Simplemente culparía a quien hubiera diseñado la cocina (vale, puede que fuera el propio Christoffer quien lo hiciera, pero eso es un detalle insignificante).

La verdadera razón por la que se le había caído la tarta era culpa suya, completamente. No se podía negar.

Iba a colocar la tarta en su sitio, mientras llevaba el plato de Leonard en la otra mano, cuando una oleada de vértigo le golpeó. Tropezó hacia delante y perdió el equilibrio, y en un segundo todo lo que llevaba en las manos estaba en el suelo.

Christoffer se agarró al mostrador con todas sus fuerzas, hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Permaneció así unos minutos, esperando a que se le pasara el mareo y desaparecieran las manchas oscuras de su visión.

Hasta que no se sintió un poco bien, no se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Cayó de rodillas y sintió que se le apretaban las tripas. Había estropeado por completo el pastel que se suponía que tenía que darle a Leonard.
Si se hubiera cuidado mejor no estaría en esa situación.

La noche anterior no había dormido mucho. Como de costumbre, trabajaba hasta tarde en la tienda, limpiando la cocina y cerrando. Había rechazado las ofertas de ayuda de Sarah, no quería que nadie más que él limpiara su cocina. Ese era su trabajo.

Luego, como había perdido el último autobús a casa, tuvo que caminar hasta su apartamento. Tardó más de lo normal, porque estaba muy cansado. Pero, aun así, le costó dormirse, estaba demasiado ocupado preocupándose por lo que pasaría al día siguiente.

No debería ocurrir nada fuera de lo normal, pero ¿y si...? ¿Y si algo salía increíblemente mal? ¿Y si se olvidaba accidentalmente de poner el temporizador, y los pasteles se quemaban y él no se daba cuenta y entonces había un incendio en la cocina? ¿Y si volvía a quedarse dormido y esta vez no se despertaba a tiempo para abrir la cafetería? ¿Y si, de algún modo, mezclaba todos los ingredientes y todo lo que horneaba resultaba incomible?

Ése era el tipo de pensamientos con los que le había ayudado su anterior terapeuta, pensamientos que le llevarían a estresarse por absolutamente nada, pero en su cabeza los escenarios se hacían tan reales que podía sentir cómo le entraba el pánico. Por supuesto, sabía que era improbable que los escenarios de su cabeza se hicieran realidad, pero en el calor del momento y de todo, no podía pensar con claridad.

Acabó pasando la noche en vela, absorto en sus pensamientos y demasiado alterado para dormir. Cuando sonó el despertador se había levantado de la cama como de costumbre, sin apenas darse cuenta de la falta de sueño. Siempre se sentía como un zombi por las mañanas.

Permaneció en ese estado zombi hasta que Sarah y la tía Dima empezaron a obligarle a tragar dulces, y pasó de un extremo al otro. Cuando dejó de sentirse como un muerto andante, Christoffer empezó a corretear por la cafetería, haciendo malabarismos con los pedidos, las charlas y la repostería al mismo tiempo.

Se sentía capaz de hacer cualquier cosa, casi como Superman, y apenas se daba cuenta de las miradas de preocupación que le lanzaban. Durante todo el día siguió así, y estaba seguro de que nunca había estado mejor. Cada vez que empezaba a sentirse un poco cansado, se tomaba un par de tazas de café (así que necesitaba el subidón, que le den), se comía una magdalena o dos y seguía con lo que estuviera haciendo.

Cuando Leonard entró en la tienda, ¡estaba extasiado! Estaba deseando enseñarle la nueva receta que acababa de probar.

Pero, por supuesto, las cosas fueron cuesta abajo a partir de ahí. La falta de sueño y el estrés le pasaron factura.

Ahora estaba sentado, mirando el pastel que había estropeado. Tenía la cara inexpresiva y no movía ni un músculo. En su cabeza, en cambio, todo iba a mil por hora. Los pensamientos le daban vueltas y volvía a estresarse. Sentía que el pánico aumentaba y su mano temblaba aún más.

No estaba seguro de cuánto tiempo estuvo así, pero le parecieron horas.

En realidad, no hizo nada hasta que Sarah entró volando por la puerta de la cocina, e incluso entonces lo único que hizo fue levantar la cabeza. Sarah se detuvo en seco al ver a Christoffer. No tuvo que preguntarle qué pasaba, ya lo sabía. Podía leer su expresión, y en sus ojos el pánico.

"Oh, Christoffer." En su voz, todo lo que él podía oír era tristeza y decepción. Bajó aún más la cabeza, avergonzado. Sabía que llegaría a esto. Su nivel emocional estaba por los suelos, innegablemente inestable. Los cambios de humor a lo largo del día lo habían demostrado.

"Vamos, deja que te ayude a levantarte y luego limpiaré este desastre por ti. No tienes que preocuparte, Christoffer, esto es fácil de arreglar", dijo Sarah, tratando de animar a Christoffer a levantarse. A regañadientes, él se agarró a su mano extendida y permitió que ella tirara de él para

ponerlo en pie. Después de asegurarse de que estaba de pie, apoyado en la encimera, Sarah le aseguró que volvería pronto y se marchó.

Christoffer se inclinó hacia delante y cerró los ojos con fuerza. Se sentía fatal y lo único que quería era dormir.

Pero no podía dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir. ¿No era exactamente el desastre que le preocupaba? Todo el mundo le decía que era inútil pensar en cosas que podrían ocurrir, pero ¿no era esto la prueba de que realmente debía hacerlo? Si no hubiera hecho caso a su terapeuta, que le decía que no hiciera caso cada vez que volvían esos pensamientos, esto no habría pasado. Si hubiera confiado en sí mismo, habría estado preparado para un desastre como el que imaginó anoche.

Se le revolvió el estómago y cerró los puños. Es un estúpido. ¿Por qué le hizo caso a esa vieja estúpida? ¿Por qué le obligaron a ir? Él nunca quiso ir allí, ¡la tía Dima y Sarah sólo le hicieron sentir culpable! Ninguna anciana podía decirle que lo que pensaba no era sano, o que estaba equivocado, o que debía intentar cambiarlo.

Imaginarse siempre el peor escenario posible le mantenía alerta y podía evitar cosas como ésta. ¿Y qué si estaba muy estresado, nervioso o desconectado? Era mejor que la otra opción.

Esta vez, había decepcionado a Leonard. Prometió que saldría con el pastel, pero lo dejó caer. ¿Cómo podría enfrentarse a Leonard después de eso? No podía soportar ver la decepción cruzando sus apuestos rasgos, hacía tiempo que había decidido que ya estaba bien de ser una decepción. Después de lo ocurrido con sus padres, hacía todo lo posible por complacer a todo el mundo, sólo para mantenerlos contentos. Para eliminar cualquier riesgo de decepcionar a alguien.

Como hace dos años, había fracasado. Y una vez más, había llegado a su punto de ruptura.

Sarah volvió pronto, con la tía Dima detrás, y lo acurrucó contra su pecho. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba llorando hasta que la tía Dima se acercó para secarle las lágrimas.

"¿Qué ha pasado esta vez, cariño? ¿Qué puede haberte dejado tan alterado?" La tía Dima estaba claramente preocupada por él, y eso le hizo sentirse aún peor. Después de lo ocurrido la primera vez, se juró a sí mismo no volver a hacerles pasar por lo mismo.

"El pastel" fue todo lo que Christoffer pudo decir. No quería decirles lo fracasado que era, cómo lo había arruinado todo.

"Era sólo un pastel, Christoffer. Puedes hacer otro, ¿no? No tienes que preocuparte por hacer un desastre, siempre te preocupas demasiado" dijo Sarah. Christoffer sollozó con más fuerza.

Ella no lo entendía, no se trataba sólo de la tarta, sino de no haber cumplido una promesa. Era un fracasado, como siempre lo había sido. Nunca había sido lo bastante bueno para sus padres, ni para sus amigos, ni para aquel estúpido colegio, y todo el tiempo que había pasado pensando que

estaban equivocados había sido una pérdida de tiempo. No importaba lo que le dijeran, nunca sería lo bastante bueno. Ni siquiera podía hacer lo que mejor se le daba sin meter la pata.

Tanto Sarah como la tía Dima intentaron calmarlo, pero él no escuchaba, estaba demasiado absorto en sus propios pensamientos. Estaba demasiado metido como para salir.

Al final acabó en la pequeña cama de la habitación de atrás, con la tía Dima sentada en el borde.

"Christoffer, escúchame" le dijo severamente.

"No sé qué pasa por tu cabeza, ya que no dices ni una palabra, pero una cosa sí sé: ¡desde luego no eres un fracasado!" Su voz se quebró al final, y Christoffer supo que estaba recordando la última vez. La última vez fue mala, y Christoffer sabía que, aunque las cosas parecieran malas, nunca volvería a eso.

"¿Tía Dima?" llegó la voz de Sarah desde la puerta. "¿Puedo hablar con él un momento?".

"Por supuesto, cariño. Limpiaré todo y me aseguraré de que estemos listos para cerrar" Y así, la tía Dima se fue y Sarah ocupó su lugar.

"¿Qué pasó antes, Christoffer? ¿Qué tenía de especial ese pastel?" Su voz era suave, y aunque no tenía suficiente energía para darse la vuelta y mirarla a la cara, Christoffer contestó.

"Era para Leonard". Sarah suspiró.

"Leonard me dijo que tenías que llevarle algo. Cuando no volviste, se preocupó" Sarah se quedó callada un segundo.

"Realmente te gusta, ¿no?" Salió como un susurro, apenas saliendo de los labios de Sarah. Era una pregunta que Christoffer realmente no quería responder, pero al mismo tiempo no quería ocultarle cosas a Sarah. Después de todo, era su mejor amiga.

Asintió lentamente, antes de encontrar su voz.

"Sí" susurró, aunque salió un poco entrecortado por los sollozos.

"Te he oído antes, ya sabes. Hablando de ser un fracasado". Ella le pasó los dedos por el pelo, un gesto tranquilizador para calmarlo.

"Entonces, se te cayó el pastel... ¿Entonces qué?" Preguntó. Christoffer sabía lo que estaba haciendo. Sabía que después de la última vez él nunca aceptaría volver a un terapeuta, así que ella estaba asumiendo el papel.

A Christoffer no le gustaba la idea de compartir sus pensamientos y sentimientos más íntimos. Pero sabía que tenía que hablar con Sarah, la alternativa era mucho peor.

"La promesa como que se rompió. Ya sabes, como la última vez. Me di cuenta de lo estúpido que era al pensar que podía hacer algo bien, sin meter la pata. Es estúpido, de verdad. Sé que soy bueno horneando, pero incluso la cago. ¿Cómo voy a demostrarme a mí mismo que no soy una mierda si sigo haciendo esto?" Christoffer renunció a no hablar, pero se negó a contarle todos los detalles.

Ella no necesitaba saber lo mal que se sentía, el odio que sentía en el estómago. Eso sólo la enfadaría, y no era necesario. Podía arreglárselas solo.

Pensándolo bien, ¿qué había que hacer? Le acababan de recordar la simple verdad de que no era lo suficientemente bueno. Tal vez fuera capaz de ocultarlo todo durante un tiempo, pero nunca podría esconderse de la verdad. Y la verdad dolía. Dolía mucho, pero ¿de qué servía negarla?

Era una decepción, un fracasado hasta la médula, y nunca se libraría de ello. Por mucho que lo intentara, la vida acabaría dándole una bofetada y recordándole una vez más lo que no podía negar.

No era lo bastante bueno.

CAPÍTULO 9

Leonard estaba ansioso por volver a la tetería. Desde que se había visto obligado a marcharse tan bruscamente no podía dejar de pensar en lo que había pasado. Sabía que a Christoffer le pasaba algo, pero no estaba seguro de qué. Quería averiguarlo, pero no sabía cómo. No quería meterse a la fuerza en la vida del joven, cuando no estaba seguro de que lo quisieran en ella. De hecho, estaba bastante seguro de que no; al menos, no de la forma que él esperaba.

Claro, había coqueteado con Christoffer, y él parecía reaccionar bastante bien. En realidad, él nunca le había devuelto el flirteo, sólo se había puesto rojo y nervioso ante algunos de sus comentarios. Leonard no pudo evitarlo, ver a Christoffer en ese estado le agradaba enormemente, era más bien reconfortante. Para ser franco, el calor se acumuló en otras zonas además de su corazón, al ver cómo el rubor se deslizaba por la piel lechosa de Christoffer. Incluso sus orejas se pusieron de un rojo vivo, un hecho del que estaba seguro que Christoffer era dolorosamente consciente.

Pero ahora, Leonard no estaba muy seguro de que Christoffer estuviera interesado en él de esa manera. Tal vez era sólo un tipo amistoso, tratando de hacer un nuevo conocido, y aceptar el coqueteo como una parte de Leonard. Ahora bien, esto podría parecer un poco exagerado, pero para Leonard que en realidad no había intentado iniciar una relación antes, no podía estar demasiado seguro de sí mismo.

Aun así, volvió a la tetería al día siguiente, puntual como siempre, abriendo la puerta exactamente a las seis. Miró a su alrededor, pero no pudo localizar a Christoffer, a quien buscaba desesperadamente. Por supuesto, Leonard nunca admitiría estar desesperado, pero la increíble sensación de opresión que sentía en las tripas no podía explicarse de otro modo. Necesitaba ver a Christoffer de pie una vez más, para asegurarse de que estaba bien.

Esto, por desgracia, no sucedió. No lo recibió nadie en la puerta como de costumbre, ya que todos se estaban acostumbrando a que llegara a la misma hora todos los días.

Ni siquiera lo saludaron con una sonrisa mientras caminaba hacia su mesa; sinceramente, ni siquiera estaba seguro de que Sarah o Dima lo hubieran visto. Ambas estaban ocupadas, corriendo de un lado para otro tomando pedidos y, al mismo tiempo, atendiendo el mostrador y a la gente que compraba cosas para llevar. Parecía un día estresante, y se preguntó si no sería por eso por lo que Christoffer no había salido.

Quizá con tanta gente se les acababan los pasteles y las pastas más rápido de lo habitual, y Christoffer tenía que seguir horneando más allá de las seis, cuando normalmente paraba.

Leonard esperaba que así fuera y que Christoffer ya se hubiera recuperado del incidente del día anterior, fuera cual fuese. Se sintió atraído por la puerta de la cocina y estuvo a punto de echar un vistazo, pero se contuvo rápidamente. No estaba tan desesperado. Se limitaría a esperar a que le sirvieran y luego, sutilmente, introduciría en la conversación una pregunta sobre el día de ayer.

"Leonard, me alegra ver que los acontecimientos de ayer no fueron demasiado desagradables,

¡y que decidiste volver!" La voz de Sarah penetró en sus oídos, y tras su tono alegre pudo oír el estrés. Era obvio para cualquiera que le prestara un poco de atención, pero sospechaba que muchos en el café no lo hacían.

"Sí, ayer estaba preocupado por Christoffer y quería ver cómo estaba. ¿Qué pasó?" Leonard se maldijo, no era así como pretendía colar sutilmente la pregunta; simplemente la había lanzado por descuido, sin la menor cautela. Resistió el impulso de abofetearse a sí mismo por su propia estupidez. Qué suave por su parte.

Sarah frunció el ceño.

"¿Preocupado?" Pareció reflexionar unos segundos. "Bueno, él está bien" fue su respuesta finalmente. Era evidente que había algo más, pero también estaba claro que no era asunto de Leonard.

"No voy a hurgar demasiado en el tema, sólo quería asegurarme de que no había pasado nada demasiado malo. Le echaría de menos si estuviera fuera demasiado tiempo, ¿sabes? Ah, hablando de eso, ¿sigue en la cocina?". La voz de Leonard no ocultaba su esperanza, y por un momento su rostro se quedó sin nada de la habitual guardia que ponía. Incluso alrededor de Christoffer.

Sarah se percató de ello, ya que tenía la costumbre de observar atentamente a los dos hombres interactuar, con el único propósito de asegurarse de que Christoffer estaba bien. Sabía lo frágil que era. Sin embargo, no sabía cómo interpretar la expresión facial de Leonard, si asumir o no que era algo bueno. Sinceramente esperaba que lo fuera, porque Christoffer se merecía algo tan abierto y honesto como eso, pero se mantuvo cautelosa.

"No, hoy no. Le hemos obligado a tomarse el día libre, por eso estamos corriendo como locos ahora mismo. A estas horas se necesita una tercera persona en la planta. Pero le diré que has preguntado por él. Sé que significaría mucho para él" Estaba mirando distraídamente por la ventana, pero al pronunciar la última frase su cabeza se giró hacia Leonard.

"¡No le digas que te lo he dicho!" Leonard no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa en la cara, pues Sarah le recordaba a sus años de instituto. ¿Cuántas veces no había oído la misma frase? Era bastante dulce, y Leonard se alegró de oírla. De alguna manera esa frase hizo que la declaración inicial pareciera más genuina.

"Honor de explorador" prometió Leonard mientras levantaba tres dedos. Él nunca había sido explorador, pero ella no necesitaba saberlo.

Sarah se rio de él.

"En fin, ¿qué te apetece? Ya he pasado demasiado tiempo aquí y necesito volver con otros clientes" Leonard no pudo evitar sentir una punzada de decepción, ya que Christoffer no estaba allí para sugerir algo que acababa de hornear con una expresión emocionada en la cara, mostrando a Leonard lo apasionado que era por su trabajo.

"En realidad, no me apetece comer nada. ¿Qué tal una taza de café?" Pasara lo que pasara, no podía pasar sin ese chute de cafeína.

"Claro, ahora vuelvo". Se dio la vuelta y miró la concurrida tienda. "En realidad, espere un retraso". Y se apresuró a volver con los otros clientes a los que Dima había entretenido con bromas y anécdotas.

Leonard observó cómo las dos mujeres se esforzaban por manejarlo todo y decidió hacer algo al respecto. Así que, cuando Sarah por fin volvió con su taza de café, tenía una pregunta para ella.

"Entonces, ¿dónde puedo conseguir uno de esos delantales?", preguntó, señalando el delantal rojo que llevaba atado a la cintura.

Ella pareció confundida por un momento, antes de comprender rápidamente.

"Oh no, ni se te ocurra. Eres un cliente, no trabajas aquí. Ni siquiera en nuestro actual estado de caos". Leonard le dirigió la mirada menos impresionada que pudo, y sorbió lentamente su taza de café. Un capuchino, esta vez.

"Para cuando termine mi café, espero que haya un delantal en el asiento de al lado, si no destrozaré este lugar buscándolo", dijo en un tono despreocupado, que sabía que tendría más efecto que alzar la voz. Leonard podía ser bastante intimidante cuando quería. Al fin y al cabo, eso era necesario en su trabajo. Si la gente no confiaba en él, les convencería de que tenía razón.

Sarah se marchó sin decir palabra, y un minuto después tenía un delantal a su lado. Después de que Sarah la volviera a poner en su contra, dejó escapar una risita autosatisfecha. Sabía que ganaría esa pelea fácilmente.

Sorbió rápidamente lo que quedaba de café antes de atarse el delantal a la cintura. Pensó que el traje le quedaba demasiado formal, así que se quitó la corbata y la chaqueta y pensó dejarlas en algún lugar de la parte de atrás.

No sabía lo que se esperaba cuando entró en la cocina, pero sin duda le sorprendió ver a un hombre desconocido con una batidora en la mano, batiendo la masa. Leonard se detuvo bruscamente en medio de la puerta y se quedó mirando al hombre. ¿Qué hacía en la cocina de Christoffer?

Por supuesto, no esperaba que la tetería pasara un día entero sin dulces recién horneados, pero ni siquiera había considerado la posibilidad de que la tetería tuviera otro panadero aparte de Christoffer. Eso, en su mente, estaba completamente fuera de lugar. Pero Leonard se descongeló antes de que el panadero se diera la vuelta para mirarle y, tras una breve presentación, Leonard no tardó en salir de nuevo a la tienda.

Comprobó los bolsillos del delantal y seguramente había un bolígrafo y un bloc de notas.

Genial, ya podía empezar.

CAPÍTULO 10

Christoffer no estaba seguro de querer volver a la tetería. Al tercer día del incidente seguía tumbado en la cama, enterrado bajo un montón de mantas y con cerca de diez tazas de té llenando su mesilla de noche. Siempre que se sentía mal bebía té, obsesivamente. Su armario estaba completamente vacío, y las que no ocupaban la mesilla estaban en el lavavajillas. Todos menos el que aferraba desesperadamente entre las manos.

Sarah estaba sentada a los pies de la cama, con las piernas cruzadas y haciendo pucheros.

"¡Vamos, Christoffer, no puedes quedarte aquí para siempre! Sé que quieres volver; ¿no echas de menos estar en la cocina, rodeado del maravilloso olor de las magdalenas recién horneadas esperando a ser escarchadas?" Sarah hizo todo lo posible por convencer a Christoffer de que volviera a la tienda. Sabía que sus grandes ojos color avellana y aquel mohín le convencerían.

Christoffer se negó a mirarla, sino que se concentró únicamente en la taza que tenía en las manos. Agitó el té, como se hace con una buena copa de vino. Para Christoffer, el té era mucho mejor. Y menos caro; uno no llegaba lejos con el sueldo de un panadero.

Como Christoffer estaba sentado en silencio, Sarah se acercó sigilosamente.

"Vamos, Christoffer. ¿Por favor?" No dejó que se le borrara el mohín de la cara; Christoffer lo sabía sin tener que mirarla. La conocía lo suficiente como para darse cuenta de esas cosas.

Sin embargo, Christoffer seguía negándose a mirarla. En cambio, miró a Rafi, extendido a su lado.

"Ayúdame" Le gritó Christoffer, pero, al más puro estilo felino, se limitó a cerrar los ojos y girar la cabeza. Christoffer estaba a punto de darse por vencido. Ni siquiera su mejor amigo en todo el mundo se preocupaba lo suficiente como para ayudarlo, entonces realmente no tenía otra opción. De mala gana, levantó la cabeza. Sarah lo estaba mirando con sus ojos de cachorrito.

"Está bien" Refunfuñó, Pero no hizo ningún movimiento para levantarse de la cama. Los días transcurridos desde el incidente habían sido agotadores, y Christoffer realmente no estaba listo para volver. No había superado lo ocurrido. Todavía sentía que la angustia le retorcía las tripas cada vez que pensaba en ello, y la sensación de pánico y el odio a sí mismo seguían ahí. Simplemente había conseguido reprimirlo lo suficiente como para ocultarlo de la mirada intrusa de Sarah.

"¡Sabía que funcionaría!" Exclamó triunfante. Pero pronto su expresión se suavizó y puso la mano en el brazo de Christoffer.

"Sé que no te recuperas tan rápido después de un episodio como ése" Dijo.

"Pero no quiero dejarte solo con tus pensamientos como la última vez. Creo que eso fue lo que lo empeoró. Confié en ti cuando dijiste que estarías bien solo, cuando obviamente no era así.

Esta vez te quiero cerca" Concluyó Sarah, y Christoffer supo que tenía razón.

Hace dos años no se conocían tan bien como ahora, porque fue la tragedia lo que los unió más. En aquella época ella no sabía leerle tan bien, y él consiguió convencerla de que estaba bien. Pero quedarse solo lo empeoraba todo, y la voz de su cabeza resonaba cada vez más fuerte, intensificándose a cada momento que pasaba.

Esta vez, Sarah no dejó sus pensamientos en paz durante más de media hora, ya que constantemente le enviaba mensajes de texto y le llamaba para saber cómo estaba Christoffer. No le dejó caer en el pozo sin fondo de la desesperación, como la última vez.

"Sabes, Sarah, realmente aprecio que estés aquí. Me ayudas mucho, aunque no quiera hablar de lo que pasó. No me presionas para que te cuente todos los detalles y no intentas analizar cada una de mis palabras como esa estúpida terapeuta. Sin ti, ahora estaría exactamente en el mismo punto que la última vez". Christoffer estaba realmente agradecido, y no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas al pensar en todo lo que Sarah había hecho por él.

"Oh, Christoffer" fue toda la advertencia que recibió antes de que ella se arrojara a sus brazos. "Haría cualquier cosa por ti. Lo sabes, eres mi hermano pequeño" Ella se sentó recta y lo miró a los ojos. "Ahora saca ese dulce culo de la cama, te juro que te sacaré yo mismo"

Ah, ahí estaba la Sarah que Christoffer conocía y amaba. Las emociones sentimentales lo preocuparon por un segundo, pero ella se recuperó rápidamente.

"Entonces sal tú primero de mi habitación, no vayas a echar un vistazo a mi 'dulce trasero'". La echó de la cama.

"Oye, llevas ropa, ¿cuál es el problema?" preguntó Sarah mientras salía a trompicones de la cama. Luego se volvió hacia él. "Llevas ropa, ¿verdad?"

Christoffer apartó la mirada y se sonrojó, y Sarah lo miró boquiabierta.

"Tengo mi manta peluda debajo del edredón, ya sabes lo mullida y acogedora que es" murmuró Christoffer, todavía con la cara roja.

"Ew, ¡nunca volveré a acurrucarme contigo debajo de eso! ¡Chico, qué horror!" Sarah salió corriendo de la habitación y Christoffer se quedó solo. Tenía la cara tan caliente que prácticamente le salía vapor.

Con su mullida manta sujeta alrededor de la cintura, salió del dormitorio de su pequeño apartamento y se dirigió con cautela al cuarto de baño. Sarah estaba sentada de espaldas a él en el sofá, y él lo agradeció. Esto era demasiado embarazoso.

Una vez fuera de la ducha y vestido, Christoffer salió del apartamento por primera vez en tres días, con Sarah a su lado. Ella tenía una manera de hacer que él hiciera lo que ella quería, pero por lo general sólo por su propio bien. Al menos, eso era lo que ella decía.

La tetería de la tía Dima quedaba lejos cuando hacía más calor, pero ahora Christoffer se alegraba de que Sarah tuviera su querido Mini Cooper. Los mantuvo calientes durante el corto trayecto, y Christoffer ni siquiera tuvo que llevar su bufanda o guantes. Era la primera vez en mucho tiempo que salía de casa sin ellos.

La tía Dima lo recibió con un fuerte abrazo cuando llegó, y lo mimó durante un par de minutos antes de que él le recordara a los clientes. No era la hora más concurrida del día, pero Christoffer seguía sintiendo curiosidad por saber cómo se las había arreglado Sarah para abandonar su puesto de camarera en pleno mediodía. ¿Habrían contratado a alguien más para ayudar mientras Christoffer estaba fuera?

Eso hizo pensar a Christoffer, y rápidamente se dio cuenta de que alguien más tenía que estar horneando en su cocina. Ese pensamiento le aceleró el pulso y sus ojos se abrieron de par en par. Para sorpresa de Sarah, se dirigió rápidamente a la cocina y ni siquiera prestó atención al nuevo camarero. Lo único en lo que podía concentrarse era en su cocina.

Cuando llegó allí no pudo ver ni un alma, pero lo que le llamó la atención fue lo desordenado que estaba todo. Rápidamente empezó a reorganizar, poniendo la harina en el lugar que le correspondía y apartando el bicarbonato. El colorante rojo estaba en el lugar equivocado y le temblaban las manos, ansioso por colocar cada cosa en su sitio.

Estaba tan absorto en la tarea que ni siquiera se quitó el abrigo, y pronto estaba completamente cubierto de sustancias de la cocina. Sólo tardó un par de minutos en dejarlo todo bien, pero después de tanto dar vueltas tuvo que limpiarse la frente. Ahora sólo le quedaba encontrar al culpable de aquel desaguisado. ¿Quién se había metido con la cocina de Christoffer?

La puerta de la zona de personal se abrió de golpe y Christoffer se dio la vuelta, dispuesto a atacar a quienquiera que asomara la cabeza. Sin embargo, fue interrumpido por el chillido exaltado de una desconocida que lo abrazó y lo hizo tropezar.

"¿Pero qué...?"

"¡Christoffer!" Le cortó el desconocido. El desconocido sabía su nombre. Sólo que, cuando retrocedió, Christoffer se dio cuenta de que no era un desconocido. Se trataba de Diego.

Sin más palabras, Christoffer volvió a abrazarlo y apretó la cara contra el cuello de Diego. El aroma familiar de los pinos lo golpeó con fuerza y soltó un grito ahogado.

"Dioses, Diego. Te he echado mucho de menos" Exclamó Christoffer. "¿Qué demonios haces aquí?" Christoffer no pudo evitar la gran sonrisa que se le dibujó en la cara al saludar a su amigo de la infancia.

Diego fue quien le convenció para que horneara aquellos pasteles de barro en la cocina de su madre hacía tantos años. Por supuesto, el desastre que hicieron les valió a ambos una reprimenda, pero a Christoffer le dio ganas de más.

A partir de ahí, la repostería despegó.

"Sarah me llamó, dijo que necesitaban un panadero extra ya que te habías tomado unos días libres. Ese no es el Christoffer que yo conozco; ¡el Christoffer que yo conozco nunca dejaría la cocina voluntariamente!" Diego se rio y le revolvió el pelo.

"Bueno, incluso 'el Christoffer que conoces' necesita unos días libres de vez en cuando" Christoffer decidió hacer caso a lo que Sarah le había dicho a Diego, pues aún no estaba preparado para contarle todos sus problemas.

El cronómetro del mostrador sonó y Diego puso inmediatamente su cara de juego.

"Las galletas están listas, las magdalenas en cinco minutos y los panecillos justo después. Tenemos tres pedidos de humeantes galletas calientes con pepitas de chocolate para servir a los clientes sentados, dos paquetes de cuatro magdalenas cada uno para llevar. Los bagels hay que dárselos a Dima junto al mostrador cuando estén hechos, y luego el siguiente lote va al horno. ¿Crees que puedes encargarte de eso?" Diego preguntó, y Christoffer asintió rápidamente.

"Entendido, Diego. Gracias". Christoffer cogió el delantal sucio de Diego, ya que era el único que no cubría sólo la cintura. "Por cierto" Añadió cuando Diego estaba casi saliendo por la puerta, "No vuelvas a meterte con mi cocina, ¿vale?"

Diego se limitó a reírse de él mientras se iba de camarero.

No fue hasta más tarde cuando se desveló el misterio del camarero extra, porque Christoffer estaba demasiado ocupado en la cocina como para darle importancia. Estaba en su propia burbuja, como siempre. Su "burbuja de hornear", como les gustaba llamarla a la tía Dima y a Sarah, y eso era exactamente lo que era.

Pero cuando el reloj marcó las seis, se aseguró de que todo estaba terminado en la cocina y salió a la tienda, completamente dispuesto a atender sus mesas habituales. Sólo que allí había alguien más con un delantal rojo. Alguien que no tenía que estar allí: tenía que estar en el reservado de la cocina, no en el suelo corriendo de un lado para otro.

Christoffer se detuvo justo delante de las puertas de la cocina, aturdido hasta el silencio. No estaba muy seguro de cómo manejar esta nueva situación, y eso le incomodaba. No era a lo que estaba acostumbrado. Pero después de unos momentos de recogerse, reunió el valor suficiente para acercarse al hombre que estaba charlando con uno de los invitados.

"¿Leonard?" Su voz sonó más débil y confusa de lo que pretendía, pero el hombre le oyó y se dio la vuelta.

"¡Oh, Christoffer! Ahí estás, Sarah me dijo que te esperaba a las seis. ¿Cómo estás hoy?" Leonard le sonrió, y lo que Christoffer estaba seguro de que debía parecer una simple frase de cortesía tenía un cierto tono que no le gustó. Leonard sabía más de lo que parecía sobre lo que

había pasado la última vez que se vieron, y aunque estaba bastante seguro de que Sarah no le habría contado los detalles, tal vez le hubiera dicho algo.

Christoffer no sabía qué pensar de la preocupación de Leonard por él. Decidió no darle importancia por el momento.

"Estoy bien, gracias. ¿Qué estás haciendo exactamente?" Sentía verdadera curiosidad, pero quizá se había quedado un poco corto. Leonard inmediatamente puso su libreta y bolígrafo en el bolsillo del delantal.

"Bueno, Sarah me dijo que les vendría bien una mano extra y, aunque no lo creas, tengo algo de experiencia en este campo", respondió Leonard. ¿Sarah? ¿Desde cuándo se conocían tan bien como para ponerse apodos?

"¿No tienes un trabajo propio?" preguntó Christoffer.

"Nada que no pudiera aplazar un par de días para ayudar a una amiga necesitada", dijo Leonard con sinceridad. Christoffer se preguntó si Sarah era esa amiga.

"Es muy amable por tu parte, Leonard. Seguro que tanto Sarah como la tía Dima lo apreciaron mucho. Yo también, si les sirvió de ayuda" Christoffer seguía sin saber qué pensar de toda aquella situación, pero decidió por una vez dejar de pensar y limitarse a dar las gracias.

"Bueno, ya que Sarah ha vuelto y Diego está fuera de la cocina, ¿qué tal si tú y yo nos tomamos un pequeño descanso? Seguro que a los dos nos vendría bien después de unas cuantas horas de trabajo sin parar. ¿Qué te parece?"

Christoffer no pudo encontrar una buena razón para negarse, así que asintió y juntos se dirigieron al reservado del fondo.

Una vez sentados, al parecer Leonard sintió la necesidad de volver a sus viejos hábitos y preguntó.

"¿Qué me recomiendas esta vez?"

CAPÍTULO 11

Mientras estaban sentados uno frente al otro, Leonard sorbía su ansiado café y no podía evitar sentirse satisfecho. Christoffer por fin estaba de vuelta en la cafetería, y Leonard se sintió muy aliviado al ver que el otro hombre estaba bien.

Aunque confuso, como era de esperar tras la sorpresa de que Leonard llevara el delantal de la tienda sirviendo a los clientes, Christoffer parecía haber descansado de nuevo. Durante las pocas semanas que Leonard llevaba acudiendo a la tienda, había visto cómo las bolsas bajo los ojos de Christoffer se oscurecían poco a poco y sus hombros se hacían más pesados.

Pero Christoffer era un hombre testarudo, Leonard había llegado a comprenderlo, y se negaba a que la sonrisa desapareciera de su rostro.

No quería que la gente viera lo cansado que estaba, tenía demasiadas ganas de agradar. A la gente le encantaba su repostería y volvía todos los días para probarla. Era una maravilla que no todo el mundo aquí fuera del tamaño de una montaña. Christoffer seguía viniendo a por ellos.

Leonard era una persona terriblemente observadora, pero sin las sutiles indirectas de Sarah no se habría dado cuenta de todo esto. Tal vez con el tiempo, pero siempre que Christoffer no estaba cerca Sarah estaba allí. En los últimos días, en particular, había llegado a conocer a la joven, y compartían una relación especial.

Sarah protegía ferozmente a Christoffer y se negaba obstinadamente a admitir que disfrutaba de la presencia de Leonard. Un rasgo que tanto ella como Christoffer compartían, la terquedad.

Pero habían estado charlando y Leonard había sonsacado a Sarah información sobre Christoffer con más cuidado y sutileza que la primera vez. Nunca compartía cosas que Christoffer no se sintiera cómodo con que Leonard supiera, pero seguramente el hombre no le contaría tales cosas a estas alturas.

Leonard se sentía un poco culpable por ello, pero Christoffer le intrigaba de verdad y quería saberlo todo sobre él. A veces era difícil reunir el valor suficiente para hablar directamente con Christoffer de esas cosas, porque Leonard no se atrevía a arriesgarse a que Christoffer se cerrara de nuevo, no cuando acababa de empezar a sentirse un poco más cómodo con Leonard.

Por primera vez en tres días Christoffer le había dado a Leonard su recomendación, y sólo entonces Leonard se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos. Ahora tenía delante una porción de tarta de limón y merengue, y tuvo que contenerse para no engullirla directamente.

Estaba deliciosa, pero atiborrarse no sería muy atractivo. Por una vez, Leonard se preocupó por detalles como aquel, mientras que normalmente se sentía lo bastante seguro como para no darle importancia.

El propio Christoffer había optado por no comer nada, sino que se limitaba a tomar una taza de té de jengibre, asiéndola artísticamente con sus largos dedos. Leonard se dio cuenta de que tenía

unas manos muy elegantes. Manos delicadas, pequeñas, con dedos largos y finos. Bien cuidadas, ya que sus manos eran su mayor baza como panadero.

Tras varios minutos de cómodo silencio entre ellos, Leonard quiso iniciar una conversación, pero ¿cómo? Después de tres días sin verse, después del gran acontecimiento del que Leonard aún no tenía pistas, ¿por dónde iba a empezar?

Con algo sencillo, decidió.

"¿Es bueno volver aquí, entonces? Supongo que te lo habrás perdido" La repostería, supuso Leonard, sería un tema seguro.

"¡Es genial!" Dijo Christoffer con una gran sonrisa. "No me había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos, pero una vez de vuelta en la cocina me he vuelto a sentir como en casa. Tres días sin hornear, vaya... Es extraño. Suelo estar en la cocina todos los días de la semana, con la tienda abierta incluso los domingos, pero la cocina de casa no es lo suficientemente grande. Es triste, porque si pudiera me pasaría el día horneando"

Christoffer estaba muy emocionado mientras hablaba, hacía grandes gestos y apenas podía estarse quieto. Era obvio para cualquiera que lo viera lo apasionado que estaba por su trabajo, y eso hizo sonreír a Leonard.

Ojalá fuera así para todo el mundo. El propio Leonard estaba bastante aburrido de su trabajo; cansado de la aburrida oficina en la que se sentaba, cansado de las tareas mundanas a las que se enfrentaba cada día. No cambiaba mucho de un día para otro, y a Leonard le encantaría cambiar de aires. Pero eso no ocurriría. Leonard lo sabía.

Christoffer siguió hablando de repostería y de cocinas y de cualquier cosa, y Leonard se calentó por dentro sólo de escuchar. Sentía envidia de aquel hombre, de espíritu tan vivaz, que parecía tan feliz con su vida. Ojalá él pudiera tener eso.

"... y es realmente increíble aquí, ¡de verdad! Sólo digo que en París hay tantas oportunidades, ¡y sería genial ir allí! Me encantaría abrir una tienda allí algún día, para salir de esta ciudad y cambiar las cosas. Normalmente no me gustan mucho los cambios, me gustan las cosas como son, pero aun así, París..." Christoffer suspiró soñadoramente, y su mirada estaba en un lugar lejano.

"París es una gran ciudad, desde luego", coincidió Leonard. Los ojos de Christoffer volvieron a centrarse en Leonard, y se iluminaron.

"¿En serio? ¿Has estado allí? Se acercó más a la mesa, deseoso de escuchar historias sobre París. Leonard se preguntó si había salido alguna vez de su ciudad natal.

"Un par de veces, por negocios. No he visto mucho de la ciudad, ya que he estado casi todo el tiempo encerrado en oficinas, pero lo poco que he visto ha sido hermoso. Es bastante diferente de aquí, eso es obvio ya que es una ciudad mucho más grande, pero no es sólo eso. Es todo el

ambiente. Supongo que tienes que estar allí para entenderlo del todo, pero te da una nueva vida, diría yo"

Christoffer se aferraba a cada palabra de Leonard, como un niño al que le cuentan un cuento de hadas. En cierto modo, era parecido. Para Christoffer, el sueño de París estaba tan lejos que bien podría haber sido un reino lejano "Érase una vez"

"Un día" Dice Christoffer, "Iré allí. No me importa lo que cueste, llegaré allí" Hablar de ello pareció entristecer a Christoffer, y Leonard arrugó la frente.

"¿Qué te lo impide?" preguntó Leonard con curiosidad, y ladeó la cabeza. Él también se inclinó más cerca, y ahora sus caras estaban a sólo unos centímetros de distancia. Ninguno pareció darse cuenta.

"Me necesitan aquí" Suspiró Christoffer. "No puedo abandonarlos a todos. La tía Dima me necesita como panadero, Sarah como mejor amigo, mi vecina de abajo para alimentar a su gato cuando está de vacaciones. Tengo muchas responsabilidades y no puedo marcharme sin más" Christoffer dirigió su mirada a la mesa y a su taza de té vacía.

"Y las últimas semanas... he disfrutado mucho de tu compañía. Eso es otra cosa que echaría de menos" Esto salió de su boca como un susurro, pero debido a su proximidad Leonard escuchó alto y claro. Sin duda -esa frase- Leonard la habría oído desde el otro lado de una habitación llena de gente.

Le agradó enormemente oírla, y aún más cuando Christoffer volvió a levantar la mirada y miró a Leonard a los ojos. El rubor de sus mejillas era sutil, pero perceptible, y Leonard sintió deseos de estirar la mano y acariciarlo. Qué dulce era Christoffer. Lo que Leonard no haría por besarlo en aquel momento...

Pero, por supuesto, eso no ocurrió. La vida nunca es tan fácil, nunca dio a nadie la satisfacción de conseguir la salida fácil. Había que revolverlo todo, retorcerlo y complicarlo.

La querida amiga y colega de Christoffer, Sarah, vino a interrumpir.

"La tienda cierra en cinco minutos, Christoffer. Es hora de terminar" Leonard nunca había despreciado a nadie tanto como a Sarah en aquel momento.

Más tarde se sentiría culpable de las palabras que le lanzó en su cabeza, pero su decepción nubló su mente en ese momento. En ese momento tan íntimo en el que Leonard sintió por primera vez que Christoffer se abría a él.

El hombre, normalmente tan reservado y cuidadoso, había desnudado su alma y le había contado a Leonard sus pensamientos y sus sueños, y era un gran paso adelante.

Pero Christoffer volvió rápidamente a la realidad y retrocedió como un rayo. Se ruborizó aún más y estaba claro que le avergonzaba que Sarah lo hubiera sorprendido tan cerca de otro

hombre.

Pero ella no se fue, no antes de que Christoffer se levantara y se fuera con ella, dejando a Leonard atrás. Leonard no sabía qué hacer, porque no quería irse todavía. No cuando las emociones de Christoffer seguían abiertas y vulnerables. Quería decirle que estaba agradecido por Christoffer compartir todo con él, quería darle las gracias de alguna manera. Quería decirle a Christoffer que estaba bien compartir cosas así con él, sin tener que pensar en las consecuencias.

Incluso de espaldas, Christoffer parecía tenso y Leonard se daba cuenta de que estaba incómodo. Lo más probable era que sintiera que Leonard lo observaba, así que Leonard decidió dedicarse a beber los últimos sorbos de su café. Hacía tiempo que se había enfriado, seguramente porque estaba demasiado ocupado observando a Christoffer como para darse cuenta de lo que le rodeaba.

Leonard permaneció sentado durante otros quince minutos, demasiado ocupado con sus propios pensamientos como para darse cuenta de que había pasado el tiempo. No volvió a la realidad hasta que Christoffer regresó, completamente vestido con ropa de invierno, y le tocó el hombro.

"Ya he terminado en la cocina, ya podemos irnos" Dijo Christoffer con una tímida sonrisa. "Sarah y Diego están cerrando".

Christoffer parecía entender y aceptar el hecho de que Leonard le había esperado, y por eso Leonard estaba feliz. Christoffer parecía aceptarlo como un elemento más permanente en su vida. Eso era todo lo que Leonard deseaba por el momento. Al menos, eso se decía a sí mismo. Pero, por supuesto, cualquiera que lanzara una mirada en su dirección podría ver lo que realmente estaba pasando.

Por supuesto, ninguno de los dos confiaba lo suficiente en las emociones del otro como para admitir, ni siquiera ante sí mismos, que anhelaban algo más. Algo más que dulces conversaciones en torno a una bebida caliente, algo más que miradas tímidas y rubores incómodos: lo que tenían no era suficiente, pero ninguno de los dos quería comprometer lo que tenían yendo demasiado deprisa.

Ambos caminaban por la cuerda floja, el más mínimo error y todo se desmoronaría bajo sus pies. Eso es lo que ambos pensaban, porque en ese momento no tenían ni idea de lo fuerte que era realmente su supuestamente frágil vínculo. La conexión instantánea que los había unido inicialmente pesaba más de lo que pensaban.

CAPÍTULO 12

La tenue luz del atardecer se propagó como un incendio. Como si alguien hubiera vertido gasolina sobre el horizonte, las llamas anaranjadas parpadeaban y se hacían cada vez más grandes y cálidas. El cielo se pintó de tonos rosas y púrpuras allí donde la luz se esforzaba por llegar, y fue en momentos como éste cuando Christoffer deseó ser artista.

Quería plasmar en un lienzo aquel espectáculo sobrecogedor y colgarlo en la pared de enfrente de su cama para poder recordar aquella sensación todas las noches. Sentía calor en todo el cuerpo, a pesar de los fríos vientos de principios de diciembre. Estaba de pie en su pequeño apartamento completamente vestido con un grueso abrigo y una bufanda. Esto no habría sido necesario si no tuviera la ventana abierta, pero Christoffer se negaba a ceder al frío. Imaginó que podía sentir el calor del sol, y se perdió tanto en su cabeza que ni siquiera se dio cuenta de que temblaba como una hoja al viento.

No volvió a la realidad hasta que Sarah llamó a la puerta y cerró rápidamente la ventana. Se apresuró a abrir la puerta, y estaba seguro de que era ella. Ella le había dicho poco antes que se pasaría por allí, y le había dicho que se vistiera y estuviera listo para salir.

Era tradición que la tienda estuviera cerrada el 4 de diciembre. Al principio, Christoffer se había mostrado muy reacio a perder un día entero de beneficios sólo para ir a celebrar su cumpleaños, pero llegaron al compromiso de cerrarla sólo después de comer y luego salir.

Christoffer había aceptado porque hacía mucho tiempo que no celebraba su cumpleaños como es debido. De hecho, ni siquiera recordaba si alguna vez había tenido una celebración que valiera la pena. Sus padres tenían cosas más importantes de las que ocuparse que de un mocoso molesto como él. Al menos, eso le decían. Daban prioridad a los viajes de negocios y a las fiestas elegantes para que la gente siguiera viéndolos bien. Christoffer nunca era invitado, porque nunca pensaron que encajaría.

Christoffer siempre había sido un poco diferente. En lugar de hacer amigos en el colegio, se sentaba solo y escribía en su cuaderno. En lugar de sacar buenas notas en matemáticas y ciencias, como esperaban sus padres, sacaba sobresalientes en inglés y arte.

Al final, sus padres se hartaron y le amenazaron con cortarle el suministro de dinero si no hacía lo que ellos querían. Tenía catorce años. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo decepcionante que sus padres pensaban que era. Después de eso, dejó de lado lo que se le daba bien y se centró en lo que era "apropiado" para alguien en la posición de Christoffer. Hijo de los dos mejores cirujanos del país.

Pero por mucho que lo intentaba no conseguía hacerlo bien. En lugar de estudiar después de clase, se escondía en tiendas y cafeterías, y al final conoció a la tía Dima.

Fue entonces cuando por primera vez se sintió aceptado por lo que era, y la tía Dima le enseñó todo lo que sabía sobre repostería. Se quedaba con ella las noches que sus padres estaban fuera, y nunca se daban cuenta. Tenía mejor relación con la señora de la tetería que con su propia madre.

Así que, cuando la tía Dima descubrió que nunca había celebrado bien su cumpleaños, se desató el infierno. Inmediatamente lo arrastró por la ciudad para invitarlo a todo lo que quisiera, sin importar que faltaran varios meses para su cumpleaños.

"Ya hemos perdido bastante tiempo", le había dicho la tía Dima. Desde entonces le había dado mucha importancia a su cumpleaños.

Ahora Sarah lo estaba esperando, y él ni siquiera estaba listo. Debía ducharse después del trabajo para quitarse el fuerte olor a vainilla que siempre se le pegaba, pero cuando llegó a casa ya se había puesto el sol. En invierno, los días eran demasiado cortos y nunca tenía tiempo de disfrutar de las puestas de sol como en verano. Por eso, cada vez que podía, se quedaba junto a la ventana disfrutando de la puesta de sol.

Pero ahora llegaba tarde.

"Sarah, lo siento, aún no he terminado, ¿puedes esperar cinco minutos?" Le preguntó mientras abría la puerta de golpe y corría hacia el apartamento sin mirarla siquiera.

"¿Atrapado en tus propios pensamientos durante demasiado tiempo? Así eres tú, Christoffer" Habló una voz masculina que sorprendió a Christoffer.

"¿Diego?" Ahora no pudo resistirse a darse la vuelta y corrió directamente a los brazos abiertos del otro hombre.

"Dios, te he echado mucho de menos. Siento haberme escapado ayer, quería pasar tiempo contigo, pero entonces Leonard..." No se molestó en terminar la frase, pues sintió que Diego se reía antes de oír el sonido.

"Está bien bobo, Sarah me explicó lo que está pasando. Me quedaré aquí un rato para que tengamos tiempo de ponernos al día". Christoffer se echó hacia atrás y lo fulminó con la mirada al. Cuando eran más jóvenes, Christoffer había sido muy pequeño en comparación con él y, al parecer, a Diego le gustaba colocarle apodos y fastidiarlo. A Christoffer le gustaba en secreto, ya que Diego siempre los decía con adoración en la voz, pero nunca lo admitiría.

"Da igual, déjame ducharme", dijo Christoffer y volvió a salir corriendo.

Desde que Christoffer había recibido su primera factura del agua, intentaba acortar sus duchas. Nunca olvidará la impresión que le causó ver aquella ridícula suma de dinero en el trozo de papel, y decidió que las duchas de más de media hora ya no eran una opción. Ahora intentaba reducirlas a diez minutos.

Debido a esto, y a su falta de interés por la ropa, no tardó mucho en salir de su dormitorio. Notó que Diego se burlaba de su atuendo, pero eso no era nada nuevo. Diego siempre había sido el más a la moda de los dos.

Después de asegurarse de que Rafi tuviera suficiente comida y de pasar demasiado tiempo abrazado a él para despedirse, Christoffer arrastró a Diego fuera del apartamento. No tenía sentido volver a comprobar si el ascensor funcionaba; llevaba averiado todo el tiempo que Christoffer llevaba viviendo allí. Así que, escaleras al fin.

Bajar a toda prisa cinco tramos de escaleras era pan comido para Christoffer, que llevaba tres años haciéndolo, pero Diego se estaba quedando atrás rápidamente.

"¡Jesús, cara de pepino, cálmate!" Resolló. "No tenemos tanta prisa" Murmuró algo más para sí, pero Christoffer iba demasiado adelantado para oírle.

Christoffer tuvo que esperar junto a la puerta de entrada treinta segundos enteros antes de que Diego se le acercara, jadeante.

"Vaya, tres días a la semana en el gimnasio, ¿y para qué? Estas escaleras me han matado" Se quejó Diego entre respiraciones agitadas.

"Diego, no importa cuánto ejercicio hagas, las escaleras siempre te matarán" Le dijo Christoffer y abrió la puerta. "Las damas primero" Eso le valió una mirada fulminante de Diego, pero él se limitó a sacarle la lengua a cambio. Los dos siempre se tomaban el pelo así.

"Entonces, ¿adónde me llevas?". preguntó Christoffer con curiosidad.

"No te lo voy a decir, pero seguro que lo averiguas mientras caminamos" Se rio Diego. Como ninguno de los dos tenía coche, se vieron obligados a caminar. Christoffer se preguntó brevemente por qué Sarah no había venido como dijo que haría, pero probablemente tenía un motivo.

Supuso que el motivo eran los preparativos para la celebración del cumpleaños de Christoffer.

Christoffer reconoció perfectamente la ruta por la que caminaban, pero tardó un buen rato en darse cuenta de adónde iban exactamente. Normalmente, tía Dima y Sarah tenían las ideas más locas y lo llevaban a lugares muy diferentes. Una vez a un carnaval que pasaba por la ciudad, otra a hacer paracaidismo (Christoffer se había negado en redondo porque tenía un miedo mortal a las alturas) y una a un enorme acuario para zambullirse en el tanque de los tiburones.

Por eso nunca esperó que Diego lo llevara a la Tetería de la Tía Dima, pero allí iban. Christoffer estaba seguro de ello. ¿Pero por qué? No tenía ni idea.

A medida que se acercaban, Christoffer se emocionaba cada vez más. Nunca le hacía mucha ilusión celebrar su cumpleaños porque sabía que lo colmarían de regalos que no había hecho nada para merecer, pero quizá esta vez sería diferente.

Algo pequeño, en la tetería. Sin regalos, sólo una buena cena, ¿tal vez? Tal vez la tía Dima le había hecho una tarta... era increíble haciendo tartas. Ni siquiera Christoffer podía hacerlas como ella.

Parecía tener una sonrisa permanente en la cara y el vértigo se reflejaba en sus pasos. Casi saltaba al lado de Diego, y el otro muchacho tuvo que hacer todo lo posible para no reírse de él. Aquella felicidad era auténtica, y Christoffer se sentía mejor de lo que se había sentido en varios días. Los días de sonrisas forzadas y conversación cortés casi lo habían agotado de nuevo, pero ahora era feliz.

Se detuvieron brevemente frente a la tienda y Diego se volvió hacia él.

"Aquí estamos, ahora entra tú" Le animó Diego.

"¿Yo? ¿Y tú? ¿No vienes?" Christoffer frunció el ceño. Estaba deseando pasar tiempo con su amigo por primera vez en tres años. Había pasado tanto tiempo, tanto tiempo perdido. ¿Y para qué?

Pero aparentemente ahora no era el momento de hablar de eso.

"Esta vez no, Christoffer. Estaré en el apartamento de Sarah, esperando tu llamada. Pero no te estreses, puedo esperar hasta mañana", dijo con un guiño. La confusión de Christoffer se mostró claramente en su rostro.

"¿Qué...?"

"No más preguntas, Christoffer. Date prisa, él te está esperando".

¿Él? La mente de Christoffer trabajaba a toda máquina, pero seguía sin encontrarle sentido a las palabras de Diego. ¿Quién era él?

"Bueno... Adiós, entonces. Supongo". Diego se limitó a sonreírle y le dio un empujón hacia la puerta.

"Ve a buscarlo"

Todavía confuso como siempre, Christoffer empujó la puerta.

Sin embargo, lo que vio al entrar le sorprendió.

CAPÍTULO 13

Leonard estaba nervioso. No era una persona que se pusiera nerviosa a menudo. Un hombre de su profesión y estatus no podía permitírselo. Pero, mientras estaba de pie detrás de la silla, agarrado al respaldo con tanta fuerza que se le blanqueaban los nudillos, no podía negarlo... Estaba nervioso. Contemplaba si debía irse o no y dejar que Dima, Sarah y Diego compartieran ese día con Christoffer. Sin embargo, no era de los que simplemente huyen, enfrentaba sus problemas de frente.

Aunque Christoffer le hacía cosas que le hacían cuestionar su cordura, y le hacía hacer y sentir cosas que no podían explicarse, eso era algo que no cambiaría. Leonard no huía de sus problemas.

Sus dedos se crisparon, acercándose al bolsillo donde solía guardar los cigarrillos. No era muy fumador, la verdad, pero ahora mismo le vendría bien uno. Como el primer día que visitó la tienda, los nervios parecían dominar cada uno de sus pensamientos y era imposible ignorarlos. Una sola calada de esos cigarrillos cancerígenos y el humo pesado se asentaría como un velo nublado sobre su mente y calmaría sus nervios liberados.

Pero sus cigarrillos no estaban allí. No estaban desde el primer día en que Christoffer le echó la bronca por sacarlos de la tetería. Desde entonces, todos los días se había sentido lo bastante tranquilo como para ir sin ellos. Dudaba en admitir que había sido la presencia de Christoffer en su vida cotidiana lo que había cambiado su mal hábito, pero en realidad no había otra explicación.

Una mirada a Christoffer, y Leonard podía sentir sus problemas se deslizan a la parte posterior de su mente. La presencia de Christoffer exigía ser conocida, de una forma que fascinaba a Leonard. No es que Christoffer se esforzara por ser la única persona en su mente, pero su cálida persona y su dulce sonrisa simplemente lo conseguían.

O tal vez eso era sólo Leonard.

Normalmente, pensar en Christoffer ayudaba cuando Leonard estaba preocupado. Esta vez, sin embargo, sólo le ponía más ansioso. ¿Era realmente una buena idea? ¿Cómo reaccionaría Christoffer? ¿Y si ve todo esto y se asusta?

Pero toda la tensión desapareció del cuerpo de Leonard en cuanto Christoffer entró por la puerta. Se dio cuenta de que sus temores eran estúpidos, porque Christoffer nunca le rechazaría. Por supuesto, puede que no quisiera una relación romántica, pero nunca lo rechazaría como amigo. Leonard ya lo conocía lo suficiente como para saberlo, y se reprendió por no confiar lo suficiente en su relación.

Pero a juzgar por la expresión de la cara de Christoffer, Leonard no tendría que preocuparse por nada en absoluto. A ojos de Leonard, Christoffer nunca había estado tan guapo. Tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa, y su boca abierta nunca había sido tan tentadora. Tenía las mejillas sonrosadas por el frío y, a pesar del viento, se daba cuenta de que Christoffer al menos

había intentado domar su cabello rebelde.

Sus ojos recorrieron toda la habitación antes de encontrarse con la mirada de Leonard, y soltó un grito ahogado. Leonard había hecho todo lo posible por no dejar traslucir sus sentimientos, pero estaba claro que no lo había conseguido. Sus ojos estaban llenos del calor que se agitaba en su vientre, que sólo empeoraba por segundos. Los ojos de Leonard se desviaron hacia los labios de Christoffer, que acababa de lamerse; Leonard había aprendido que era una costumbre nerviosa suya.

"Hola, Christoffer" Saludó Leonard con una voz cargada de emoción. No pudo evitar sentirse agradecido. No estaba seguro de por qué, pero sus ojos se humedecieron ligeramente y sus emociones se desbocaron. Tal vez porque era la primera vez que se encontraban en un entorno distinto al habitual, y se sentía diferente. Era obvio cuáles eran las intenciones de Leonard, y hasta el momento Christoffer no se había resistido. Leonard supuso que eso fue lo que le hizo ahogar su aliento durante un segundo.

"Hola", respondió Christoffer en lo que bien podría haber sido un susurro, su voz tan baja e incierta.

Leonard había decidido deliberadamente que la cita fuera en la tetería, porque no quería sacar a Christoffer de su zona de confort. Había visto cómo reaccionaba Christoffer ante situaciones desconocidas y, aunque podía manejarlas, prefería evitarlas. Leonard decidió que no quería someter a Christoffer a otro factor de estrés en su primera cita.

Eso es lo que era. Una cita.

"Por favor, siéntate" Instó Leonard a Christoffer, mientras le acercaba la silla. Aquel delicioso rubor coloreó las mejillas de Christoffer, que se apresuró a avanzar. Cuando se sentó, Leonard empujó suavemente la silla hacia delante y rodeó la mesa para sentarse él también.

"Siento no habértelo preguntado oficialmente antes, pero ¿te gustaría tener una cita conmigo?" Leonard sintió la necesidad de poner sus intenciones en palabras, a pesar de que era evidente.

Pudo ver cómo Christoffer luchaba contra el impulso de esconder la cara entre las manos, y se sintió satisfecho de conocer a Christoffer lo suficientemente bien como para darse cuenta. Era una persona observadora, y todos los pequeños movimientos de Christoffer quedaban registrados y almacenados en su mente. A estas alturas le gustaría decir que conocía a Christoffer como la palma de su mano, pero eso no era del todo cierto.

Pronto, sin embargo, Leonard esperaba. Si la velada transcurría como esperaba, llegaría a conocer a Christoffer en otros ambientes además de la tetería. Eso le daría una mejor idea de qué persona era Christoffer, además de la increíblemente dulce horneada que había llegado a conocer hasta ahora. Leonard estaba seguro de que Christoffer tenía otras facetas. Estaba deseando conocerlas.

Christoffer se aclaró la garganta y abrió la boca para responder. Dudó, pero al final consiguió

forzar las palabras.

"Me... me gustaría, Leonard". Sus palabras eran inciertas, pero Leonard no podía estar más feliz. A pesar de que estaba claramente inseguro, había aceptado. Confiaba en Leonard lo suficiente como para hacer esto.

"Me alegra oír eso", dijo Leonard con una sonrisa que casi le partió la cara en dos. La felicidad nunca se había sentido así antes. Esto era algo más.

"Sin embargo, tengo una pregunta" Dijo Christoffer. Por fin había encontrado su voz, y parecía más seguro de sí mismo. "¿Por qué...? Dudó y jugueteó con los dedos. "¿Por qué has hecho todo esto? ¿Por qué no me pediste una cita normal?" Miró a Leonard, finalmente levantando la mirada de la mesa. Sus mejillas ya no estaban tan violentamente rojas, pero un pequeño rubor permanecía. Como de costumbre, en presencia de Leonard.

"Para ser sincero, me da un poco de vergüenza responder a esa pregunta" Dijo Leonard mientras miraba a Christoffer. No importaba, se dijo a sí mismo que no apartara la mirada. Por ridícula que fuera su razón, confiaba en que Christoffer no lo juzgaría.

"Llevo un par de semanas queriendo invitarte a salir, pero no encontraba el valor. Cada vez que te veía tenía la pregunta en la punta de la lengua. Pero no podía pedírtelo. Tenía miedo al rechazo. Sin embargo, cuando se lo conté a Sarah, todo este plan se puso en marcha, y simplemente sucedió"

A Leonard le daba vergüenza admitir que tenía miedo. No era propio de él. Pero parecía que Christoffer le daba acceso a un montón de sentimientos nuevos e inexplorados, y se negaba a verlo como algo malo.

Como hombre sin mucha familia, joven y en rápido ascenso profesional, no tenía mucho tiempo para pararse a pensar en sus propias emociones. No había nadie que las sacara a la luz. Todo lo que tenía era su trabajo, y eso le consumía día tras día.

Siempre estaba enterrado bajo el papeleo, incluso en sus días libres. Estaba harto. De hecho, estaba tan cansado que pidió una excedencia en medio de la importante tarea de captar un nuevo cliente. Sólo para ayudar en la Tetería de la Tía Dima sin cobrar durante tres días, ya que su panadero y camarero estrella estaba enfermo.

Esa fue la primera pista que hizo comprender a Leonard qué era esa sensación burbujeante en su pecho. Ahora, sentado frente a frente con él, sobre una mesa aderezada con velas y flores, comprendía de verdad que haría casi cualquier cosa para que Christoffer lo viera con otros ojos. Esto era sólo el principio.

"Eso es... Eso es adorable", dijo Christoffer, y se tapó la boca con una mano en cuanto lo dijo. El leve rubor se convirtió de nuevo en un fuego ardiente a medida que sus mejillas se calentaban. A Leonard le parecía entrañable cómo se calentaba a la menor vergüenza.

"Yo... yo no quise decir... quise decir, eso es... ¿adorable?" Christoffer trató de recuperarse de llamar a Leonard adorable, cuando claramente debería ser Leonard quien lo llamara así. Sin embargo, a Leonard no le importó en absoluto, así que se limitó a sonreír.

"Supongo que es algo adorable, aunque probablemente sea la primera vez que alguien me llama así". Sus ojos se encontraron y mientras Leonard sonreía Christoffer logró un movimiento de los labios hacia atrás.

Se oyó un ruido en la cocina y Christoffer movió la cabeza en la misma dirección.

"Ah, eso sería la comida", dijo Leonard justo cuando Diego salía de la cocina. Detrás de él venían Sarah y Dima. Todos llevaban algo; Diego y Sarah un plato cada uno, Dima una botella de vino.

"¿Qué es esto?" preguntó Christoffer, y su cara mantenía la misma expresión que cuando entraba en una habitación.

"Bueno, estaban todos tan entusiasmados con esto que insistieron en que querían ayudar. No tuve valor para decir que no" Christoffer parecía emocionado de verlos a todos, y cuando se acercaron a la mesa se enderezó en su silla.

"¡Oye, Diego! ¿Qué pasó con lo de quedarte con Sarah esta noche?" Diego se rio de él.

"Bueno, tuve que convencerte para que vinieras de alguna manera, y de ninguna manera te habrías ido si hubieras sabido lo que teníamos planeado" Dijo mientras colocaba el plato delante de Christoffer.

"¡Feliz cumpleaños, Christoffer!" Dijo Sarah después de darle el plato a Leonard, y se abalanzó sobre su amigo. "Ya eres un niño grande, oh qué tristeza me da verte crecer. Pronto te darás cuenta de que ya no me necesitas y me dejarás". Fingió secarse las lágrimas y Christoffer se echó a reír.

"Oh, bebé llorona, límpiate esas lágrimas porque nunca te dejaré. Lo sabes, tonta" Le respondió mientras la abrazaba.

Después de Sarah fue el turno de Dima, y sin decir una palabra lo abrazó. Cuando se apartó tenía lágrimas en los ojos.

"Ya han pasado diez años, Christoffer, desde que entraste en mi tienda por primera vez. Todos los días doy gracias a Dios por ti. Has recorrido un largo camino desde que nos conocimos y estoy muy orgullosa del hombre en que te has convertido". Christoffer volvió a abrazarla mientras intentaba contener las lágrimas.

"Oh, cállate ahora muchacho. Se te enfría la comida". Christoffer la soltó, riendo.

"Bueno, es hora de irnos y dejar a los tortolitos en paz". Sarah tenía una manera de levantar el

estado de ánimo al instante, y pronto las lágrimas se olvidaron y Sarah los espantó. Sin embargo, Dima se negó a marcharse antes de cantar para Christoffer.

Así que Leonard se puso en pie y cantaron.

Y no pudo evitar pensar que aquella era la vez que más feliz había visto a Christoffer. Estaba tan despreocupado, y deseó que así siguiera siendo.

Pero el futuro era incierto, y lo único que se podía hacer era esperar.

CAPÍTULO 14

Si las citas solían ser así, Christoffer se lo había perdido. La velada había pasado volando y le entristecía que llegara a su fin. La comida había sido increíble, como era de esperar cuando la tía Dima, Sarah y Diego cooperaban en la cocina. Eran todos unos genios culinarios. Los platos habían quedado limpios, ni Leonard ni Christoffer querían que nada se desperdiciara; estaba demasiado bueno.

Christoffer tuvo que inclinarse hacia atrás y hundirse más en su silla para no reventarse el botón de los pantalones, y pudo ver que Leonard hacía lo mismo discretamente. De la cocina había ido saliendo plato tras plato, uno más delicioso que el otro, y todo se había consumido. Christoffer estaba hartísimo y admitió que probablemente había sido la mejor cena de cumpleaños de su vida. En parte por la compañía.

"Esos tres sí que saben cocinar" Dijo Leonard con un suspiro y una sonrisa de satisfacción en el rostro. Christoffer sólo pudo asentir, demasiado sumido en su coma alimenticio como para abrir la boca. Cerró los ojos por un segundo, y dejó que todas las impresiones de la noche se asentaran.

Sonrió al recordar todo lo que había sucedido: en medio de la cena, una gran bandeja de horno cargada de regalos había salido por las puertas de la cocina. Algunos aún no los había abierto, pero los que había desenvuelto descansaban en el borde de la mesa.

Entre ellos había una nueva taza de té -anormalmente grande, pero Christoffer estaba encantado-, varios tipos nuevos de té y un nuevo juego de lápices. Los que tenía en casa eran tan cortos que apenas podía ya sostenerlos, pero su apego emocional le impedía reemplazarlos. Al parecer, Sarah pensaba que ya era hora, y Christoffer tendría que aceptarlo.

Nada era demasiado caro, porque con los años habían aprendido que Christoffer sólo se sentiría culpable por aceptar esos regalos. No le gustaba que la gente gastara demasiado dinero en él. Aún no había visto el resto de los regalos, pero creía que habían aprendido la lección de años anteriores.

Leonard aún no había presentado ningún regalo, así que Christoffer supuso que la cena era su regalo de cumpleaños. No pudo evitar sentirse aliviado por ese hecho. Ya tenía suficiente, así que nunca le había parecido oportuno recibir regalos por algo tan tonto como un cumpleaños. No había hecho nada para merecerlo.

"Realmente disfruté esto, Leonard. Muchas gracias por una noche increíble" Christoffer le sonrió y se inclinó hacia delante. "Creo que esta puede ser la mejor sorpresa de cumpleaños que he tenido en años" Leonard pareció alegrarse de oírlo y también se inclinó hacia delante.

"Para ser sincero, estaba hecho un manojo de nervios antes de que vinieras. Pensé que tal vez había juzgado mal la situación, y tal vez no me veías como algo más que un amigo. Creo que es seguro decir que lo haces, ¿verdad?"

Christoffer pudo percibir la inseguridad en las palabras de Leonard, aunque hizo todo lo posible por ocultarla. Leonard estaba tan inseguro sobre esto como lo estaba Christoffer, y eso hizo que Christoffer se sintiera más tranquilo.

"Bueno, después de todo esto supongo que sería un poco injusto ponerte en la zona de amigos, ¿no?". bromeó Christoffer.

"Desde luego que sí, pero supongo que no podría oponerme". Leonard levantó su copa de vino y bebió el último sorbo.

"¿Estás diciendo que no lucharías por mi afecto?" Dijo Christoffer con un jadeo exagerado.

"No. Oh, eso definitivamente no es lo que estoy diciendo" Dijo Leonard y sonrió con satisfacción. "Esta noche no me opondría, pero mañana habría ideado un plan infalible para convencerte de lo contrario"

"¿Y qué podría incluir ese plan?" Christoffer susurró y se inclinó más cerca. Podía sentir el aliento de Leonard en la cara, y el olor aromático del vino que acababa de beber invadió sus sentidos. Por alguna razón, parecía casi erótico: el aroma terroso parecía potenciar todos los demás sentidos de Christoffer, que era dolorosamente consciente de lo cerca que estaban y de cómo se le apretaban las tripas cuando Leonard lo miraba a los ojos. Sus pupilas estaban dilatadas por la tenue luz y su intensa mirada hizo que a Christoffer se le entrecortara la respiración.

"Tendrás que esperar y ver, ¿no?" La voz de Leonard no era un susurro, pero era lo bastante grave y áspera como para provocar un cosquilleo en todo el cuerpo de Christoffer. Especialmente en algunos lugares impíos.

No podía creer lo que ese hombre le había hecho. Normalmente, a esas alturas ya se habría ruborizado, pero había bebido más vino del que debía y sus inhibiciones salieron volando por la ventana en cuanto hubo bebido lo suficiente.

No es que estuviera borracho, ni mucho menos. Pero un poco de confianza líquida sin duda le había ayudado esta noche.

Mientras Christoffer se mordía el labio para no expresar ciertos pensamientos que le pasaban por la cabeza, pudo ver cómo la mirada de Leonard bajaba hasta su boca. En su estado actual, Christoffer ni siquiera se sintió mal por jugar con Leonard llevándose lentamente la copa de vino a los labios -él también se tomó el último sorbo- y luego pasándose deliberadamente la lengua por los labios para atrapar la última gota fugaz.

"¿Qué te parece esto? Prometo no enemistarme contigo y tú me cuentas todo sobre tu pequeño plan mientras tomamos un café. En mi casa". Su descarada invitación no fue rechazada, y sin siquiera anunciar su partida estaban saliendo por la puerta y medio caminando, medio corriendo, hacia el apartamento de Christoffer.

Ambos estaban ansiosos por llegar, a pesar de saber que no podían -no querían- ir muy lejos esta noche. Pero unos cuantos besos y algunas caricias eran sin duda parte de la invitación de Christoffer. Eso era evidente por la forma en que Christoffer miraba a Leonard. No había duda de la mirada en sus ojos, la que gritaba su lujuria por el otro hombre. Pensar que unas pocas palabras bien escogidas y unos mensajes transmitidos en silencio podían afectarle de ese modo... Sólo de pensarlo Christoffer se sentía absolutamente absurdo. No es que se quejara, sino todo lo contrario. Aquello le emocionaba, y aunque era algo completamente nuevo para él apenas notaba los nervios. Leonard le hizo sentirse a gusto.

Compartieron algunas risas por el camino, la nieve y el frío apenas se notaban ya que estaban totalmente envueltos en su propia burbuja. Sus manos estaban unidas por los dedos meñiques, como si ambos se hubieran hecho una promesa aquella noche. Una promesa de permanecer cerca, de estar el uno con el otro, de quererse y adorarse. Era lo que ambos esperaban, y aunque no lo decían en voz alta, de algún modo sabían que el otro sentía lo mismo.

Por primera vez, Christoffer estaba absolutamente seguro no sólo de sus propios sentimientos, sino también de los de Leonard. Le dio un gran subidón saber que alguien lo miraba con amor brillando en su mirada. Bueno, quizá no amor. Todavía no. Pero había echado raíces. Crecía lentamente y pronto se asomaría a la superficie, pero por ahora estaba fuera de la vista.

Sin embargo, lo que ocupaba sus mentes en ese momento no tenía nada que ver con el amor. Era algo mucho más crudo, animal. Lo que había empezado en el restaurante se había multiplicado por diez, y las manos de Christoffer temblaban tanto que apenas podía meter la llave en la ranura correcta para abrir la puerta. Leonard estaba justo detrás de él, sin llegar a tocarle, pero lo bastante cerca como para que su calor corporal bañara a Christoffer como un maremoto, incluso a través de las gruesas capas de ropa de invierno.

La frustración creció en Christoffer antes de que por fin consiguiera abrir la maldita puerta, y ambos se deslizaron a través de ella tan rápido como pudieron.

No se habían dirigido la palabra en varios minutos; leves toques aquí y allá -una mano en el codo de Leonard y un ligero empujón en la parte baja de la espalda de Christoffer- habían sido su única comunicación. De alguna manera, estos toques habían desatado una tormenta en el interior de Christoffer, y él no podía hacer nada para calmarla. Cada caricia de Leonard la empeoraba, pero él no quería retroceder.

Estaban tan cerca. Estaban frente a frente, mirándose. Aún no habían hablado. Christoffer sabía lo que se avecinaba, pero nada podría haberlo preparado para los sentimientos que brotaron en su cuerpo cuando los labios de Leonard tocaron los suyos.

Christoffer pensó que, debido a su ligera intoxicación, el beso habría sido áspero y descuidado, pero parecía que Leonard se había recompuesto. Fue suave. Sólo un suave roce de labios, al principio. Los labios de Leonard preguntando si eran bienvenidos en los de Christoffer. Cuando no pasó nada, se juntaron. Aún no de forma brusca, pero la tormenta que Christoffer llevaba dentro y que se había calmado con el primer roce de sus labios volvió con toda su fuerza.

Sus brazos rodearon el cuello de Leonard y una mano se deslizó por su pelo. Podía sentir el agarre de Leonard en sus caderas, y nada deseaba más que estar aún más cerca.

Sus labios seguían moviéndose suavemente, lentamente. A Christoffer le mataba el ritmo que llevaban, pero al mismo tiempo le encantaba. Era todo lo que deseaba que fuera un primer beso, pero aun así superaba sus expectativas.

¿Cuánto hacía que se conocían? Casi dos meses. Esos meses habían pasado tan rápido que Christoffer habría jurado que sólo habían sido un par de semanas. Pero lo cierto era que habían pasado tanto tiempo. Leonard acudió a la tienda con regularidad durante más de un mes antes de robar temporalmente un trabajo allí, y desde entonces habían pasado otros pocos días.

Leonard entró por primera vez en la tienda un frío día de octubre, cuando la inesperada nevada obligó a mucha gente a quedarse en casa. Nevar en octubre era casi inaudito, pero Christoffer agradeció a sus estrellas de la suerte aquel solitario día de nieve que al principio había maldecido. Nunca le había gustado el frío, pero de algún modo, con Leonard, era soportable.

Aquella primera nevada se había derretido rápidamente, pero Leonard había seguido buscando refugio en su tienda. Le había explicado a Christoffer lo estresante que era su trabajo y lo cansado que estaba de él. Había compartido sus sueños de irse con Christoffer, como Christoffer había compartido sus sueños de París con Leonard.

Christoffer se sentía indescriptiblemente feliz de que Leonard hubiera entrado en su vida, y más aún ahora.

Ahora que estaban enredados, acalorados en sus gruesos abrigos que no se habían molestado en quitarse, demasiado absortos el uno en el otro. Ambos se agarraban con fiereza, a pesar de la suavidad de su beso. Christoffer no pudo evitar romper el beso y tomar aliento, mirando a Leonard mientras lo hacía. Los ojos de Leonard seguían cerrados, como si tuviera miedo de abrirlos. Como cuando tienes miedo de abrir los ojos después de un sueño realmente bueno, no queriendo perder el recuerdo de él.

Christoffer sonrió ante aquel pensamiento y acercó suavemente la mano a la cara de Leonard. Con la punta de los dedos rozó los párpados de Leonard, deseando que se abrieran. Necesitaba ver esos hermosos ojos grises que podían ver dentro de su alma si así lo deseaban. Por Leonard, a Christoffer no le importaría ser un libro abierto. Le encantaría que Leonard leyera todas sus páginas y aprendiera todo lo que había que saber. Deseaba compartirlo todo con Leonard.

Sus ojos se abrieron, y cuando lo hicieron Christoffer jadeó. Eran tan intensos que el gris oscuro reflejaba a la perfección la tormenta que Christoffer llevaba dentro, como un cielo lleno de nubes tormentosas. Leonard suspiró y dio un paso atrás. Sólo entonces sonrió, y vaya sonrisa.

Christoffer rara vez veía a Leonard sonreír así. Esta vez sonreía con toda la cara, con los ojos brillantes y los dientes a la vista, y se le veían los hoyuelos superficiales de las mejillas. Era increíblemente guapo, y Christoffer se dio cuenta de ello.

Leonard siempre tenía buen aspecto, era uno de esos afortunados bendecidos con una apariencia divina, pero ahora estaba más guapo que nunca.

La felicidad genuina brillaba en cada movimiento que hacía, y Christoffer no podía dejar de mirarlo. Incluso cuando Leonard se dispuso a quitarse el abrigo, Christoffer se quedó allí de pie. La cruda lujuria que había estado recorriendo su cuerpo ahora se cocinaba a fuego lento, y ya no estaba al frente de su mente. Sólo quería quedarse allí un rato, para asimilarlo todo, pero Leonard lo sacó de sus pensamientos.

"No tienes ni idea de cuánto tiempo he estado esperando a que eso ocurriera" Dijo Leonard y acarició la mejilla de Christoffer. El beso pareció haberle quitado la borrachera a Christoffer, que se sonrojó. Dudó antes de abrir la boca.

"Para ser sincero, creo que he estado esperando esto el mismo tiempo", admitió Christoffer, y su rubor aumentó. Leonard sonrió suavemente y decidió alejarse de Christoffer una vez más.

"Creo que me prometieron una taza de café" Dijo, y Christoffer se rio.

"Tú y tu café. Te juro que un día te obligaré a tomar una taza de té conmigo". Y Christoffer se fue a la cocina.

Cuando volvió con dos tazas en las manos, Leonard estaba sentada en el sofá. Christoffer optó por sentarse lo más cerca humanamente posible, porque aún no se cansaba de estar cerca de Leonard. Era adictivo.

Hay que admitir que hubo algunos besos más después de eso.

Y después de esa noche, Christoffer decidió que tal vez el café no sabía tan mal. Al menos, no mientras besaba a Leonard.

CAPÍTULO 15

Cuando la luz le dio en la cara, Leonard se dio cuenta de que había olvidado cerrar las persianas la noche anterior. Se quejó y se revolvió, intentando que el maldito sol no le diera en los ojos. Estaba demasiado cansado para salir de la cama y cerrar las cortinas.

Sin embargo, mientras se revolvía, se dio cuenta de que no estaba en su propia cama. La cama en la que estaba tumbado era mucho más estrecha, lo que le causó un problema cuando se dio la vuelta y no había nada sobre lo que tumbarse. Excepto el suelo, que le recibió con un fuerte golpe.

Se levantó sorprendido y rápidamente recordó que ni siquiera estaba en su propia casa. Se había quedado a dormir en casa de Christoffer, porque cuando por fin se separaron después de todos aquellos increíbles besos, era demasiado tarde para volver andando a la tetería y coger el coche para volver a casa. (Y parte del alcohol aún podía estar en su organismo, por mucho que los labios de Christoffer le hubieran devuelto la sobriedad). Así que Christoffer le había invitado a quedarse, ofreciéndole a Leonard la única cama del pequeño apartamento.

Leonard se había negado a aceptarlo y, acto seguido, se había tumbado en el sofá y se había negado a levantarse. Debió de quedarse dormido bastante rápido, porque no recordaba el final de su discusión, pero al menos eso significaba que la había ganado.

Una bocanada de aire en la cara le pilló por sorpresa, y cuando giró la cabeza se encontró con la boca llena de pelo. Pelo, se dio cuenta enseguida, mientras echaba la cabeza hacia atrás, conmocionado.

Oh Dios, el gato. ¿Rafucha? Leonard no lo recordaba. No le gustaban mucho los gatos, y tuvo que admitir que en lugar de prestar atención a las divagaciones de Christoffer sobre el diablillo de su casa, Leonard se había fijado en cómo le brillaban los ojos y cómo movía los labios. Uy.

La gata le estaba mirando con desprecio, lo cual era totalmente comprensible, se dio cuenta Leonard más tarde, cuando recordó que no le habían dado de comer la noche anterior.

¿Dónde demonios se había escondido? Lo más lejos posible de los besos y los mimos -y de lo que vino después-, supuso Leonard.

Vale, ¿y cómo alimentar a esas cosas? Probablemente había comida y un cuenco en algún lugar de la cocina.

Se agachó para desenredar las piernas de la manta que, de algún modo, había acabado encima de él en algún momento de la noche, probablemente obra de Christoffer. Sonrió ante la imagen mental de Christoffer arropándolo en la cama, y se sintió ligeramente avergonzado. Por alguna razón sentía que debía ser él quien llevara a Christoffer a la cama y le diera el beso de buenas noches, y no al revés. Sin embargo, era tierno y Leonard lo apreciaba.

Hacía frío en el apartamento y, aunque se sentía un poco incómodo, se alegraba de estar

completamente vestido. De lo contrario, lo más probable es que hubiera muerto congelado durante la noche. La camisa se le había salido de los pantalones y estaba arrugada por encima del ombligo, y los pantalones le quedaban bajos. Se estremeció cuando su abdomen quedó expuesto al aire frío.

¿Por qué demonios Christoffer lo mantenía tan frío?

Optó por deambular por el apartamento con la manta sobre los hombros, buscando algo con lo que alimentar a la bestia deslumbrante. Ella le pisaba los talones, claramente pensando cosas horribles sobre él, como lo incompetente que debía ser por no saber cómo coño alimentarla.

A Leonard nunca le habían gustado las mascotas. Y los gatos eran lo peor, mirándote con ojos llenos de resentimiento, y esas malditas garras. Leonard casi se estremeció. Sin embargo, por el bien de Christoffer, decidió ser amable con la pequeña Rafucha. Dejó que la cosa tenga su maldita comida, siempre y cuando deje de disparar dagas a él con sus ojos.

Finalmente encontró la comida y llenó el cuenco que estaba en un rincón. Incompetente, una mierda, pensó Leonard. Sabía cuidar de los animales, y esto era prueba suficiente de ello.

Estudió al gato un momento mientras comía, con el culo al aire y moviendo la cola. Un momento, ¿eso eran... pelotas? Leonard se atragantó con su propia saliva y tosió. Vale, el cabrón no era Rafucha, ni siquiera era hembra.

Debería haberlo sabido, los gatos machos eran aún peores que las hembras. Leonard tenía suficiente experiencia para saberlo: crecer con tres hermanas obsesionadas con los gatos le marcó de por vida. Había tenido tres de esos monstruos.

Leonard se burló y le dio la espalda al gato, se llamara como se llamara. No iba a dejar que aquello le arruinara la mañana, porque salvo por el ligero palpitar de su cabeza a causa del alcohol consumido la noche anterior, y seguro que también la caída del sofá, ésta era la mejor mañana que había tenido en mucho tiempo.

Su casa siempre estaba tan vacía y fría -no literalmente, como la de Christoffer- y no tenía ningún motivo para despertarse. Sólo aquel trabajo olvidado de la mano de Dios que despreciaba por completo le impedía quedarse en la cama todo el día. Ahora, sin embargo, tenía a Christoffer a corta distancia, y eso era más que suficiente para excitarlo demasiado como para permanecer dormido.

Ahora se debatía entre preparar algo de comer o no, porque sabía cuánto le disgustaba a Christoffer tener a alguien en su cocina. Se lo había dejado claro la primera vez que Diego había ido a la tienda, cuando Christoffer estaba enfermo, o lo que fuera que hubiera pasado. Leonard aún no lo sabía.

Al final decidió que quería prepararle a Christoffer el desayuno en la cama, y si a Christoffer no le gustaba, que así fuera. Leonard sólo quería mostrar su agradecimiento por haberle permitido pasar la noche en el sofá de Christoffer y darle las gracias por una noche increíble.

Dios, había sido mucho mejor de lo que Leonard había esperado. Se había dicho a sí mismo que tendría suerte si Christoffer no salía corriendo al verle en aquel ambiente romántico. Nunca había esperado que Christoffer reaccionara como lo hizo, y luego lo que pasó después... los besos. Aquellos increíbles besos de los suaves labios de pétalo de rosa de Christoffer... Leonard nunca había experimentado nada igual. De todos aquellos amantes de una sola vez que había tenido ninguno le había hecho sentir como Christoffer. No sólo sus labios, sino sus suaves manos que recorrían tentativamente el torso de Leonard, y luego su espalda. Y durante unos minutos alucinantes, deslizándose aún más abajo.

No se habían quitado la ropa en toda la noche, pero las suaves caricias y los suaves apretones proporcionaron a Leonard y a Christoffer suficiente satisfacción, y habían permanecido así en el sofá durante horas. Había sido absolutamente mágico.

Leonard se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo mirando la nevera, atrapado en los recuerdos de la noche anterior. Sacudiendo la cabeza y sonriéndose a sí mismo, se reprendió por ser tan ñoño. ¿Por qué Christoffer tenía ese efecto en él?

Pero, para ser sincero, no le importaba.

Se arremangó y se ató la manta a los hombros como si fuera una capa. Era hora de hablar en serio. Cocinar.

Vale, puede que la repostería no fuera realmente lo suyo -eso había quedado demostrado cuando había trabajado en la tienda-, pero cocinar sí que lo era. No era un chef gourmet, pero era bastante bueno.

Así que preparó rápidamente una tanda de bollos (estaba al borde de la repostería, pero Leonard prefirió ignorarlo) y preparó café y té. El queso crema y la mermelada estaban en el estante central de la nevera, y veinte minutos más tarde todo estaba listo. La receta de bollos de Leonard no era exactamente la tradicional, pero esperaba que a Christoffer no le importara.

Después de colocar cuidadosamente el desayuno en una bandeja, se dirigió al dormitorio de Christoffer. Anoche no llegó a entrar, pero supuso que el desayuno en la cama era suficiente para obtener el permiso de Christoffer.

La primera vez que llamó a la puerta no obtuvo respuesta, ni tampoco la segunda. En lugar de llamar por tercera vez, empujó suavemente la puerta con el hombro.

"¿Christoffer?" Estaba durmiendo. Por supuesto que lo estaba, la dulce cosita. Había estado completamente agotado la noche anterior, y no fue hasta que Leonard amenazó con echárselo al hombro y acostarlo él mismo que Christoffer accedió a discutir los arreglos para dormir. Resultó que Leonard se quedó dormida antes de que terminara la discusión, pero al menos eso hizo que Christoffer se metiera en la cama.

Leonard dejó la bandeja con cuidado sobre la mesilla de noche y se sentó en el borde de la

cama. No quería despertar a Christoffer todavía, así que se quedó allí sentado unos minutos, observando al niño dormido.

Christoffer no era ni mucho menos un niño, Leonard lo sabía, pero mientras dormía podría haberlo confundido fácilmente con uno. Toda su cara se relajó, lo que hizo que su mejilla se hinchara y sus labios se ablandaran. Dormía boca abajo, por lo que Leonard sólo podía verle la mitad de la cara, pero la forma en que el sol se reflejaba en su pelo hacía que pareciera que llevaba un halo dorado. Parecía un ángel, enviado del cielo con la única misión de conquistar el corazón de Leonard.

Ya lo había conseguido, y Leonard deseaba egoístamente que Christoffer no se fuera nunca. Quería que se cumpliera la promesa tácita de la noche anterior, cuando se miraron a los ojos. En aquel momento, Leonard estaba seguro de que nunca querría dejar marchar a Christoffer, y creía ver lo mismo en la mirada de Christoffer.

Estiró la mano para apartar suavemente el pelo de los ojos de Christoffer, que se despertó. Leonard sonrió cuando Christoffer levantó la vista hacia él, pero Christoffer sólo gruñó en respuesta.

"No." Christoffer se tapó la cabeza con el edredón y Leonard se quedó sorprendido. Sus cejas se alzaron en señal de sorpresa, pero luego soltó una risita.

"Vamos, he hecho el desayuno. Seguro que tienes hambre" Dijo Leonard e intentó apartar suavemente las mantas.

"No" Volvió a gruñir Christoffer, y esta vez Leonard estalló en carcajadas.

"Entiendo que estés cansado, pero deberías despertarte. Ya es casi mediodía, ángel", dijo Leonard con voz suave, con la esperanza de atraer a Christoffer fuera de su pequeño nido.

Para su sorpresa, Christoffer se asomó.

"¿Ángel?" Preguntó, y los ojos de Leonard se abrieron de par en par. ¿De verdad lo había dicho en voz alta? Qué vergüenza. Sin embargo, se recompuso rápidamente y se limitó a sonreír.

"Pareces un ángel cuando duermes, supongo que se me escapó", explicó Leonard, y Christoffer se sonrojó.

"Me encanta cuando te pones así de rosa, ángel", bromeó Leonard, que vio cómo se ruborizaba aún más. Le invadió una oleada de satisfacción, pero decidió no presionar demasiado a Christoffer.

"Oh, silencio" Dijo Christoffer y se dio la vuelta sobre su espalda. "¿Dijiste que habías hecho el desayuno?" cuestionó Christoffer y levantó la vista. Leonard decidió no hacer comentarios sobre el cambio de tema menos que suave, y se limitó a asentir.

"Hice bollos y una taza de té para ti. Lo siento si lo he estropeado, nunca he hecho una taza de té en toda mi vida" Dijo Leonard y le tendió la taza a Christoffer. Aún estaba caliente, pero se había enfriado lo suficiente para que Christoffer no se quemara la lengua. Normalmente a Leonard no le importaría tener la lengua peluda durante un rato, pero no se lo deseaba a Christoffer.

"Eso es casi impresionante, Leonard" Dijo Christoffer y sonrió descaradamente. "¿Nunca has preparado una taza de té? Sí, impresionante. Dime, ¿cómo se pasa toda la vida sin probar nunca esa delicia llamada té?" Preguntó Christoffer y tomó un sorbo de su té.

Casi de inmediato se levantó de golpe y empezó a toser.

Leonard se asustó, le arrebató la taza de té de la mano y le dio unas palmaditas en la espalda.

"Dios, Leonard, ¿qué demonios le has hecho al té?" Preguntó Christoffer y miró a Leonard con los ojos desorbitados.

"¡No lo sé! ¿Qué se supone que tienes que hacer? ¡Sólo herví el agua y la vertí en la taza! ¿Cómo puede estar mal?" Christoffer lo miró con escepticismo.

"¿Cuánto tiempo has dejado la bolsita de té?" Preguntó y entrecerró los ojos. Leonard pareció confundido durante un segundo. ¿Qué importancia tenía eso?

"No lo sé, simplemente la dejé ahí mientras hacía los bollos. Tuve que meter la taza en el microondas porque se enfrió. ¿Quizá por eso?" Leonard se encogió de hombros, y Christoffer puso mala cara. En realidad, se quedó con la boca abierta. Jesús, ¿qué había hecho Leonard esta vez?

"Leonard..." Christoffer dijo y sacudió la cabeza. "¿No sabes que el té negro se pone amargo si lo dejas demasiado tiempo?" Preguntó Christoffer y Leonard se limitó a negar con la cabeza.

"¿Cómo demonios iba yo a saber eso?".

"¡Leonard! No digas palabrotas" Regañó Christoffer. "Y en cuanto a lo del té, ¡es de dominio público! Iré a prepararme una taza después de comerme los bollos". Christoffer frunció el ceño, y Leonard también. Sinceramente, ¿cómo iba a saberlo?

"No. Voy a hacer esto bien. Tú cómete los bollos y yo prepararé otra taza de té... ¡y esta vez lo haré bien!" Leonard estaba decidido a aprender a hacer té. No es que le apeteciera beber esa extraña bebida. En realidad, no eran más que hojas y mierda empapadas en agua caliente, y luego te bebías el agua. ¿No era como beberse el agua del baño? - pero por el bien de Christoffer quería hacerlo bien.

Por alguna extraña razón, sentía la necesidad de probarse a sí mismo, de demostrar que no era totalmente incompetente.

Seguía caminando con la manta atada a los hombros, pero no prestó atención a ese hecho. Estaba demasiado concentrado en preparar el té.

Así que vertió el contenido de la taza y se dispuso a hacerlo todo de nuevo.

Justo cuando iba a verter la leche, sintió que unos brazos le rodeaban la cintura, y su pecho se calentó. Brazos alrededor de la cintura, besos suaves apretados en el cuello. Sonrió cuando sintió la barbilla de Christoffer sobre su hombro. Debía de estar de puntillas, porque de otro modo no cabría su cabeza allí.

A Leonard le encantaba su diferencia de altura, porque su barbilla encajaba perfectamente encima de la cabeza de Christoffer, y abrazarlo así era celestial. Así que Leonard se dio la vuelta, buscando el calor del aliento de Christoffer contra su pecho y las cosquillas del pelo en su cuello.

Mientras Leonard lo abrazaba, Christoffer arruinó el apacible momento riéndose.

"¿Qué?" Preguntó Leonard, perplejo, y bajó la mirada. Christoffer lo miró.

"Una capa, ¿en serio?" Preguntó, y volvió a soltar una risita. Soltó una risita. Era casi el sonido más dulce que podía salir de aquellos labios (Leonard había oído un sonido aún más dulce la noche anterior, cuando estaban abrazados en el sofá y algunas partes de su cuerpo se deslizaban suavemente).

"Sí, una capa. Decidí que me vendría bien una esta mañana, necesitaba los superpoderes que venían con ella para levantarme del suelo" Leonard decidió que eso sonaba mejor que decir simplemente "tenía frío", y Christoffer pareció estar de acuerdo. Volvió a reírse.

"Bueno, muchas gracias, mi héroe, por hacerme el desayuno en la cama. Aunque hayas estropeado por completo lo más importante a la hora de desayunar. Y el almuerzo. Y la cena. Y lo que venga entre medias" Dijo Christoffer con una sonrisa en la voz, y Leonard definitivamente podría acostumbrarse a esto.

Mimos matutinos mientras preparaba el desayuno, bromas suaves y risas suaves. Ojalá pudiera tener esto todas las mañanas.

"Oye, ya te he dicho que no he tomado té en toda mi vida. ¿Cómo iba a saber prepararlo?" Leonard intentó defenderse, pero Christoffer se limitó a negar con la cabeza.

"Como he dicho, conocimiento común" Leonard suspiró y, en lugar de intentar discutir, besó a Christoffer.

Hoy se sentía diferente, de alguna manera. No fue en el calor del momento, como la noche anterior. Era más afectuoso, más suave y, en cierto modo, más auténtico. No es que los besos anteriores no lo hubieran sido, pero así se sentía. Leonard no podía explicarlo exactamente, pero por alguna razón esto se sentía mucho mejor que los acalorados besos que habían compartido. O tal vez cada beso con Christoffer era su nuevo beso favorito. Eso podría ser.

"He dado de comer al coso ese" Recordó Leonard al ver el cuenco vacío donde el gato había estado sentado antes.

"El coso ese tiene nombre, ¿sabes?" Dijo Christoffer en voz baja, aún parecía cansado.

"Sí, lo sé". Leonard sonaba un poco inseguro, y se maldijo mentalmente. No en voz alta, por supuesto, no después de que Christoffer le pidiera que no lo hiciera. Era tan adorablemente inocente.

"No lo sabes, ¿verdad? Parecías un poco ido durante la conversación" Dijo Christoffer con un resoplido.

"Lo siento, es que... no me gustan mucho los animales, los gatos en concreto" Ahora Leonard sólo sonaba incómodo y culpable, y Christoffer tuvo el descaro de reírse de él.

"No pasa nada, Leonard, no te preocupes. Se llama Rafi, y a partir de ahora espero que lo recuerdes", dijo Christoffer y miró a Leonard.

"Jo…" se agarró Leonard"-lines, estaba tan seguro de que era Rafucha". Christoffer le lanzó una mirada juguetona ante su pequeño desliz, pero no hizo ningún comentario al respecto.

"Supongo que ya está bastante cerca" Decidió Christoffer y sonrió a Leonard. Leonard dejó escapar un suspiro de alivio y soltó a Christoffer.

Cuando se separaron, Christoffer pareció notar algo detrás de Leonard.

"¿Cuánto tiempo lleva el té ahí parado, exactamente?" Leonard se limitó a gemir y agachó la cabeza.

"Me rindo. No puedo hacerlo. Oficialmente soy malísimo haciendo té" Dijo Leonard y Christoffer se rio de él.

"¿Sabes qué? Deberías dejarme intentarlo esta vez, ¿vale?". Leonard asintió y se apartó del camino.

"Pero gracias por intentarlo, Leonard", dijo Christoffer y se inclinó para besarlo una vez más.

"Lo que sea por ti, ángel".

Christoffer se limitó a fulminarlo con la mirada, y Leonard decidió que nunca dejaría de usar ese apodo.

Porque con la mirada, vino también el rubor.

CAPÍTULO 16

Volvieron a acurrucarse en el sofá. Christoffer no sabía muy bien cómo, pero Leonard había conseguido que se quedara un día en casa, dejando la tetería a los otros tres. No le gustaba, porque eso significaba que otra persona volvía a estar en su cocina, posiblemente ensuciándolo todo como la última vez, pero ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Ya había aceptado.

Christoffer sospechaba que fue la idea de pasar el día en compañía de Leonard sin interrupciones lo que le atrajo a quedarse, y ya ni siquiera se sentía avergonzado. Cuanto más tiempo pudiera pasar con Leonard, mejor. Se negó a pensar en lo que esto podría significar en términos de sentimientos, porque sabía que era demasiado pronto para admitir su amor por el otro hombre, incluso para sí mismo.

Así que simplemente decidió no analizarlo todo en exceso, como solía hacer, y limitarse a vivir el momento. No tenía sentido pensar en lo que podría pasar en el futuro, o en cómo su problemático pasado podría arruinar todo lo bueno que alguna vez tendría. Por lo tanto, decidió que no lo haría.

Así que volvieron a acurrucarse en el sofá, tumbados boca arriba, Christoffer en parte encima de Leonard debido al estrecho espacio. A él no le importaba. Eso significaba que Leonard tenía que mantener un brazo alrededor de su cintura para evitar que se deslizara, mientras el otro jugaba con su pelo.

La ventana estaba ligeramente abierta y Christoffer aspiró el aire gélido. Leonard se había quejado antes en voz alta de la temperatura, pero había accedido a abrir la ventana cuando Christoffer le prometió que se abrigarían con varias mantas gruesas. Ahora era cálido y acogedor, pero a Christoffer le seguía satisfaciendo tener la ventana abierta.

Le encantaba el frío. Nostalgia, supuso. Los mejores recuerdos de su infancia provenían de la cabaña de su abuelo, la vieja estructura no podía mantener a raya los vientos de la montaña; se filtraba a través de las paredes y entraba en el pequeño espacio en el que sólo cabían dos camas, un televisor y una cocina diminuta. Las noches siempre eran un suplicio, y normalmente le incitaba a dormir en la cama de su abuelo para que ambos estuvieran calentitos.

Todos los veranos se reservaba dos semanas para ir de excursión a las montañas, solo Christoffer y su abuelo. Pero eso se había acabado a los once años, cuando el viejo murió de un ataque al corazón. Nunca volvió a la cabaña.

Se lo había explicado a Leonard y le había contado todas las cosas divertidas que habían hecho. Como la vez que encontraron un lago poco profundo y su abuelo había insistido en que fueran a pescar, aunque Christoffer sabía que no tenía remedio. El lago apenas podía llamarse lago, era más bien un estanque, y demasiado pequeño para los peces.

Pero habían pasado horas allí, mientras Christoffer se entretenía con las historias que le

contaban sobre un lugar lejano en un tiempo muy lejano. Ni que decir tiene que no pescaron nada, pero seguía siendo el recuerdo favorito que Christoffer tenía del viejo.

Eso era todo lo que Christoffer se sentía cómodo compartiendo con Leonard; el resto de su infancia no fue realmente una infancia, y Leonard no necesitaba oír esas historias y compadecerlo. El pasado era mejor dejarlo donde pertenecía, atrás. No había necesidad de traer recuerdos tristes.

"¿Y tú?" preguntó Christoffer. "¿Cuál es tu recuerdo favorito?" Leonard se había puesto de lado para poder mirar a Christoffer, y ahora estaba apoyado en el codo.

"¿De mi infancia?" Christoffer negó con la cabeza.

"No necesariamente, puede ser cualquier cosa. De cualquier época" Sonrió a Leonard, curioso por saber más de él. Independientemente de lo que dijera, realmente quería oír hablar de la infancia de Leonard. Quería saber cómo la había pasado y esperaba que no hubiera sido tan mala como la suya.

Podría haber sido peor, Christoffer lo sabía, pero eso no cambiaba el hecho de que fuera un niño muy infeliz. No quería saber que Leonard había sentido lo mismo. Sinceramente, esperaba que Leonard tuviera una familia perfectamente disfuncional en la que todos se quisieran sin importar lo que se hubiera dicho o hecho.

Eso es lo que todo el mundo merecía. Pocos lo consiguieron.

"No sé, la verdad. Tengo muchos buenos recuerdos. He vivido una buena vida" Dijo Leonard y pasó las yemas de los dedos por la cara de Christoffer. Algunas zonas eran demasiado sensibles y su nariz se movía de vez en cuando. A Leonard le pareció adorable.

"Cuéntame una de ellas" Instó Christoffer, y alargó la mano para agarrar la que le tocaba la cara. La besó ligeramente y luego entrelazó sus dedos.

"Hmm" tarareó Leonard en voz baja, con una arruga formándose entre sus cejas. Christoffer esperó pacientemente, hasta que Leonard finalmente eligió en la arena lo miró a los ojos.

"Tengo tres hermanas mayores" Comenzó. "Todas eran muy ruidosas y odiosas, al menos eso pensaba yo como su hermano pequeño. Pero las quería mucho, aunque nunca lo hubiera admitido en aquel momento. Este recuerdo en particular es de mi decimoctavo cumpleaños, cuando tomaron la decisión colectiva de llevarme a escondidas a una discoteca. Mis padres habían decidido por mí que íbamos a celebrar una gran reunión familiar, porque solo se cumplen dieciocho años una vez y, al parecer, es algo importante. Así que tuve que sufrirlo toda la noche, hasta que una de mis hermanas, Cathe, me llevó de repente a su habitación, donde me esperaban las otras dos.

"Les pregunté qué pasaba y me dijeron que esa fiesta iba a ser una bomba y que querían que su hermanito tuviera un cumpleaños número 18 mejor que el que habían tenido ellas. Así que

prácticamente me obligaron a ponerme la ropa más escasa que tenía, y luego me empujaron por la ventana y me siguieron fuera.

"De alguna manera acabamos en un club del centro, pero no era un club cualquiera, era un club gay. En ese momento yo no se lo había contado a nadie de mi familia y tenía mucho miedo de que se hubieran enterado. No estaba seguro de lo que pensarían de mí. Pero Lina, me dijo que estaba muy ofendida de que no les confiara mi secreto. Me dijeron que tenía que compensarlo encontrando a un chico con el que pasar la noche.

"Cuando nos fuimos a casa, estoy seguro de que me había acostado con casi todo el mundo en el club de una forma u otra, y estaba totalmente borracho. No puedo creer que tenga un recuerdo claro de aquella noche, pero sin duda es una de mis favoritas con mis hermanas".

Christoffer había sonreído y reído durante toda la historia, y se encontró desesperado por conocer a los locos de los que Leonard le había hablado.

"Suena como una gran noche" Aceptó Christoffer riendo. De nuevo se le veían los hoyuelos, tan profundos e hipnotizantes que Leonard no pudo evitar extender la mano para acariciarlos. Christoffer apoyó la cabeza en la palma de la mano abierta de Leonard, y Leonard deslizó la mano desde la mejilla de Christoffer hasta su barbilla. La vivió ligeramente y se inclinó para capturar aquellos labios seductores con los suyos.

Fue sólo un beso corto y dulce, pero hizo que las entrañas de Christoffer se calentaran. Había un fuego dentro de él siempre que Leonard estaba cerca, y algunos momentos se cocinaba a fuego lento, pero cuando se besaban, o se tocaban de maneras menos inocentes el fuego rugía a la vida y quemaba sus entrañas de la manera más agradable.

Pero no era el momento de exaltarse, así que se separaron y Christoffer volvió a hundirse en el sofá.

"¿Cómo se llama tu tercera hermana?" Preguntó Christoffer. "Sólo has mencionado a dos".

"Cathe es la mayor, luego está Lina, y, por último -bueno, técnicamente menos, porque es la más pequeña de las tres- Valentina. Lina nació un año después que Cathe, y Valentina un año después que Lina, yo soy tres años más joven que ella. No sé en qué estaban pensando mis padres cuando tuvieron tantos hijos, la vida era una locura cuando yo era más joven" Leonard sonreía con cariño cuando hablaba de su familia, y Christoffer no pudo evitar sentir envidia. Él también hubiera deseado tenerla.

Pero no lo tuvo, y eso fue todo. No podía cambiar el pasado. Se alegraba de que Leonard tuviera buenos recuerdos de su familia.

Christoffer ya ni siquiera hablaba con la suya.

"No puedo imaginarme lo que debió de ser crecer con tres hermanas" Dijo Christoffer, tratando de instar a Leonard a hablar más. A Christoffer le encantaba su voz, sobre todo cuando

estaban así de cerca, y se le ponía un poco áspera cuando bajaba la voz. Era, para ser franco, francamente sensual y sexy.

Leonard se rio un poco, presumiblemente por los recuerdos que inundaban su cerebro.

"Bueno, les gustaba jugar a disfrazarse conmigo y a menudo me utilizaban como una de sus muñecas Barbie. Como hermano pequeño, hacía cualquier cosa para complacerlas. Se aprovechaban de que las idolatraba. Supongo que eso explica cómo acabé así, ¿eh?" Leonard bromeó, pero Christoffer no lo entendió.

"¿Acabado cómo?" preguntó Christoffer frunciendo el ceño. A Leonard no le pasaba nada, no parecía que los inocentes juegos de sus hermanas le hubieran marcado de alguna manera.

"Gay" Dijo Leonard en voz baja, como si le estuviera contando a Christoffer un secreto importante. Christoffer lo miró con los ojos muy abiertos y luego empezó a reírse. A carcajadas.

Leonard se alegró al ver cómo Christoffer echaba la cabeza hacia atrás al reír, cómo arrugaba la nariz y cómo sus hoyuelos parecían más profundos que nunca.

Christoffer era hermoso. Angelical.

Su risa se apagó pronto y se soltó del abrazo de Leonard.

"Siento la necesidad de hornear" Ofreció como explicación cuando Leonard lo miró interrogante.

"Oh" Eso lo explicaba todo. La obsesión de Christoffer por la repostería sólo podía mantenerse alejada de su mente durante cierto tiempo antes de que sintiera un fuerte impulso de correr a la cocina y hornear todo lo que se le ocurriera. Ni siquiera su pequeña cocina podía detenerlo esta vez, aunque sabía que siempre terminaba en desastre. El lugar no era lo suficientemente grande para las grandes ideas de Christoffer.

Sin embargo, se apresuró a ir a la cocina a coger los ingredientes que necesitaba de los armarios. Iba a hacer tarta de chocolate. No podía soportar que Leonard utilizara la palabra como sustituto de una palabrota, era evidente que nunca había comido un pastel de caramelo si intentaba insinuar que era tan malo para ello.

Le mostraría a Leonard lo bueno que podía ser el pastel de dulce de leche. Nunca lo asociaría con algo malo, nunca más.

CAPÍTULO 17

Leonard volvía a trabajar. De acuerdo, en realidad nunca había dejado de trabajar, ni siquiera cuando ayudó en la tetería durante unos días, pero ahora estaba de vuelta en la oficina. No puede decir que lo echara de menos, la verdad. Pero este proyecto que tenía entre manos era un poco urgente, así que no podía descuidarlo más. Las largas noches que pasaba trabajando no eran suficientes, tenía que hacer estallar la burbuja de vivir Christoffer y arrastrar el culo al trabajo. Había estado demasiado ocupado con su nuevo interés amoroso como para preocuparse siquiera por el trabajo, y tenía que admitir que todo lo que había conseguido esas noches solitarias que no había pasado con Christoffer era sólo una mierda.

Hacía unas semanas, su jefe le había "prestado" a otra empresa para que revisara sus finanzas y las volviera a poner en pie, ya que iban cuesta abajo. Él no había estado exactamente de acuerdo, pero a su jefe no le importaba. Así que Leonard lo hizo. No tenía miedo de su jefe, ni de que decir que no pudiera dañar su carrera; para ser franco, ya no le importaba su carrera, odiaba su trabajo. Simplemente pensó que el "cambio de aires" que había estado esperando todo este tiempo podría haber llegado por fin.

Eso era lo más alejado de la realidad que se podía estar. Nada había cambiado. La gente con la que trabajaba eran caras nuevas, claro, pero seguían siendo los mismos aburridos trajes grises y frías expresiones faciales de siempre. Hacía exactamente el mismo trabajo, sin mucho aprecio porque cualquier cosa que sugería era recibida con gran reticencia.

¿Cómo diablos iba a ayudar a la empresa a evitar la quiebra si se negaban a aceptar cualquier cosa que Leonard intentara hacer? Sin embargo, su trabajo como asesor financiero no consistía en obligar a las empresas a hacer lo que él decía. Era simplemente un asesor, y ellas habían querido su consejo. Parecía que ya no, porque a la menor mención de reasignar recursos o reducir personal o invertir en capital real para aumentar la productividad, el director general giraba la cabeza y se burlaba.

Se negaba a creer que alguien pudiera dirigir su empresa mejor que él mismo.

Leonard estuvo a punto de rendirse.

Sin embargo, debía quedarse en la empresa hasta Navidad, y antes tenía que salvarla, ¿cómo? no tenía ni idea.

En lugar de terminar el correo electrónico que debía enviar al malcriado director general, sacó el teléfono para comprobar si Christoffer le había enviado algún mensaje; para su sorpresa, había uno. Había esperado que el hombre estuviera demasiado ocupado horneando como para acordarse de su existencia, pero al parecer no era cierto.

Mientras que al principio de su relación las cosas habían mejorado mucho desde entonces. Leonard había dejado huella, de forma permanente, en la dispersa mente de Christoffer. Lo consideró un gran éxito y sonrió al pensar que Christoffer se tomaba tiempo para pensar en él.

El texto no era gran cosa, sólo Christoffer hablándole de una anciana que entró en la tienda y exigió groseramente un pastel con un nombre muy raro que Christoffer intentó explicarle con calma que en realidad no existía.

Christoffer escribió que le había hecho gracia, pero también le preocupaba que molestara a los clientes. Sobre todo cuando se marchó gritando palabrotas y amenazando con demandarles. Qué vieja más rara.

Leonard respondió a Christoffer contándole lo aburridísimo que era su día de trabajo y las ganas que tenía de salir de la oficina y encontrarse con él en la tienda. Leyó el mensaje varias veces, porque aún no había superado esa sensación de nerviosismo que se siente cuando se envía un mensaje de texto a alguien que te gusta, debatiendo si sonaba o no demasiado espeluznante, acosador o simplemente estúpido para enviarlo.

Al final decidió enviarlo y esperó ansioso una respuesta.

No le llegó a tiempo para leerla antes de una reunión, pero justo cuando entraba en la sala de conferencias, su teléfono vibra en el bolsillo. Como no quería parecer descortés, lo ignoró hasta que se sentaron y estuvo seguro de que los demás estaban concentrados en el hombre que hablaba al frente de la sala.

Sacó el teléfono lo más discretamente que pudo y lo guardó debajo de la mesa mientras lo desbloqueaba. Cuando leyó el mensaje de Christoffer, hizo una doble toma. ¿Estaba Christoffer... flirteando con él?

Te estaré esperando... con una sorpresa para ti. Finalizaba con un emoticón de guiño.

Tragó saliva al asimilar el tono sugerente del texto, y lo leyó un par de veces más para asegurarse. Definitivamente, Christoffer estaba tramando algo.

¿En serio? ¿Cuál podría ser esa sorpresa? escribió Leonard como respuesta.

El tipo de delante no paraba de hablar de números y estadísticas que Leonard ya conocía, y todos estaban de capa caída. Este lugar era realmente un desastre.

Bueno, si te lo dijera ya no sería una sorpresa, ¿verdad?

Leonard refunfuñó en voz baja. Quería asegurarse de que estaba leyendo bien las señales, porque no quería asustar a Christoffer saltándole encima como un cavernícola cuando le pusiera los ojos encima más tarde.

Vale, de acuerdo. ¿Qué tal una pequeña pista, entonces?

De nuevo, pareció pasar una eternidad antes de que el teléfono volviera a vibrar en su mano. Tres veces.

Supongo que es lo justo.

Te va a encantar, créeme. Ni siquiera podrás hablar, porque tu boca estará ocupada haciendo otras cosas. Al final de esta experiencia, probablemente los dos seremos un desastre pegajoso. Será la primera vez para uno de los dos.

De acuerdo, es más que suficiente. Creo que eso te mantendrá ocupado un rato. Ahora tengo que volver al trabajo, y por tu culpa mi teléfono también es un musgo pegajoso. Oh bueno, nos vemos luego.

Leonard estaba a punto de desmayarse. Podía sentir cómo se le iba la sangre del cerebro. En otra parte.

No podía creer que Christoffer fuera tan directo. Se mordió el labio mientras intentaba formular una buena respuesta, pero fue interrumpido antes de que pudiera hacerlo. Un hombre se aclaró la garganta y miró expectante a Leonard. Le habían hecho una pregunta.

Recapacitó y se dio cuenta de que le habían preguntado por las posibles soluciones a la correlación negativa entre los dos gráficos que tenía delante.

"Bueno, si todos hubierais leído el correo electrónico que envié ayer sabríais que tengo un plan claro, y ya he esbozado algunos proyectos que ayudarían a ponerlo en marcha, y además os he asignado tareas a cada uno" Se levantó de la silla y miró al grupo alrededor de la mesa.

"En el futuro deseo un mayor compromiso por parte de todos vosotros, y espero que hayáis leído el correo electrónico que os envié y que hayáis terminado todas vuestras tareas antes de que acabe la semana. Si me disculpan, tengo otros asuntos que atender".

Sin esperar respuesta, salió por la puerta de la sala de conferencias y -tras recoger sus cosas del despacho- también por la de la entrada.

Sabía exactamente dónde iba, y con el coche no tardó mucho en llegar a la tetería. Necesitaba ver a Christoffer, y averiguar si lo que escribía en sus mensajes iba en serio, o si sólo le estaba tomando el pelo a Leonard. Sospechaba lo segundo.

"¿Christoffer?" Leonard llamó mientras caminaba a través de las puertas de la cocina. Llegó más temprano de lo habitual, por lo que Christoffer no habría salido a servir mesas todavía.

"¿Sí?" Christoffer contestó, con la cabeza metida tan adentro de un armario que a Leonard le preocupaba no poder salir nunca.

"Esa sorpresa de la que hablaste..." Leonard se quedó a medio camino, porque no estaba muy seguro de cómo terminar esa frase.

"¡Leonard!" exclamó Christoffer, retrocediendo para alejarse del armario. Miró a Leonard con los ojos muy abiertos, antes de desaparecer por la puerta que daba a la trastienda donde guardaba

el abrigo. Tan pronto como desapareció, volvió de nuevo, cogiendo a Leonard de la mano y arrastrándolo fuera de la cocina.

"¡Diego!" Gritó por toda la tienda. "Ocúpate de la cocina, ¿quieres? Me voy"

Leonard no llegó a oír la respuesta, porque salieron por la puerta rápido como un rayo y apenas se dio cuenta de que Christoffer le preguntaba dónde tenía aparcado el coche.

Leonard estaba aturdido. A juzgar por su reacción, Christoffer debía de ir en serio con aquellos mensajes. Pero Leonard era un poco escéptico. ¿Estaba Christoffer realmente preparado? Dijo que sería la primera vez para uno de ellos, y Leonard definitivamente no era virgen. Eso significaba que Christoffer lo era. Claro, se habían besado mucho, se habían acariciado por encima de la ropa, pero éste era un paso importante. ¿Qué había llevado a Christoffer a tomar aquella decisión tan precipitada?

Leonard decidió no darle demasiadas vueltas, porque si eso era lo que Christoffer realmente quería, no podía decirle que no. Aquellos ojos y sus labios carnosos no aceptarían un no, nunca. Leonard movería montañas si Christoffer se lo pidiera. Incluso si sólo captaba el más mínimo indicio de que Christoffer quería que lo hiciera, movería montañas, Christoffer ni siquiera tendría que pedírselo.

Leonard se detuvo frente al complejo de apartamentos, sin importarle si le ponían una multa. Valdría la pena.

En un abrir y cerrar de ojos estaban subiendo las escaleras, dentro del apartamento, y el tiempo pareció ralentizarse.

Leonard tenía que dejar que Christoffer diera el primer paso. No quería que Christoffer pensara que Leonard esperaba eso de él, sino todo lo contrario. Leonard esperaba que Christoffer quisiera esperar, y eso le parecía bien. Para ser sincero, Leonard prefería tomarse las cosas con calma cuando se trataba de relaciones serias. Sólo había tenido una antes, pero ir despacio le parecía bien.

Especialmente con Christoffer.

Pero Christoffer no hizo ningún movimiento. En lugar de acercar a Leonard, de llevarlo al dormitorio, Christoffer lo llevó a la cocina.

"Bueno, Leonard. ¿Estás listo para tu sorpresa?" preguntó Christoffer emocionado.

"Yo... no estoy seguro. ¿Qué es exactamente?" Leonard miró alrededor de la cocina, para tratar de entender esto. ¿De qué demonios estaba hablando Christoffer?

"¡Vamos a hacer una tarta, obviamente!" Exclamó Christoffer. Leonard no se movió ni un milímetro.

"Christoffer" Empezó lentamente, "¿es eso lo que intentabas decir con los textos?" Leonard no entendía nada. Estaba confundido hasta la médula.

"¡Claro que era eso! ¿De qué otra cosa podría estar hablando?" Preguntó Christoffer, y ha arrugado la nariz de la manera más adorable, como si estuviera realmente confundido. Leonard creía que lo estaba.

"Jesús, Christoffer" Dijo Leonard y dejó escapar un suspiro de alivio. "No tienes ni idea de lo que me habías hecho pensar". Se pasó una mano por la frente y suspiró una vez más.

"¿En qué estabas pensando, Leonard?" Le preguntó Christoffer con curiosidad.

"No estoy seguro de que quieras saberlo, Christoffer" Dijo Leonard burlonamente. Sabía que Christoffer no se rendiría hasta sacarle la verdad a Leonard, pero Leonard seguía sintiendo que tenía que advertir a Christoffer.

"No seas ridículo, claro que sí" Dijo Christoffer y se acercó más. "¡Cuéntame!"

"Bueno, quiero decir... Lo que escribiste, podría... yo lo interpreté... yo no... Dios." Leonard se sintió demasiado avergonzado para decírselo de verdad.

"Vamos" Gimoteó Christoffer, y Leonard decidió decirlo sin más. Sin rodeos, sin considerar las consecuencias.

"Creía que querías acostarte conmigo" Leonard cerró los ojos mientras hablaba, demasiado avergonzado para mirar a Christoffer a los ojos.

Pero cuando Christoffer no respondió, Leonard se preocupó. ¿Había sido demasiado directo? ¿Debería haber mentido? No, no podía mentirle a Christoffer. ¿Debería haberse negado a contárselo? No, tampoco habría funcionado. Christoffer tenía a Leonard en sus manos, podía hacer lo que quisiera y Leonard no podía objetar ni estar en desacuerdo.

Leonard abrió los ojos, y se encontró con una visión que ciertamente no esperaba. Christoffer se agarraba el estómago y se tapaba la boca con la otra mano. Intentaba con todas sus fuerzas no reírse. Aunque avergonzado, Leonard se sintió aliviado. Christoffer no le odiaba.

"¿Qué?" Refunfuñó Leonard. "¿Qué tiene tanta gracia?".

Al parecer, Christoffer no podía aguantarse más y lo soltó todo.

Se rio. Y se rio, y se rio, hasta que Leonard no pudo evitar reírse también.

"Vamos" Jadeó Christoffer entre risas, "¿cómo pudiste pensar que estaba hablando de acostarme contigo?"

Ouch, eso sí que dolió.

Christoffer debió darse cuenta de su error, porque añadió;

"No, espera, eso sonó mal. Claro que quiero acostarme contigo" Los ojos de Christoffer se abrieron de par en par al oír esas palabras, y ambos dejaron de reír.

"No, eso también ha sonado mal, ¡lo prometo! Quiero decir, no es que no quiera acostarme contigo, es que no quiero acostarme contigo ahora mismo, ¿entiendes? Quiero decir que estás eres caliente y quiero decir que verte sin camisa me hace realmente querer saltar sobre tus huesos a veces, pero como ahora mismo no estoy listo para eso y no lo digo porque no confíe en ti o algo así porque lo hago, pero sólo estoy tratando de decir..."

Leonard lo hizo callar con un beso.

"Christoffer, respira" Le dijo cuando se separaron.

"Qué maleducado, no me interrumpas cuando estoy hablando" Dijo Christoffer y le dio un golpecito en la nariz a Leonard.

"¡Eh, estabas flipando! Y entiendo perfectamente que no quieras sexo ahora mismo, yo siento lo mismo. No tienes que preocuparte por eso, ya llegaremos a eso en el futuro. O nunca llegaremos a eso. Tendremos que esperar y ver, ¿vale?"

Christoffer asintió con la cabeza.

"Y para abordar la otra cuestión, vuelve a leer el texto. Creo que verás lo que quiero decir cuando digo que sonaba como si quisieras sexo" Dijo Leonard con un guiño, y Christoffer lo miró con suspicacia.

Christoffer sacó su teléfono, después de considerarlo por un momento, y Leonard pudo ver cuando el centavo finalmente cayó, porque Christoffer se puso rojo tomate, y su cara se llenó de mortificación.

"No" Dijo, casi como un quejido. "No, no, no, Dios mío, ¿cómo he podido ser tan estúpido?" Dejó caer la cara en su mano, y ahora era el turno de Leonard a reír.

"Voy a morir de vergüenza " Christoffer salió corriendo hacia su dormitorio, y Leonard decidió no molestarle durante un rato. La situación era realmente cómica, pero tendría que esperar a que Christoffer se diera cuenta.

Mientras tanto, buscó una receta de tarta en Internet.

¿Quizás se las arreglaría sin Christoffer, por ahora?

CAPÍTULO 18

Christoffer se despertó con un cuerpo caliente a su lado. No sabía muy bien cuándo ni por qué, pero Leonard había empezado a dormir en su cama siempre que se quedaba a dormir. A Christoffer no le importaba -el calor extra era muy bienvenido para calentar sus dedos congelados-, excepto en momentos como aquel. Estaba de lado, con Leonard detrás de él, por lo que notaba claramente la dureza que le hurgaba en el trasero. Le incomodaba un poco porque nunca sabía cómo reaccionar, cómo afrontar el problema.

Siempre era el primero en despertarse por las mañanas, y siempre que esto ocurría simplemente intentaba escabullirse de la cama lo más silenciosamente posible, haciendo todo lo posible por no despertar a Leonard. Esta mañana, sin embargo, eso no ocurrió.

En cuanto Christoffer empezó a moverse, tratando de zafarse de los brazos de Leonard, el agarre alrededor de su cintura se tensó, y se oyó un gemido bajo detrás de él.

"¿Adónde vas?" preguntó Leonard con aquella voz, aquella maldita voz suya. Normalmente no tendría mucho de un efecto sobre Christoffer - no más de lo que podía ignorar, por lo menos - pero por la mañana, cuando la voz de Leonard era áspera de sueño y tenía esa raspa sexy a la misma, Christoffer era un enamorado.

"Estaba pensando en preparar el desayuno", respondió Christoffer. Su voz también era un poco más áspera que de costumbre, y no sólo a causa del sueño. Podría tener algo que ver con la abolladura exterior si los boxeadores. ¿Cuál de los dos? Los dos.

Podía ver a Rafi sentado junto a la ventana, mirándolo con el ceño fruncido y juzgándolo en silencio. Bueno, tú reaccionarías igual si te acostaras con la gata guapa de abajo, replicó Christoffer en su cabeza. Si Leonard no estuviera allí, lo habría dicho en voz alta, pero no quería arriesgarse a que Leonard lo oyera y a que él también lo juzgara en silencio.

Pero Rafi pareció entenderlo, porque saltó del alféizar y caminó por el suelo hasta sentarse junto a la cama. Sus ojos ya no eran pequeñas rendijas, ahora estaban completamente abiertos con la esperanza de que Christoffer lo encontrara lo bastante adorable como para levantarse de la cama y darle de comer. Por mucho que Christoffer se resistiera, Rafi siempre ganaba. De hecho, Christoffer había dejado de llamarlo "ojos de cachorro", y en su lugar lo llamaba "ojos de Rafi", porque no había forma de que pudiera decir que no a aquellos.

Esta vez, sin embargo, Christoffer decidió hacer las cosas a su manera. En lugar de cumplir los deseos de Rafi, se agachó para subir a Rafi a la cama. Unos mimos mantendrían su hambre a raya, seguro.

"No necesito desayunar" Refunfuñó Leonard. "Estoy perfectamente bien aquí, contigo. Y con ese gato espeluznante, por lo visto" Christoffer se dio cuenta de que Leonard miraba mal a su precioso compañero de acurrucamiento y se ofendió un poco.

"¡Oye! No puedes hablar así de él. Sólo yo" Dijo Christoffer y envió un puchero en dirección a

Leonard. Ligeramente difícil, ya que todavía estaba detrás de Christoffer en la cama.

Leonard se limitó a reír entre dientes y le dio un ligero beso en el hombro.

"Lo siento. Pero en serio, ¿sabes cuánto tiempo lleva mirándonos?" Leonard le preguntó con los ojos muy abiertos.

"Espera, ¿estabas despierto antes que yo? Estaba tan seguro de que estabas durmiendo" Dijo Christoffer y arrugó una ceja. "Pero entonces... Te habrás dado cuenta..." Christoffer no pudo completar la frase, en su lugar se sonrojó.

"Qué guapo estás cuando te sonrojas, Christoffer" Dijo Leonard burlonamente.

"Oh, cállate" Dijo Christoffer malhumorado. "Deshazte de él".

Las manos de Christoffer estaban ocupadas acariciando el pelaje de Rafi, tratando de distraerse. A Rafi no parecía importarle realmente, sus ojos eran sólo estrechas rendijas, y ronroneaba ruidosamente. Parecía alto.

"Bueno, me encantaría, pero es un poco difícil en este momento" Dijo. Un momento después añadió: "No es un juego de palabras"

Christoffer se limitó a resoplar.

"Tengo que darle de comer al gato" Se apresuró a decir, y casi se tiró de la cama, y casi tropieza con las sábanas en el proceso. No importó que Rafi se quedara en la cama, Christoffer ni siquiera registró ese hecho. Sólo tenía que alejarse de la tentación que ocupaba cada uno de sus pensamientos y, no lo olvidemos, su cama.

Por suerte, Leonard no le siguió, ya que necesitaba un momento para recuperar la compostura. En realidad, no le sorprendió que Leonard no fuera tras él, porque pudo oír cómo se abría y se cerraba la puerta del cuarto de baño y cómo se abría la cerradura.

Christoffer sacudió la cabeza con incredulidad. ¿De verdad iba a ocuparse Leonard de eso en su cuarto de baño? No podría volver a entrar allí sin imaginarse lo que estaba a punto de ocurrir. La idea le hizo sonrojarse, de nuevo, por enésima vez esta misma mañana. Debería trabajar en ello. Por otra parte, Leonard parecía pensar que era lindo, así que tal vez no.

Pero los sonidos que salían del cuarto de baño no eran lo que él esperaba: oía a Leonard abriendo la ducha. Ah, ¿una ducha fría? Bueno, Christoffer podía vivir imaginándoselo.

Se mantuvo fiel a su palabra y le dio a Rafi su comida. El sonido crujiente sirvió como ruido de fondo cuando se concentró en preparar el desayuno para él y Leonard. Intentó silenciar el sonido del agua cayendo, porque él mismo tenía un problema con el que lidiar. Por lo general, lo solucionaba ignorándolo. De alguna manera, eso era mucho más difícil de hacer cuando el objeto de sus deseos secretos estaba de pie en su ducha. Desnudo.

La mejor idea era probablemente empezar a centrarse en los panqueques en su lugar.

Estaba completamente perdido en sus propios pensamientos, y no se dio cuenta cuando Leonard salió de la ducha. Tampoco oyó el suave acolchado de los pies sobre el suelo de madera acercándose. Por eso dio un respingo cuando unos brazos le rodearon el torso, pero el susto no duró mucho. El cálido abrazo era tan reconfortante como lo había sido antes en la cama.

"Supongo que te has ocupado del problema" Preguntó Christoffer, y Leonard tarareó en su cuello. Al darse cuenta de que no obtendría una respuesta adecuada, Christoffer continuó: "Las tortitas están casi hechas. ¿Quieres sacar unos platos?"

Leonard asintió y dio un paso atrás. Christoffer tuvo que admitir que ya echaba de menos tener a Leonard pegado a él. Echaba de menos la calidez y el confort de su abrazo.

El desayuno transcurrió en silencio, y Christoffer se preocupó un poco. Normalmente Leonard intentaba entablar conversación, pero esta mañana había estado extrañamente callado. Aún era temprano -el sol aún no había salido por el horizonte y la tetería no abriría hasta dentro de un rato-, pero eso no era algo que debiera detenerle. Pasara lo que pasara, Leonard era una persona habladora. Al menos con Christoffer.

Christoffer intuía que algo no iba bien, pero no se atrevía a preguntar. ¿Y si Leonard tenía dudas sobre su relación? Nunca habían hablado de ello en voz alta, así que Christoffer no estaba seguro de lo que eran el uno para el otro, pero sabía que Leonard significaba mucho para él. ¿Se había equivocado al leer las señales del otro hombre? Tal vez estaba demasiado metido en sus fantasías y en su propia cabeza como de costumbre para ver lo que Leonard sentía de verdad.

¿Acaso Leonard no estaba tan enamorado de Christoffer como él de él?

A Christoffer se le revolvieron las tripas al pensarlo, pero se negó a expresar sus dudas a Leonard. Si había algo que sentía la necesidad de decirle a Christoffer, lo haría. Siempre había sido sincero, desde el principio, con sus pensamientos y sentimientos. Que ahora se cerrara en banda preocupaba a Christoffer, pero si algo iba mal prefería no oírlo. Ahora no. No estaba seguro de estar mentalmente estable para afrontarlo.

Nunca le contó a Leonard lo de sus padres y su miedo a no ser lo bastante bueno. En cierto modo sentía que lo había superado. Leonard le había ayudado, sin saberlo. Sin embargo, ahora sentía que volvía. ¿No era lo bastante bueno para Leonard? ¿Nunca podría hacer nada bien? Lo había estropeado todo. Ni siquiera podía mantener una relación por más de un par de meses. Era un fracaso. Todo lo que hacía parecía salir mal, como siempre. Pensó que tal vez las cosas habían cambiado después de conocer a Leonard. Obviamente, no. ¿Realmente se había engañado a sí mismo para creer que las cosas podrían cambiar de alguna manera? ¿Que había cambiado? Qué tontería.

Todas estas cosas pasaban por la cabeza de Christoffer, pero parecía que Leonard estaba demasiado ocupado con sus propios pensamientos para notar el cambio en Christoffer. La forma

en que sus hombros se tensaron, su cabeza bajó y apretó la mano en puños. Todo esto pasó desapercibido y, en cierto modo, Christoffer se alegró de ello.

¿Y si Leonard intentaba enfrentarse a él? Tendría que contarle todos sus miedos y dudas, y Leonard se limitaría a confirmarlo todo. Christoffer estaba seguro de ello. Estaba acostumbrado a sobreanalizar las cosas, siempre lo hacía. Era capaz de exagerar hasta lo más insignificante, lo sabía muy bien. Pero estaba seguro de que esta vez no era así. Christoffer se dio cuenta de que todos los indicios estaban ahí. Repasó todo lo que Leonard le había contado, e incorporó detalles insignificantes al rompecabezas que tenía en la cabeza, y cada vez estaba más convencido de que tenía razón.

Leonard no lo quería románticamente. Sólo veía a Christoffer como una especie de búsqueda, un reto que superar. Debió de darse cuenta de lo nervioso y tímido que era Christoffer desde el principio y decidió superar todas sus barreras. No porque realmente le gustara Christoffer, no. No, quería hacerlo sólo para demostrarse a sí mismo que podía. De alguna manera sabía lo inexperto que era Christoffer, y ahora estaba decidido a meterse en sus pantalones sólo para demostrar que tenía el aspecto, el encanto, para ser capaz de hacerlo. Para llevarse a un virgen a la cama.

¿Por qué si no alguien como Leonard iría tras alguien como Christoffer? Leonard estaba completamente fuera de su liga, y por supuesto Leonard era consciente de eso también. Christoffer realmente quería golpearse a sí mismo por ser tan estúpido. Por caer en todo esto.

Era demasiado obvio: Christoffer no era lo bastante bueno. Su mente hiperactiva por fin le había ayudado a darse cuenta.

"La tienda abre pronto" Dijo Christoffer en voz baja mientras miraba su plato. "Tengo que irme" Se levantó de la mesa sin mirar a Leonard y fue a poner su plato en el fregadero. Ya se ocuparía de ello cuando llegara a casa.

"Sí, yo también debería ir a trabajar" Aceptó Leonard. Ambos fueron a ponerse los abrigos, una vez más en silencio. Christoffer no sabía qué hacer. ¿Debía enfrentarse a Leonard? Tal vez debería dejarle jugar a su juego hasta que se aburriera. Esa era probablemente una mejor opción, porque Christoffer realmente odiaba las confrontaciones.

Leonard salió por la puerta y Christoffer se volvió para cerrarla. Su postura seguía rígida, y no había mirado a Leonard en los últimos minutos. ¿Cómo no se había dado cuenta aún? Quizá simplemente no le importaba. Probablemente era eso.

"¿Eh, Christoffer?" preguntó Leonard cuando estaba a punto de marcharse. "Te veré luego en la tienda, ¿vale? Tengo algo que decirte" Dijo esto con una mirada en su rostro que hizo que Christoffer estuviera aún más seguro de su conclusión anterior. Leonard no lo quería y ahora estaba a punto de decírselo.

"Claro" Dijo Christoffer y asintió. "Nos vemos esta noche" Sin despedirse con la mano, Leonard se volvió hacia su coche y dejó atrás a Christoffer. Normalmente se ofrecía a llevarle y

luego le daba un beso de despedida, pero esta vez no.

Christoffer pensó una vez más en lo completamente inútil que era, incapaz de las cosas más insignificantes. Leonard estaba haciendo lo correcto al dejarle, porque Christoffer estaba completamente seguro de que no se merecía a Leonard.

Todo lo que Christoffer tenía que hacer ahora era esperar a que todo terminara. Contó las horas.

CAPÍTULO 19

Leonard estaba una vez más demasiado distraído para concentrarse en su trabajo. Esta vez la causa no eran los mensajes accidentalmente sugerentes de Christoffer, esta vez estaba demasiado absorto en pensamientos sobre lo que podría pasar. Había recibido un correo electrónico ayer y lo había visto esta mañana, así que no había tenido tiempo de asimilarlo.

Se iba a Francia.

Al parecer, había hecho un buen trabajo en la última empresa para la que había estado trabajando temporalmente, así que ahora su jefe quería enviarlo de nuevo. Al mismo tiempo que cerraba cabos sueltos y terminaba su trabajo actual, debía empezar a planificar y organizar su viaje a Francia y el trabajo que realizaría allí para la empresa. Y no sólo eso, tenía que encontrar un lugar donde vivir durante su estancia, y aunque eso podía parecer fácil - ¿por qué no alojarse en un hotel? - tenía que tener en cuenta que iba a vivir allí todo un año.

Por lo visto, a su jefe le pareció oportuno enviarlo a Francia durante un año para poner en orden las finanzas de su sucursal francesa, que técnicamente era de propiedad local, pero que seguía consultando a la oficina central. Allí analizaría a fondo su situación económica, hasta el más mínimo detalle, y establecería un plan infalible para hacer frente a cualquier problema que pudiera surgir en la economía de mercado en los próximos dos años.

Lo haría con un equipo que él mismo elegiría y juntos resolverían los problemas. No era una tarea fácil, pero era necesaria. Leonard sabía que era uno de los mejores en su trabajo, y Francia había pasado por serios problemas que necesitaban solución, porque al parecer su anterior asesor financiero era un idiota incompetente que no podía hacer su trabajo sin estropearlo todo.

Ahora Leonard tenía que pagar por sus errores. Tendría que aparcar su vida durante un año por culpa de aquel imbécil. Jesús, Leonard estaba echando humo cuando se enteró de esto.

¿Qué iba a decirle a Christoffer? Su relación no había dejado de mejorar y de avanzar, de volverse más seria, en las últimas semanas, y ahora tendría que dejar todo eso atrás. No estaba muy seguro de cómo sentirse al respecto.

Vale, es mentira. Sí sabía qué sentir. Sólo intentaba decirse a sí mismo que no lo sabía, para resistir las ganas de irrumpir en el despacho de su jefe y estrangularlo por no dejarle elegir. Las condiciones eran sencillas: aceptaba hacer esto o se buscaba otro trabajo. Leonard no quería perder su trabajo, por mucho que lo odiara y por mucho estrés que le causara.

Así que aceptó ir a Francia, a regañadientes. Ahora sólo tenía que decirle a Christoffer que se marcharía en una semana y que era muy probable que tuviera demasiado trabajo como para volver a visitarle. Tendrían que pasar un año entero separados, y ¿quién podía asegurar que Christoffer no habría encontrado a otra persona para entonces? Leonard sabía lo que Christoffer sentía por él, pero después de pasar sólo un par de meses juntos, ¿era su relación lo bastante fuerte como para aguantar todo un año separados? Lo más probable era que no.

Ni siquiera podrían pasar juntos las Navidades: Leonard tenía que marcharse antes del 22 de diciembre. Leonard había estado esperando la Navidad con Christoffer desde su cumpleaños, y habían hecho planes para celebrar la Nochebuena juntos con Dima, antes de que Leonard se fuera a casa y celebrara con su familia que no había visto en tanto tiempo.

Ahora eso no ocurriría.

A lo largo del día, Leonard se preocupó cada vez más por la reacción de Christoffer ante la noticia. Sin duda, estaría destrozado, pero Leonard sabía que Christoffer tenía problemas mentales y no quería empeorar las cosas. Aunque no supiera qué era.

Christoffer nunca le había contado lo que pasó en la tetería aquel día que parecía tan lejano, y Leonard no quería presionarle. Recordaba que estaba muy preocupado por Christoffer, que quería ayudarle, pero entonces no podía hacer nada porque él y Christoffer apenas se conocían. Ahora, en cambio, se conocían muy bien y Leonard esperaba que Christoffer se lo contara en algún momento, pero parecía que nunca era el momento adecuado para sacar el tema.

Sin embargo, ya no importaba, supuso Leonard. No iban a estar juntos mucho más tiempo. No después de la enorme bomba que estaba a punto de soltar y que dejaría toda su relación en ruinas. Leonard estaba seguro de que eso es lo que pasaría. Porque por mucho que lo intentaran, Leonard sabía lo difíciles que podían ser las relaciones a distancia, no sólo las románticas, sino también las familiares.

Leonard sólo pensaba en eso mientras pasaba el día como un robot sin emociones. Hacía lo que tenía que hacer, pero nada más, e ignoraba por completo a sus compañeros. No se dio cuenta de que había salido de la oficina hasta que estaba sentado en su coche delante de la tienda de té. Había estado así todo el día, desde que recibió el correo electrónico a primera hora de la mañana. Apenas recordaba haber visto a Christoffer antes de irse a trabajar, aunque sabía que habían desayunado juntos.

Quizá no habían hablado. Era más que probable que eso fuera culpa de Leonard, y se sintió un poco culpable.

Pero no más culpable de lo que se sentía al pensar en lo que iba a decirle a Christoffer. Sabía que no podía irse sin decírselo, pero le pareció la opción más fácil, la verdad.

A pesar de ello, salió del coche, entró en la tienda y se sentó en el reservado del fondo. Había llegado un poco antes de lo habitual -el reloj aún no había dado las seis- y podía oler a Christoffer horneando en la cocina.

Pensó en entrar, pero decidió no hacerlo. Dejaría que Christoffer siguiera felizmente ajena a la situación durante unos minutos más, antes de destrozar lo que en aquel momento era lo mejor de su vida. Todo su cuerpo se sentía pesado, el peso de lo que estaba a punto de hacer le oprimía los hombros. Se sentía fatal. Pero no pudo evitarlo, porque oyó a Christoffer limpiando en la cocina y pronto salió con una nueva tanda de magdalenas.

Eran de terciopelo rojo.

De repente, la cabeza de Leonard se inundó de recuerdos de la primera vez que se conocieron. Estaba a punto de coger un cigarrillo cuando la voz más angelical le detuvo. Y cuando levantó la vista, realmente había un ángel frente a él. Podía decir sinceramente que no había probado un cigarrillo desde aquel día, porque Christoffer era el único alivio para el estrés que necesitaba. Pero eso se acabaría pronto.

"Hola, Leonard" Dijo Christoffer tímidamente. Por primera vez ese día Leonard notó algo que no estaba en su propia cabeza. Christoffer sabía que algo iba mal y estaba afectado por ello. Eso sólo hizo que Leonard se sintiera peor acerca de toda la situación.

"Oye" Respondió Leonard en voz baja. "¿Todos esos son para mí?" Preguntó, tratando de aliviar la tensión entre ellos. Realmente no funcionó.

"Puedes tener uno si no quieres, pero el resto son en realidad para Sarah. Va a ir a la fiesta de cumpleaños de su hermana pequeña dentro de un minuto, y he pensado dejar que se lleve un regalo mío" Respondió Christoffer, mientras miraba las magdalenas.

"Muy amable por tu parte" Leonard sintió casi como si hubieran vuelto a la forma en que se hablaban cuando se conocieron. Ambos tenían miedo de decir algo malo, de asustar a la otra persona. No le gustaba nada.

"Voy a dejar esto y luego me cuentas lo que tengas que decirme" Dijo Christoffer y le dio la espalda a Leonard sin esperar respuesta. A Leonard le dolió, se dio cuenta. No sabía muy bien qué había hecho mal, pero de algún modo había molestado a Christoffer. No parecía poder hacer nada bien en aquel momento.

Cuando Christoffer volvió, se sentó frente a Leonard, pero no le miró a los ojos.

"Entonces, ¿qué era lo que querías decir?" Leonard pudo ver la tensión en sus hombros, y cómo casi se hacía un ovillo allí mismo, frente a él. ¿Por qué se sentía tan inseguro? Leonard arrugó la frente.

"¿Qué te pasa, Christoffer?" Preguntó Leonard en lugar de responder a la pregunta de Christoffer.

"Nada, ¿por qué ibas a pensar que pasa algo?" Christoffer también parecía reacio a responder a cualquier pregunta. Sin embargo, Leonard no lo dejaría pasar.

"No me has mirado ni una sola vez desde que llegué y estás increíblemente tenso. Intuyo que te pasa algo, pero como no sé qué, no puedo hacer nada para ayudarte" Dijo Leonard con un deje de desesperación en la voz. Christoffer pareció darse cuenta de ello y finalmente miró a Leonard.

"¿Por qué te importa?" Murmuró, y Leonard enmudeció atónito.

¿Por qué le importa?

"Christoffer, ¿por qué demonios piensas que no me importa? Sabes lo mucho que significas para mí. Sí que me importas, Christoffer, mucho. Quiero mejorar las cosas, pero primero necesito saber qué te pasa" Dijo Leonard, intentando sonsacarle la verdad a Christoffer.

"¡No es cierto!" Exclamó Christoffer en voz alta. Algunas personas giraron la cabeza, pero Leonard no les prestó atención.

"¿Por qué crees que no?" Leonard estaba de nuevo desesperado por una respuesta.

"Oh, vamos, Leonard. No te atrevas a sentarte ahí y actuar como si no supieras de lo que estoy hablando. No soy completamente estúpido, ¿sabes? He visto las señales, sé lo que está pasando. ¿Por qué no lo dices sin rodeos?" Había una malicia en la voz de Christoffer que Leonard nunca había pensado que oiría. Se quedó estupefacto y sin palabras. ¿De qué demonios estaba hablando Christoffer?

"Christoffer, por favor, dime ¿qué está pasando? ¿De qué estás hablando realmente?" Leonard no encontraba sentido a las palabras que Christoffer acababa de lanzarle, y le preocupaba de verdad que ya lo hubiera estropeado todo sin darse cuenta. ¿Qué había hecho? ¿Qué creía Christoffer que estaba haciendo?

Christoffer se limitó a reírse de él, una risa hueca que no contenía humor alguno.

"¿En serio? No puedes hablar en serio" Sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco, y Leonard se estaba asustando. ¿Por qué Christoffer se comportaba así? Leonard nunca había imaginado que Christoffer se comportaría así, era demasiado dulce, y amable. Al parecer se había equivocado.

Pero no podía evitar preguntarse si no se trataba de una fachada. ¿Estaba cansado de Leonard, y trató de hacer esto para alejarlo y no tener que romper? Leonard no podía entender lo que estaba pasando.

"¿Por qué no vamos a otro lugar para hablar?" Leonard sugirió, porque estaba empezando a notar las miradas curiosas de los clientes lanzadas hacia ellos.

Christoffer resopló, pero se levantó y se puso el abrigo. Había pasado de tímido e inseguro a francamente grosero y odioso en un santiamén, y Leonard se preguntaba qué lo había provocado. Tendría que esperar para averiguarlo.

Fueron a casa de Christoffer. Christoffer sólo había ido una vez a casa de Leonard, y ambos coincidieron en que el lugar era demasiado grande y estéril, así que no volvieron a ir allí. Ambos estaban más cómodos en el apartamento de Christoffer.

"¿Y ahora qué?" Preguntó Christoffer cuando cruzaron la puerta. "¿Qué querías decir exactamente que no pudiste decir allí?" Christoffer se cruzó de brazos y enarcó una ceja. Leonard sintió que se encogía un poco. Este Christoffer le estaba incomodando.

"Yo sólo..." Leonard luchó por encontrar las palabras adecuadas. "Dijiste que sabías lo que estaba haciendo, cuando yo mismo no estoy del todo seguro. Supongo que sólo quiero... Oh Dios. Quiero saber qué crees que estoy haciendo, ¡porque es obvio que lo que sea que estoy haciendo, lo que sea que hice, te hizo actuar así! No me gusta" Leonard no podía mirar a Christoffer mientras hablaba. Sentía una extraña combinación de culpa e incertidumbre, y no estaba seguro de cómo afrontarlo.

Christoffer guardó silencio unos instantes.

"¿De verdad no lo sabes?" Preguntó en voz baja, como si hablara más consigo mismo que con Leonard. "Ven, vamos a sentarnos" Dijo Christoffer con voz más calmada, y condujo a Leonard a la mesa de la cocina.

"Realmente no lo entiendo" Dijo Leonard en voz baja. Odiaba lo vulnerable que sonaba. Christoffer se limitó a suspirar y apoyó la cara en las manos.

"Yo tampoco" Admitió Christoffer, y volvió a mirar a Leonard. "Estaba tan seguro de que tú... quiero decir, la forma en que no... y el beso, no me besaste..." Las frases de Christoffer no tenían ningún sentido para Leonard, pero podía ver las lágrimas acumulándose en los ojos de Christoffer, y puso una mano sobre los suyos.

"Christoffer, cálmate" Espetó Leonard suavemente con él, para tranquilizarlo. "Tranquilízate. Una frase cada vez. ¿En qué estás pensando?"

"¡No me besaste antes de irte!". Christoffer consiguió atragantarse antes de echarse a llorar. A pesar de que Leonard no entendía el significado de esto, rodeó la mesa para traer a Christoffer en sus brazos.

"Cariño, no pasa nada. Cálmate, no entiendo lo que dices". A pesar de llorar a mares, Christoffer seguía tartamudeando palabras que Leonard era incapaz de hilvanar en una frase.

Tiró de Christoffer de la silla y lo llevó al salón, donde se sentó en el sofá con Christoffer en el regazo. Christoffer se aferraba con fuerza a la camisa de Leonard, mientras éste le frotaba la espalda en círculos relajantes.

Estuvieron sentados así hasta que los sollozos de Christoffer se calmaron, hasta que sólo se redujeron a pequeños hipidos.

"Creía que me ibas a dejar" Susurró Christoffer tras largos minutos de silencio. Había tanto silencio que Leonard apenas pudo oírlo. Pero lo hizo, y el nudo de culpabilidad en su estómago creció. Estaba dejando a Christoffer, pero no de la forma en que Christoffer suponía.

"¿Qué he hecho para que pienses eso?" Leonard también susurraba, sus palabras ligeramente amortiguadas por el pelo de Christoffer en el que tenía la cara enterrada.

"Nada en realidad" Dijo Christoffer y empezó a juguetear con el dobladillo de la camisa de Leonard. "Sólo estoy sobreanalizando cada pequeña cosa, no es culpa tuya, Leonard" Christoffer intentó quitarle importancia al asunto, pero Leonard no podía permitirlo.

"No, Christoffer, debo haber hecho algo para desencadenar esto. Necesito que me digas qué"

Hubo otro largo silencio, en el que lo único que se oía eran las respiraciones aún agitadas de Christoffer y las más tranquilas de Leonard.

"No me diste un beso de despedida esta mañana" Murmuró por fin Christoffer en el pecho de Leonard.

"Cariño, ¿es eso?" Leonard no pudo evitar sentirse aliviado cuando Christoffer asintió en su pecho. Leonard dejó escapar un pesado suspiro, y el peso sobre sus hombros parecía significativamente más fácil de llevar de repente.

"Lo siento por eso, Christoffer. Mi mente no estaba conmigo esta mañana. He estado tan preocupado por el trabajo que es ridículo. No era mi intención dejarte fuera, y definitivamente no quería dejarte sin un beso" Explicó Leonard mientras acariciaba la nuca de Christoffer. Aquello pareció relajarlo.

Christoffer volvió a asentir, pero no respondió verbalmente.

Leonard no estaba seguro de cuánto tiempo estuvieron allí sentados, pero al final Christoffer se quedó dormido sobre su pecho y Leonard lo llevó a la cama. Después de la montaña rusa emocional por la que había pasado hoy, Leonard estaba seguro de que Christoffer estaba absolutamente agotado.

Justo cuando estaba a punto de darse la vuelta y salir por la puerta de la habitación, oyó que Christoffer le llamaba.

"¿Sí?" Preguntó Leonard cuando volvió a asomar la cabeza.

"No me vas a dejar, ¿verdad?" Christoffer sonaba tan débil y roto, Leonard no tenía el corazón para decirle la verdad.

"No, cariño" Dijo en su lugar. "No me voy a ninguna parte" Volvió a darle a Christoffer un beso en la frente antes de marcharse de nuevo.

Si antes se había sentido culpable, era sólo una fracción de lo que sentía ahora.

¿Cómo iba a arreglar esto?

CAPÍTULO 20

Christoffer no sabía cómo sentirse. Leonard le había dicho claramente que no se iba a ir a ninguna parte, pero seguía sintiendo algo en las tripas que le decía que algo no iba bien. No quería creer que Leonard estuviera mintiendo, porque seguramente no le haría eso a Christoffer. Pero había algo que Leonard no le decía y eso le hacía sentirse inseguro.

La Navidad estaba cada vez más cerca, no faltaba ni una semana. Christoffer se esforzaba por encontrar algo adecuado para comprarle a Leonard, pero era difícil encontrar algo. No podía ser demasiado caro, porque por mucho que le gustara su trabajo no podía negar que el sueldo no era el mejor. Así que tenía que encontrar algo pequeño pero significativo, pero no era tan fácil como había pensado al principio. Se arrepentía de haber procrastinado tanto, pero no era algo que se pudiera apagar con un interruptor. La procrastinación era un defecto personal que Christoffer no podía negar, pero a lo largo de los años había aprendido a lidiar con ella.

Ahora, realmente deseaba que hubiera una manera de deshacerse de ella.

Durante todo el día sólo podía pensar en Leonard y en qué comprarle. Estaba tan emocionado por pasar la Navidad juntos, que incluso él podía admitir que era un poco loco. Eso no cambiaba el hecho de que cada vez que se imaginaba a Leonard y a él juntos en el sofá de la tía Dima frente a la chimenea, abrazados, su estómago estallaba en mariposas y soltaba una risa vertiginosa.

Estaba muy emocionado.

Tenía toda la velada planeada. La tía Dima había accedido a celebrarlo en Nochebuena, y Christoffer aprovechó al instante la oportunidad de rediseñar por completo su acogedora casa para adaptarla a sus necesidades, y todos los adornos que se necesitaban ya estaban comprados. Sabía que Leonard era muy buen cocinero y pensó que podrían preparar la cena juntos y, mientras esperaban a que estuviera lista, tomar una copa de vino frente a la chimenea y charlar. Pensó que era el momento perfecto para que la tía Dima conociera de verdad a Leonard.

Ella le había estado dando la lata desde el principio, pero al principio Christoffer no estaba seguro de lo serio que era o de si duraría, y las últimas semanas simplemente no podía dejar que Leonard se alejara de su lado el tiempo suficiente para que alguien le hablara de verdad. Sin embargo, a Leonard no parecía importarle, porque si Christoffer se apartaba de su lado más de un minuto, enseguida venía en busca de un abrazo, un beso o un mimo.

Realmente, había sido repugnante verlos, pero a Christoffer no le importaba. Deseaba todo aquello tanto como Leonard. Ya había decidido que Leonard se quedaría en su pequeño apartamento toda la semana antes de tener que pasar las Navidades con su propia familia, y sabía que Leonard no diría que no a eso. ¿Quién se negaría a unos mimos gratis? Sólo los locos.

El día llegaba a su fin y Christoffer había empezado a limpiar todas las superficies de la cocina mientras Sarah despedía a los últimos clientes con la promesa de que mañana también habría tartas igual de deliciosas. Estaba nervioso por volver a casa, porque había decidido contarle por

fin sus problemas a Leonard. No era justo que Leonard tuviera que lidiar con ello sin ni siquiera saber lo que realmente estaba pasando.

El otro día Leonard había parecido tan confundido, como si no entendiera lo que estaba pasando. Era perfectamente comprensible, ¿cómo iba a saber lo que estaba pasando si Christoffer no se lo había contado?

Había llegado el momento de decírselo a Leonard y, aunque Christoffer sabía que era la decisión correcta, no podía evitar arrepentirse.

¿Y si Leonard decidía que no estaba con él? ¿Y si no quería lidiar con todos los problemas de Christoffer?

Christoffer decidió no pensar en ello. No era fácil callarse, pero sabía que tenía que hacerlo antes de que le diera otro ataque de pánico. Ya le había ocurrido varias veces, pero no era algo por lo que quisiera volver a pasar.

"Christoffer" Dijo Sarah asomando la cabeza en la cocina. "Me voy, ¿estarás bien solo?".

Christoffer se lo pensó un momento.

"No lo sé, Sarah" Dijo en voz baja. Odiaba admitir que no era tan fuerte como quería que la gente creyera, pero sabía que Sarah quería que le dijera la verdad.

"¿Qué pasa?" Preguntó ella y se acercó para abrazarlo. Él se inclinó en su abrazo.

"Invité a Leonard" Eso fue todo lo que dijo, y luego se quedó en silencio durante un minuto.

"¿En qué se diferencia esta noche de las otras?" Sarah preguntó en voz baja. Sabía que no era la idea de que Leonard se quedara a dormir lo que molestaba a Christoffer. Había superado ese miedo hacía siglos. Tenía que pasar algo especial.

"Se lo voy a contar, Sarah. Se lo contaré todo" Sarah se inclinó hacia atrás para mirarlo a los ojos.

"¿Estás seguro?" Le preguntó. "¿Estás realmente preparado para eso?" Christoffer sabía que ella sólo estaba velando por él, pero ahora más que nunca lo único que necesitaba era saber que ella apoyaba su decisión.

"No sé si estoy preparado. Pero tampoco sé si alguna vez lo estaré. Pero él merece saberlo, ¿no crees? Antes de que se involucre demasiado en nuestra relación, tiene que saber a qué se enfrenta".

Christoffer parecía tan seguro de que era la decisión correcta que Sarah no podía decirle que no lo hiciera. Lo único que quería era que Christoffer fuera feliz. Lo había visto pasar por momentos muy difíciles y no quería que eso volviera a suceder. Tenía miedo de que contárselo a

Leonard pudiera desencadenar algo, como cuando él se lo contó por primera vez. En aquel momento no sabía cómo afrontarlo, y toda la situación había sido una pesadilla. ¿Y si volvía a ocurrir?

Pero no trató de disuadir a Christoffer de contárselo a Leonard. Lo que decía era completamente cierto, excepto por una cosa. Leonard ya estaba tan enamorado de Christoffer que eso no cambiaría nada. Dijo que quería decírselo a Leonard "antes de que se implicara demasiado", bueno, eso era unas semanas demasiado tarde.

"¿Sabes qué?" Dijo Sarah, "si esto es lo que quieres hacer no podría estar más contenta. Sé lo mucho que te gusta Leonard, y es maravilloso que confíes en él lo suficiente como para hablarle de esto" Sonrió a Christoffer y le dio otro abrazo. "Lo único que te pido es que tengas cuidado. Ya sabes lo que pasó cuando me lo contaste, y no quiero que vuelva a pasar. Tómatelo con calma, ¿vale?".

Christoffer asintió, y tiró de ella para darle un último abrazo.

"Te quiero, Sarah" Le dijo mientras escondía la cara en el pliegue de su cuello.

"Yo también te quiero, chiquillo" Dijo ella y se rio cuando Christoffer la fulminó con la mirada.

"Oye, soy mayor que tú, mequetrefe"

"Sí, sí, da igual. Buenas noches, Christoffer, espero que todo vaya bien" Christoffer le dedicó una sonrisa y volvió a limpiar la cocina.

Leonard no había aparecido por la Tetería hoy, pero Christoffer sabía por qué. Estaba muy ocupado con el trabajo, y le había enviado un mensaje para decírselo. Era un poco decepcionante, desde luego, pero ¿qué podían hacer? Habían decidido reunirse en el apartamento en su lugar, y Christoffer no tuvo que esperar mucho antes de que sonara el timbre de la puerta.

"Hola" Saludó Christoffer al abrir la puerta.

"Buenas noches" Dijo Leonard y entró. "¿Ya has cenado? No he tenido tiempo y me muero de hambre. He traído comida china para dos, por si te apetece".

Christoffer asintió y corrió a la cocina para coger los platos.

"Llévalo directamente al salón, ahora mismo voy" Gritó.

"Claro que sí, muñeco"

Leonard tenía la molesta costumbre de inventar apodos para Christoffer, uno más ridículo que el otro. La última vez fue azúcar, la anterior cariño, y esta vez eligió muñeco. Bueno, al menos había dejado las referencias a la comida. ¿Qué vendría después, harina?

"De verdad, tarde o temprano se te tienen que acabar las cosas para llamarme" Dijo Christoffer mientras se sentaba junto a Leonard en el sofá.

"¿Sabes qué? No lo creo. Mi mente es un pozo sin fondo de imaginación, y cuando quiera puedo sacar otro nombre del cofre del tesoro reservado sólo para ti" Dijo Leonard y golpeó el hombro de Christoffer.

Christoffer enarcó una ceja. "¿En serio?"

Leonard se rio de él y le puso en las manos un plato lleno de comida.

"Sólo come, tonto"

"En realidad, si nos fijamos en las pruebas que he reunido en las últimas semanas, sobre todo incluyendo los nombres que me llamas, creo que podemos encontrarte culpable de ser tonto, no a mí" Dijo Christoffer antes de empezar a meterse comida en la boca.

"¿Sabes qué? Dejemos esta discusión y centrémonos en comer, ¿vale?"

Christoffer resopló. "Sólo porque sabes que perderías si continuáramos" Leonard optó por sacudir la cabeza en lugar de responder. Probablemente se había dado cuenta de que Christoffer no se rendiría pasara lo que pasara, y no había forma de que ganara una discusión con él. Eso ya lo había aprendido.

"¿Dijiste que tenías algo que decirme?" Leonard dijo, decidiendo cambiar de tema. "Parecía importante"

Christoffer suspiró y puso su plato en la mesa frente a ellos. ¿Realmente quería hacer esto? Para ser sincero, no. No quería. Pero sabía que tenía que hacerlo en algún momento, ¿y por qué no ahora? Llevaba todo el día temiéndolo y no le apetecía pasar por todo eso para nada. Más le valía acabar de una vez.

"Sí. Es importante. Primero, necesito que me prometas algo, ¿sí?". Christoffer empezó a sentirse ansioso, pero ya no podía echarse atrás.

"Cualquier cosa" Dijo Leonard solemnemente.

"Lo único que quiero es que me acompañes, sin interrupciones. Cuando termine, puedes hacer lo que consideres oportuno. No te culparía si te marcharas, sé que es mucho que asimilar, y quizá creas que no valgo la pena el esfuerzo. Sólo... quédate. Hasta que termine. ¿Puedes hacerlo?"

Leonard lo miró, confuso y preocupado.

"¿Christoffer? Me estás asustando. ¿Qué está pasando?"

"Prométemelo" Christoffer ya apenas podía mantener la compostura. Se rodeó con los brazos como si tratara de evitar que los pedazos flotaran, tratando de retenerlos.

"Por supuesto, te lo prometo. Me quedaré y te escucharé hasta el final. Pero, ¿Christoffer? No me iré. Pase lo que pase, no voy a dejarte" Leonard intentó tranquilizar a Christoffer, pero tuvo el efecto contrario.

"¡Eso no lo sabes!" Exclamó Christoffer, con la voz gruesa por intentar contener las lágrimas. "No digas eso, porque no lo sabes".

"Vale. Vale, no lo diré. Pero cuando todo esto acabe, cuando tú hayas terminado y yo siga aquí, te demostrará que puedes confiar en mí cuando digo eso"

Christoffer volvió la cabeza hacia otro lado. No se atrevía a creer lo que Leonard intentaba decirle. ¿Cómo iba a hacerlo? Eso sólo significaría que se sentiría completamente destrozado cuando Leonard se marchara al final. No te hagas ilusiones. Eso era lo que siempre se decía a sí mismo, para evitar decepciones.

"Supongo que empezó cuando tenía unos cuatro años", empezó, ignorando la afirmación de Leonard. "Sabía leer y contar y todo eso antes que los demás niños, y empecé el colegio un año antes. Después de ese primer año me salté un curso, y un par de años más tarde volví a hacerlo. Era listo, muy listo. Mis padres lo sabían, y solían presumir de ello ante sus amigos pijos en las elegantes cenas que organizábamos en nuestra mansión. Mis padres eran ricos. Los dos eran cirujanos de primera y esperaban que su hijo genio siguiera sus pasos. Pero yo no.

"Nunca me interesó ser médico. Después del colegio, cuando mis padres suponían que estaba estudiando, me dedicaba a dibujar y pintar y a escribir poemas. Era un niño artístico, pero ellos se negaban a aceptarlo. Cuando descubrieron que pasaba más tiempo dibujando que estudiando, las cosas cambiaron en casa. Aunque estaban demasiado ocupados para seguirme la pista, contrataron a un tutor para que me mantuviera ocupado después de clase.

"No podía con la presión, odiaba absolutamente todo lo que tuviera que ver con las ciencias y las matemáticas. Se me daban bien, pero nunca me gustaron. Después de un par de años así, empecé a suspender las clases. Todo se volvió demasiado y finalmente cedí. Por supuesto, mis padres se enteraron. Me echaron la bronca y fue la primera vez que sufrí un ataque de pánico. No podía soportar la idea de que mis padres se sintieran decepcionados conmigo"

Christoffer se detuvo y respiró hondo. Recordando aquel día, su nivel de ansiedad era peligrosamente alto. Sus padres y ambos se alzaban sobre él, sentado a la mesa de la cocina, y le gritaban. Cosas horribles que ningún niño de trece años debería oír de sus padres. La primera señal fueron sus manos temblorosas. Luego todo su cuerpo empezó a temblar, pero no podía controlarlo. Se le había hecho un nudo en la garganta y empezó a jadear.

Sus padres estaban demasiado ocupados enfadándose como para darse cuenta de lo que pasaba, sólo se dieron cuenta cuando se cayó literalmente de la silla en su ataque de pánico. No podía respirar. Sentía como si la carga que llevaba sobre los hombros desde hacía tanto tiempo le

hubiera caído sobre el pecho.

Sus padres lo llevaron al hospital, pensando que estaba enfermo. No lo estaba. Al menos, no físicamente.

"Así que me enviaron a un terapeuta" Dijo Christoffer después de explicarle todo esto a Leonard. "Eso sólo duró un mes, sin embargo. Pensaban que la idea de los miedos y las ansiedades era ridícula y esperaban que lo superara. Fingí que lo hacía, sólo para quitármelos de encima. Funcionó durante un tiempo, pero pronto mis notas volvieron a bajar. Fue entonces cuando mis padres decidieron suspender mi asignación mensual. Era el dinero con el que me mantenía cuando ellos pernoctaban en el hospital o se iban de viaje de negocios, pero no pensaron tan lejos.

"Fue entonces cuando conocí a la tía Dima. Había estado paseando por la ciudad, buscando algo barato que comprar con el poco dinero que tenía. No encontraba nada, así que me rendí y entré en la tienda más cercana, rezando a un Dios en el que no creía para que tuvieran algo que pudiera comprar. Le pregunté a la anciana que estaba detrás del mostrador, y ella se limitó a mirarme un segundo antes de rodear el mostrador y ponerme las manos sobre los hombros"

Christoffer dejó de hablar por completo. Había conseguido mantener a raya el pánico, pero las lágrimas que amenazaban con caer al recordar aquel día se desbordaron. Podía ver cómo Leonard luchaba contra el impulso de acercarlo, pero a Christoffer no le importaba por el momento. Tenía que centrarse en la historia.

"Le conté lo que había pasado y me dio de comer. Me dio de comer todos los días, me enseñó a cocinar y me dejó trabajar allí para que ganara algo de dinero por mi cuenta" Las lágrimas de Christoffer corrían por sus mejillas, pero no sollozaba. No se sentía triste, sólo sentía una nostalgia agradecida cuando recordaba aquella época. Fue la peor época de su vida, pero le había llevado hasta donde estaba hoy.

"¿Recuerdas aquella vez, hace ya un par de meses, que pasó algo en la cocina y cerramos antes de tiempo?"

Leonard asintió, sin atreverse a hablar.

"Fue culpa mía. Había hecho una tarta. En realidad, era para ti. Pero justo cuando tenía que servirlo se me cayó todo y me vine abajo. Tengo miedo de no ser lo suficientemente bueno. Porque si no soy lo suficientemente bueno significa que estoy defraudando a alguien y que se sentirán decepcionados conmigo y no puedo soportar esa idea. Culpo de todo eso a mis padres. Hoy no tengo ningún contacto con ellos, pero lo que hicieron, la forma en que me trataron, todavía me afecta mucho. Más de lo que quiero admitir"

"El otro día, cuando dije que me asusté porque no me diste un beso de despedida... Bueno, eso era sólo la mitad de la verdad. La verdad completa es que me asusté porque pensé que finalmente te habías cansado de mí, que había hecho algo malo y que simplemente no era lo suficientemente bueno para ti en general. Todo eso quedó demostrado, al menos en mi cabeza, cuando no me

besaste. Eso demostró que ya no me querías"

Christoffer estaba hecho un lío. Se le caían las lágrimas y, lo que era más vergonzoso, también la nariz. Se limpió la cara con las mangas de su jersey. El jersey de Leonard, en realidad.

"Ya está, ya está. Ahora ya lo sabes" Dijo Christoffer y se miró las mangas mojadas. No se atrevió a mirar a Leonard y ver lo que pasaba por su mente.

Leonard se levantó. Claro que se levantó. ¿No sabía Christoffer que esto iba a ocurrir? Leonard le dejaba. Esta era la última y definitiva prueba, ya no podía negarlo, no era lo suficientemente bueno y nunca lo sería.

Se derrumbó por completo ante ese pensamiento. Una parte de él aún pensaba que Leonard se quedaría, pero se había equivocado. Muy equivocado. Las paredes se derrumbaron y Christoffer se desplomó en el sofá, con sollozos que le sacudían el cuerpo. ¿Por qué tenía que ocurrir esto?

Pero entonces ocurrió algo inesperado. Unos brazos lo rodearon y lo levantaron del sofá. La sorpresa lo silenció por un momento, y entonces comprendió plenamente lo que estaba ocurriendo.

Leonard no se iba.

Comenzó a llorar, pero ya no eran lágrimas de tristeza, sino de alivio. Se había mostrado abierto y vulnerable, y Leonard no le había dejado así. Se había quedado, y ahora llevaba a Christoffer a la cama.

Christoffer no recordaba mucho después de aquello. Registró vagamente a Leonard limpiándole la suciedad de la cara y luego la cama se hundió detrás de él. Susurraron palabras suaves, pero no pudo entender lo que decían.

Sin embargo, justo antes de que su mente cayera en la inconsciencia, sus oídos captaron algo.

"Nunca te dejaré, Christoffer. Nunca, porque yo..." Las palabras se desvanecieron y no llegó a oír el final de la frase. No le importó, porque Leonard estaba allí. No se fue. Una chispa de esperanza se encendió en el pecho de Christoffer. Quizá era lo suficientemente bueno.

CAPÍTULO 21

Cuando Leonard se despertó a la mañana siguiente estaba aturdido. No podía creer lo que había dicho la noche anterior. Lo más probable es que Christoffer ya estuviera dormido cuando lo dijo, pero le daba miedo admitirlo incluso ante sí mismo. Hacía sólo un par de meses que se conocían, ¿cómo había ido tan rápido?

Mientras Leonard estaba tumbado, mirando a un Christoffer dormido, se dio cuenta de cómo. Desde la primera vez que vio a Christoffer, supo que algo importante había cambiado en su vida. Tenía la sensación de que algo había desaparecido y estaba seguro de que, fuera lo que fuese lo que se le había caído, lo había hecho en la tetería y Christoffer lo había recogido. Cuando Leonard salió por la puerta aquella primera vez, ya no estaba entero. Estaba fracturado, y el único momento en que se sentía completo era cuando estaba con Christoffer. Esa pieza que le faltaba estaba en sus manos, pero Leonard no sentía ningún deseo de recuperarla.

Una parte de él era ahora de Christoffer, igual que una parte de Christoffer era suya.

Nunca tuvo ninguna duda de que se enamoraría de Christoffer. Al principio se había mostrado reacio, pero tras una semana conteniéndose, finalmente cedió. Volvió a la tienda donde conoció a Christoffer, y el resto es historia.

Bueno, en realidad no. Leonard sabía que su historia aún se estaba escribiendo, y nadie sabía lo que les depararía el futuro. Excepto un año en Francia, lejos de todo lo que amaba y conocía. No estaba seguro de si debería estar emocionado de finalmente dejar este lugar, o muerto de miedo. No sabía qué pasaría si se mudaba. Cuando se mudara ¿Qué pasaría con la gente de casa? ¿Podrían seguir en contacto o acabarían perdiéndolo? Y lo que es más importante, ¿cómo se lo tomaría Christoffer? No quería dejar atrás a Christoffer, pero no tenía elección.

Tenía que ir a Francia, no sólo por su trabajo, que en realidad era lo de menos, sino por sí mismo. Había esperado una oportunidad como esta durante tanto tiempo, que no podía dejar que una relación romántica que podría no durar se interpusiera en su camino. Realmente quería hacerlo.

¿Pero cómo se lo explicaría a Christoffer? Era el momento de decírselo. Leonard sabía que no era el mejor momento y deseaba haberlo hecho antes. Justo la noche anterior, Christoffer había expresado su temor de no ser lo suficientemente bueno y que Leonard se fuera, y él le había asegurado que no lo haría. Pero era mentira. Se iba, en menos de 48 horas.

Christoffer cobró vida de repente, su respiración se agitó sobre el pecho de Leonard. Forcejeó contra el apretado abrazo de Leonard, pero se relajó un instante después y disfrutó del cálido abrazo.

"Buenos días" Habló Leonard, pero Christoffer se limitó a esconder la cara en el cuello de Leonard.

"No" Desde luego, Christoffer no era una persona madrugadora y Leonard se preguntaba cómo

se las arreglaba para levantarse temprano por las mañanas para ir a trabajar. Christoffer le había dicho que normalmente empezaba a hornear a las cinco de la mañana.

Hablando de eso, ¿por qué seguían en la cama?

"Christoffer, ¿no tienes que ir a trabajar?" Preguntó Leonard.

"Todavía no" Murmuró Christoffer. "He conseguido que Diego me cubra esta semana, tengo que estar allí a las nueve" Eran las seis y media, cuando el reloj interior de Leonard solía despertarle.

"Eso explica las mañanas tardías de los dos últimos días" Dijo Leonard y asintió. "Bueno, en ese caso, ¿por qué no vuelves a dormir una hora más?" Preguntó Leonard y besó la frente de Christoffer.

Christoffer murmuró algo incoherente, ya a medio camino del país de los sueños. Leonard luchó contra el impulso de reírse, sin querer molestar al chico que dormía sobre su pecho. No podía evitar pensar en Christoffer como un niño cuando dormía. Como la primera vez que Leonard se había quedado a dormir, las mejillas de Christoffer se hinchaban y sus labios hacían un ligero mohín. Parecía tan... inocente, por muy tópico que suene. Y seguía pareciendo un ángel.

A pesar de la evidente afición de Leonard por los apodos ridículos, no solía ser muy afectuoso. Era extraño que Christoffer sacara ese lado de él, pero no se quejaba. Le gustaba la forma en que Christoffer lo miraba molesto cada vez que se le ocurría algo nuevo para llamarlo. Por la forma en que sus mejillas se sonrojaban, era obvio que le gustaba, pero por supuesto nunca lo admitiría: era una de las manías de Christoffer. Por mucho que le gustara el afecto que Leonard le profesaba, resoplaba un momento antes de aceptarlo.

El corazón de Leonard daba un vuelco cada vez que eso ocurría. Estaba demasiado enamorado de Christoffer para su propio bien, uno de estos días su corazón podría fallarle.

Observó a Christoffer durante unos minutos más antes de deslizarse fuera de la cama. No tenía que preocuparse de que Christoffer se despertara, tenía el sueño muy pesado. Era increíble que se levantara por las mañanas.

Esta vez, decidió Leonard, haría una tortilla. Las tortillas no solían ir acompañadas de té, así que hoy no tendría que enfrentarse a ese problema. Si se puede posponer un problema, ¿por qué afrontarlo hoy? Normalmente Leonard no pensaba así, pero cuando se trataba del té... haría cualquier cosa por evitarlo. Seguía siendo de la opinión de que beber té era como beber tu propia agua del baño. Un pensamiento inquietante.

Aunque le prometió a Christoffer una hora entera de sueño, tuvo que despertarlo a los cuarenta minutos: la tortilla estaba hecha y se enfriaría si no se la comían enseguida. Sin embargo, pensó que sería amable, así que lo puso todo en una bandeja y lo llevó al dormitorio. El desayuno en la cama era un lujo poco frecuente cuando él crecía, sólo reservado para los cumpleaños y los días

de enfermedad. Quería mimar a Christoffer todo lo que pudiera, antes de tener que marcharse.

"¿Eh, Christoffer?" Susurró Leonard, sin querer despertarlo si aún no se había levantado. Tenía algo especial en mente.

Al no recibir respuesta, dejó la bandeja en el suelo y volvió a meterse en la cama. Acarició la mejilla de Christoffer y le retiró el pelo que le caía en la cara. Luego, tras un momento de apreciar la belleza de la criatura que tenía delante, se inclinó para besarle. Christoffer no se despertó al principio, así que repitió el movimiento hasta obtener una respuesta. Sólo que no fue la reacción que esperaba.

Las manos de Christoffer se enredaron en el pelo de Leonard, y lo siguiente que supo fue que estaba boca arriba, con Christoffer encima. Sus labios no se separaron en ningún momento y Leonard dejó escapar un suspiro de satisfacción. Si todas las mañanas pudieran empezar así, ni siquiera los lunes serían tan horribles.

Permanecieron así un rato, compartiendo besos perezosos, alejándose de vez en cuando de los labios del otro para besarse el cuello, el pecho y las orejas. Era encantador, y Leonard se sintió mal por poner fin a aquel momento.

"La tortilla se enfría" Murmuró contra los labios de Christoffer.

Christoffer se levantó de golpe.

"¿Tortilla? ¿Lleva tocineta?" Cuando Leonard asintió, Christoffer se levantó de la cama para coger la bandeja y volvió corriendo.

"Jesús, Leonard, ¿por qué no me lo dijiste antes?" Preguntó Christoffer, sonando un poco molesto.

"Bueno, estaba un poco preocupado. Fuiste tú quien me atacó, ¿recuerdas?" Leonard intentó defenderse.

"Me da igual. Si hay tocino a corta distancia, no estás de ninguna manera justificado en tu acción de distraerme de él" Christoffer hincó el diente y continuó con la boca llena de comida. "Esto no está bien, Leonard. No está bien"

Leonard se limitó a sacudir la cabeza ante el comportamiento de Christoffer. Era ridículo, pero al mismo tiempo Leonard disfrutaba viéndolo así. Excitado, sin ninguna preocupación en el mundo.

Leonard recordó el gran peso que llevaba sobre los hombros. No era justo que le ocultara información a Christoffer, algo que afectaría a su vida casi tanto como a la de Leonard. Pero, ¿cómo podía decírselo? Mirándolo ahora, tan feliz, y después de todo lo que le había dicho a Leonard la noche anterior... Leonard no podía obligarse a hacerlo.

¿Por qué hacer hoy algo que podría dejar para mañana?

Odiaba tener que decirle a Christoffer lo que iba a hacer incluso más de lo que odiaba preparar el té.

"¿Leonard?" Dijo Christoffer a medio masticar. "¿Qué te pasa? No estás comiendo". Christoffer lo miró con el ceño fruncido de preocupación, e hizo que a Leonard le doliera el corazón.

Esta era la oportunidad perfecta. Christoffer había preguntado, todo lo que Leonard tenía que hacer era ser honesto y decirle lo que realmente estaba pasando. Abrió la boca para hacerlo, pero no salió ninguna palabra. Le rompería el corazón a Christoffer. No sólo eso, sino que rompería la poca confianza que Christoffer había ganado finalmente en él, y eso dolía más que cualquier otra cosa.

Sabía cómo lo vería Christoffer. Pensaría que Leonard se marchaba porque él no era lo bastante bueno, y que estaba demasiado jodido y mentalmente marcado como para que mereciera la pena tratar con él. Pensaría que Leonard aprovechó la oportunidad de tener por fin una razón válida para dejarlo, y eso lo destrozaría.

No sólo su corazón, Leonard tenía miedo, pero la poca fe que tenía en sí mismo también. Leonard había conseguido ayudarle a creer en sí mismo, aunque sólo fuera un poco. Todo ese progreso se perdería, y Christoffer volvería al punto de partida. Tal vez incluso peor.

¿Realmente podía hacerle eso a Christoffer? Leonard sabía la respuesta. No, no, no podía. Tendría que encontrar otra forma de afrontar la situación. De alguna manera, tendría que ir a Francia sin decírselo a Christoffer, y sin romper al ya frágil hombre.

No tenía ni idea de cómo hacerlo.

Pero había tomado una decisión. No le iba a contar a Christoffer lo de su viaje a Francia.

"No me pasa nada. Sólo estoy ensimismado" Respondió Leonard a la pregunta de Christoffer. Christoffer se iluminó cuando dijo eso.

"Estás pensando en la Navidad, ¿verdad?" Christoffer dejó la bandeja en el suelo y se acercó a Leonard arrastrando los pies. "Bueno, no tienes que preocuparte demasiado, lo tengo casi todo pensado. Hasta te he comprado un regalo y todo. Lo único que tenemos que hacer es ayudar a la tía Dima a decorar la casa y todo será perfecto" Explicó Christoffer. Estaba dando saltitos en la cama, incapaz de calmarse. Leonard se sentía increíblemente culpable. Ni siquiera estaría en el país en Nochebuena.

"Sí" Dijo Leonard y sonrió. "Sí, estaba pensando en la Navidad". No era una mentira completa, porque lo que había estado pensando afectaría la navidad.

"Como dije, no tienes que preocuparte. Incluso si todo lo demás resulta ser un desastre, al

menos nos tendremos el uno al otro, ¿verdad?".

En lugar de responder, Leonard tiró de Christoffer en un abrazo. Tenía miedo de que Christoffer viera las lágrimas que se formaban en sus ojos.

CAPÍTULO 22

"¿No es precioso, Rafi?" Preguntó Christoffer mientras miraba el árbol de Navidad que había en un rincón del pequeño apartamento. En realidad, no era nada especial: sólo tenía la altura de la cintura, algunos adornos pequeños y una estrella en la copa que Christoffer había hecho el año anterior con alambre y papel.

Guardaría lo más grande para casa de la tía Dima.

El 23 de diciembre acechaba a la vuelta de la esquina, en sólo unos minutos asomaría la Navidad, y Christoffer quería estar despierto para ver cómo la luz se derramaba sobre el horizonte como tantas otras veces. Había algo especial en la forma en que la ciudad parecía cobrar vida en cuanto llegaban los primeros rayos de sol, y los sonidos apagados se hacían más fuertes hasta llegar a las ventanas del apartamento de Christoffer. Lo contrario ocurría cuando se ponía el sol: todo se volvía más tranquilo y silencioso de alguna manera, esta ciudad no era de las que se despertaban cuando caía la noche. Era fascinante cómo afectaba la luz a la vida.

Rafi dormía profundamente en su regazo, suspirando perezosamente de vez en cuando. Christoffer se sentía mal por haber descuidado a Rafi desde que conoció a Leonard. Había sustituido el tiempo de Rafi por el tiempo de Leonard, los mimos de Rafi por los mimos de Leonard, y apenas hacía más que dar de comer al gato. Sólo en las raras ocasiones en que Leonard, por alguna razón, tenía que quedarse en su casa, Christoffer le daba a Rafi el afecto que se merecía todos los días.

"Lo siento amigo. Sabes que te quiero, sólo que aún no he comprendido el concepto de compartir mis afectos" Dijo Christoffer mientras acariciaba el suave estómago de Rafi. "Sigo olvidando que no soy el único que necesita amor, tú también. Ahora que tengo mi dosis en otra parte, se me olvida que no tienes a nadie con quien acurrucarte"

Christoffer sintió que la tristeza le nublaba la mente mientras seguía acariciando al esponjoso gato. Le había fallado a Rafi. Justo cuando pensaba que tal vez había acertado en algo, todo lo demás parecía ir mal.

"Vale, ¿sabes qué?" Christoffer preguntó, consciente de que no obtendría respuesta. "Mañana es Navidad, lo que significa que los pensamientos tristes no están permitidos. Sólo pensamientos felices" Con eso, Christoffer se levantó y cogió su abrigo. Hora de abrir la tienda.

"Estaré en casa esta noche, amigo. La amable señora de abajo te dará de comer, como siempre. Pórtate bien"

A Rafi le daba igual lo que dijera Christoffer, al fin y al cabo, era un gato. Los gatos estaban por encima de escuchar a los humanos tontos, y sus peticiones mezquinas. Hacía lo que quería, como siempre. Aun así, eso no impidió que Christoffer le diera una palmada condescendiente en la cabeza antes de marcharse.

Si los gatos pudieran burlarse, Christoffer imaginó que así habría reaccionado Rafi. En

cambio, se limitó a entrecerrar los ojos y girar la cabeza hacia otro lado. También se aseguró de sacudir la cola.

Christoffer casi saltó todo el camino hasta la tienda, nunca se había sentido tan emocionado. Sólo faltaban unas horas para Navidad. La repostería navideña estaba en la lista de cosas que hacer hoy, y con eso empezó Christoffer en cuanto llegó a la tienda.

"Buenos días, Diego" Dijo Christoffer mientras se quitaba el abrigo y cogía un delantal. "Creía que te ibas hoy" Diego se dio la vuelta para mirar a Christoffer, lleno de harina. Siempre había sido un panadero desordenado.

"El avión no sale hasta las nueve y media, pensé en pasar mis últimas horas contigo aquí dentro" Dijo Diego y sonrió. Christoffer se dio cuenta de repente del poco tiempo que había pasado con Diego también el tiempo que había estado aquí. Eran amigos de la infancia, y la primera vez que Diego lo visitaba en casi dos años Christoffer pasaba más tiempo con Leonard que con su amigo.

¿Por qué permitía que Leonard se adueñara de su vida? Había dejado que el amor se interpusiera en demasiadas cosas, había descuidado a las personas más cercanas a él sólo para pasar una hora más con Leonard aquí y allá.

Era un amigo horrible.

"Lo siento, Diego" Dijo Christoffer y se apoyó en la estufa.

"¿Qué? ¿Por qué?" Preguntó Diego confundido, con el ceño fruncido.

"Debería haber pasado más tiempo contigo las dos últimas semanas, no pretendía descuidarte de la forma en que lo hice. Hace casi dos años que no nos vemos. Es tan estúpido que dejé que un estúpido se interpusiera en nuestro camino para ponernos al día" Christoffer estaba muy dolido, pero Diego se adelantó con una sonrisa tranquilizadora.

"No te preocupes por eso, Christoffer. No te preocupes, Christoffer. Claro que me habría encantado pasar más tiempo contigo -te he echado mucho de menos-, pero creo que no te das cuenta de que esto ha sido culpa mía. No te pedí salir ni una sola vez, ¿verdad?" Aunque Christoffer no creía que Diego esperara una respuesta, negó con la cabeza.

"He pasado todos los días contigo aquí, en la cocina. No sentí la necesidad de robarte tiempo con tu novio, porque ya pasé suficiente tiempo contigo en la tienda. Desde que llegué, trabajamos codo con codo, charlamos, bromeamos, hacemos el tonto... como antes. No me importa que hayas pasado todo tu tiempo libre con Leonard, es un tipo increíble. No me has descuidado a mí, ni a Sarah ni a la tía Dima. Nos das mucho de tu tiempo trabajando en la tienda todo el día, todos los días; te mereces algo de tiempo para ti. O, mejor dicho, algo de tiempo para tu novio" Dijo Diego y guiñó un ojo.

"¿Novio? Preguntó Christoffer, atónito. Diego pareció sorprendido.

"Bueno, sí... Lleváis saliendo desde octubre" Dijo frunciendo el ceño. "Espera, ¿me estás diciendo... que en realidad no te ha pedido que seas su novio?"

"Qué tontería, Diego, claro que no. Ya no estamos en el instituto, no hace falta 'definir la relación'"

"Si tú lo dices" Dijo Diego encogiéndose de hombros. "Sigue siendo extraño que no te haya pedido oficialmente que... seáis novios o como quieras llamarlo"

La conversación derivó hacia otros temas, pero Christoffer no pudo evitar pensar que Diego tenía razón. Era un poco extraño. ¿Quizás Leonard no estaba tan interesado en Christoffer como él pensaba? No, eso es estúpido. Sólo un par de noches antes Leonard le había dicho que nunca se iría, ¿y por qué diría eso si no lo decía en serio? Leonard era una persona honesta.

Christoffer no iba a empezar a dudar de sí mismo otra vez. No tan pronto después de su última ruptura. Leonard creía en él y él creía en Leonard. Lo que Leonard había dicho era la verdad, y Christoffer era lo suficientemente bueno para estar en una relación con un hombre tan increíble. Era lo bastante bueno.

Con su nuevo pensamiento positivo, el día pasó volando y se dio cuenta de que Diego tenía razón en otra cosa. Pasaba tiempo con sus amigos y su familia todos los días, desde primera hora de la mañana hasta última hora de la tarde. Se sintió más ligero después de darse cuenta de que tal vez, sólo tal vez, las cosas estaban saliendo como él quería. La vida había mejorado desde que conoció a Leonard, y estaba deseando pasar su futuro más próximo con él.

Especialmente en Navidad.

¡Mañana! Mañana era Navidad y Christoffer había comprado todos sus regalos y los había envuelto, y no hacía falta hacer más preparativos. Todo estaba en orden, y lo único que faltaba ahora era Leonard. Había dicho que se reuniría con Christoffer en casa de la tía Dima a primera hora de la mañana de Navidad, lo bastante temprano como para ayudar a Dima a decorar la casa y preparar una gran cena para los tres.

Sin embargo, no le había respondido a Christoffer cuando éste trató de confirmar los planes. No era algo inaudito, a veces estaba demasiado ocupado en su oficina para siquiera echar un vistazo a su teléfono durante el día. Pero a medida que el reloj se acercaba a las seis, hora en que Leonard solía acudir a la tienda, Christoffer se preocupó. ¿Qué le pasaba a Leonard?

Se obligó a mantener la calma. Confiaba en Leonard. Leonard le había hecho una promesa, una promesa que seguramente cumpliría pasara lo que pasara. Así que, aunque Leonard no apareciera esa noche, y aunque no contestara ni una sola de las llamadas de Christoffer, éste mantuvo la calma.

Había una razón por la que Leonard no le cogía el teléfono, Christoffer estaba seguro. Vería a Leonard mañana, no había necesidad de estresarse. Todo se arreglaría.

Estaba completamente seguro. Confiaba en Leonard.

CAPÍTULO 23

No era lo que esperaba, Francia. Hacía frío y estaba oscuro, como debe ser en invierno, pero Leonard se sentía solo. No sabía cómo era posible en una ciudad tan llena de vida y de gente, pero allí estaba, caminando en silencio por la nieve y sintiéndose más solo que nunca. Su mente no estaba con él, sin embargo, sus pensamientos estaban en casa, preguntándose qué estaba pasando con Christoffer. No estaba muy seguro de cómo iba a reaccionar Christoffer ante lo que estaba a punto de suceder, pero rezaba por no haberlo estropeado todo marchándose sin decir palabra.

Leonard no era estúpido: sabía que se había ganado la confianza de Christoffer y que lo comprometía todo haciendo lo que estaba haciendo. Irse sin despedirse era increíblemente estúpido, no coger el teléfono ni contestar a los mensajes era aún peor, pero tenía una razón. No podía hablar con Christoffer ahora mismo, eso arruinaría todo lo que Leonard había planeado. Tenía un plan. No era tan estúpido como para dejar a Christoffer durante un año y esperar que no se diera cuenta, o que no le importara, claro que sí. Pero tal vez así todo podría salir bien.

Si Christoffer confiaba en él de verdad. Leonard rezó para que Christoffer dejara que las cosas se desarrollaran antes de sacar conclusiones precipitadas, porque si todo salía como debía, no tendrían que estar separados mucho más tiempo. Ahora todo dependía de Christoffer, y el resultado dependía exclusivamente de cuánto valorara su relación, de cuánto creyera en ella. Leonard creía en ella, de verdad, y si hubiera sido por él nunca se habría marchado solo a Francia, pero era Christoffer quien tenía que decidir.

Leonard rezó a todos los dioses conocidos para que Christoffer sintiera lo mismo que él.

"Bonjour monsieur, vous désirez?" preguntó la señora detrás del mostrador.

"¿Cómo dice?" preguntó Leonard, sus conocimientos de francés eran inexistentes.

"Oh, perdone, no entendí que usted no hablaba francés. ¿Qué desea tomar?" Preguntó con un fuerte acento.

"Sólo un café, por favor" Dijo con un suspiro. Todo aquí le recordaba a Christoffer, de alguna manera. Sólo pedir un café le hizo pensar en todas las veces que Christoffer prometió convertirlo en un bebedor de té, pero fracasó miserablemente cada vez que lo intentó.

"Oui, siéntese y pronto estará listo" Dijo con una sonrisa.

Leonard así lo hizo, después de pagar, y se hundió todo lo que pudo en el sofá. No llevaba ni un día allí y ya estaba cansado del lugar. Era una ciudad encantadora, no podía decir menos, pero le faltaba algo. Sabía exactamente lo que se había dejado en casa para que esta experiencia fuera mucho mejor: Christoffer. El hombre no había salido de su mente desde que pisó el avión, y francamente, Leonard se estaba cansando de él. No de Christoffer, sino de que le recordaran constantemente lo que se estaba perdiendo.

No le parecía bien que Leonard estuviera en Francia y Christoffer siguiera en casa, cuando el sueño de toda la vida de Christoffer era ir allí y montar su propia panadería. Esa era la primera palabra que Leonard había aprendido en francés, aparte de oui y merci. Panadería, quizá no era exactamente lo que Christoffer quería, sus planes eran más bien de cafetería, pero a Leonard no le importaría tener una panadería él mismo. Después de todo, era un buen cocinero y el pan era una de sus especialidades. Sin embargo, siempre se las arreglaba para estropear cualquier otro tipo de horneado. Christoffer se burlaba de él constantemente y Leonard se avergonzaba. Pero, en realidad, ¿por qué iba a avergonzarse? La repostería y la cocina no eran tan parecidas como podría pensarse.

Al igual que Leonard no sabía hacer una tarta de chocolate, Christoffer no podía preparar un coq au vin perfecto como Leonard.

¿Por qué decidió Leonard convertirse en asesor financiero y no en chef de un restaurante de lujo? La peor decisión de su vida. Había dejado que sus padres influyeran demasiado en su vida. Era el típico niño de mamá, que hacía cualquier cosa para complacerla. Eso incluía conseguir un trabajo prestigioso y bien pagado y renunciar a sus propios planes.

Sus padres nunca le habían dicho en voz alta que no estaban de acuerdo con el camino que planeaba seguir, ir a la escuela de cocina y, finalmente, trabajar en un restaurante, pero era evidente en la forma en que siempre hablaban de sus amigos que iban a grandes y lujosas facultades de derecho y similares. Eso es lo que querían para él también. No aplastar sus sueños, sino asegurarle un futuro estable. El arte culinario no le servía para eso, así que decidió cambiar de planes y ahorrarles la preocupación a sus padres.

Al principio no le importaba, le gustaba el dinero que le daba el trabajo y era lo bastante bueno como para ganarse el respeto de sus compañeros, pero al cabo de un tiempo se volvió aburrido. Un trabajo mundano detrás de un escritorio no era la forma en que él imaginaba la vida, y después de que la emoción inicial desapareciera, su vida se convirtió en una gris rutina diaria en la que ya ni siquiera podía distinguir los días. Todos los días eran básicamente iguales, y no había forma de recordar con qué cliente hablaba cada día.

Llevaba cinco años trabajando así.

Todo eso cambió cuando conoció a Christoffer. Su trabajo era tan aburrido como siempre, pero con la ayuda de Christoffer podía recordar qué día de la semana era, y los días podían distinguirse fácilmente recordando qué habían hecho él y Christoffer y cuándo. Su vida, que antes había sido tan aburrida, cobró color después de conocer a Christoffer. Había en él un entusiasmo infantil que parecía afectar a todos los que le rodeaban y, tras pasar varias semanas en su compañía, Leonard se había acostumbrado a él.

Sin su rayo de sol personal, la vida volvía a ser fría y gris. Esperaba sinceramente que Christoffer hubiera tomado la decisión correcta cuando le hizo el regalo de Navidad de Leonard, porque no sabía cuánto tiempo más podría seguir viviendo como un robot, pasando por el trajín de vivir sin prestar atención al mundo que le rodeaba.

Sabía que Christoffer tenía problemas profundos con los que se empeñaba en ayudarle, pero por el camino se olvidaba de los suyos. Christoffer le había ayudado sin saberlo, ni siquiera Leonard le había dado importancia. Todo el tiempo que pasó junto a Christoffer le hizo sentirse mejor y menos ajeno al mundo. Christoffer era el peso que necesitaba para mantener los pies en la tierra, y ahora que ya no estaba allí, Leonard podía sentir cómo su mente se perdía en la atmósfera.

Hacía tiempo que su cuerpo había aprendido a funcionar sin su mente.

Llegó el café, Leonard se lo bebió y se fue. Caminó hasta su casa y se sentó. Encendió la televisión, pero no le prestó atención. ¿Quizá era mejor idea irse a dormir?

Eso hizo.

La mañana siguiente no fue diferente de la anterior, en realidad. Excepto que era Navidad. Leonard era consciente de los planes que había hecho, de las promesas. Las estaba rompiendo todas. A Christoffer se le rompería el corazón cuando por fin se diera cuenta de que Leonard no aparecería, y Leonard sintió una vez más la tentación de llamar. Marcó los números, como había hecho tantas veces los dos últimos días, pero nunca hizo la llamada. No podía, no sabía qué decir.

No podía explicar las promesas rotas, y no podía soportar oír la voz de Christoffer llena de lágrimas sin derramar cuando le preguntara por qué Leonard nunca aparecía. Era mejor seguir con el plan. El plan funcionaría. Claro que sí, tenía que funcionar. No había forma de que Leonard continuara su vida en Francia si no funcionaba, no le parecía bien.

Por mucho que Leonard hubiera deseado un cambio, Francia era el sueño de Christoffer. No podía robárselo y crear su propia vida allí mientras Christoffer seguía atrapado en casa. Necesitaba a Christoffer con él, y de una forma u otra estarían juntos. No importaba en qué parte del mundo estuvieran, se necesitaban el uno al otro. Podría parecer ingenuo pensar, después de sólo tres meses, que estarían juntos para siempre, pero Leonard realmente no podía imaginar un futuro sin Christoffer a su lado. Quería ayudar a Christoffer a superar sus miedos y luego vivir juntos una vida larga y feliz.

Christoffer aún no lo sabía. Pronto lo sabría, pero por ahora seguía siendo un secreto.

A medida que el reloj se acercaba a la hora de la cena, Leonard se ponía más ansioso. Christoffer iba a recibir el sobre, si no lo había hecho ya. El corazón de Leonard quedaría completamente al descubierto para que Christoffer lo viera. Leonard sólo podía esperar que Christoffer decidiera mantenerlo a salvo, custodiado, en lugar de arrancárselo del pecho para tirarlo a la basura.

Pero, después de todo lo que Leonard le hizo pasar los últimos dos días, ¿quién sabía?

Leonard lo haría, mañana. Hasta entonces, sólo tendría que esperar, muerto de miedo por haberlo arruinado todo.

CAPÍTULO 24

Christoffer no estaba seguro de lo que pasaba con Leonard. No contestaba a las llamadas ni a los mensajes y llegaba tarde.

Leonard nunca llegaba tarde.

Era la mañana de Navidad y Christoffer estaba sentado solo en el salón de la tía Dima, rodeado de espumillón, bolas de Navidad, bastones de caramelo y todo tipo de adornos que te puedas imaginar. Iban a ser colocados en el árbol que estaba en el centro de la habitación -en el centro de atención- y por toda la casa. Leonard debía estar allí para ayudarle. Leonard no estaba allí. Christoffer no sabía muy bien qué pensar, porque hacía poco que había decidido -más bien se había dado cuenta- que confiaba en Leonard y que dejaría de sacar conclusiones precipitadas como aquella mañana en que estaba convencido de que Leonard lo abandonaría. Ya no pensaba eso, porque Leonard le había asegurado que no se levantaría y se iría sin más.

Christoffer le creía. Tenía fe en Leonard.

Pero Leonard no aparecía.

Podría estar atrapado en un atasco, eso se dijo Christoffer. Al fin y al cabo, era Navidad y la gente se movía y el bebedero tampoco era muy fiable hoy. La nieve que caía debía de dificultar la visión al conducir y tal vez Leonard quería ser prudente y conducir con más seguridad por las carreteras heladas. Debía de ser eso.

Debía de ser eso, de lo contrario Christoffer no sabía qué haría. ¿Cómo reaccionaría si resultaba que Leonard no vendría? Ni él mismo lo sabía. Sus ansiedades y ataques de pánico habían disminuido considerablemente después de conocer a Leonard, pero si el hombre se había marchado de verdad, ¿qué podía decir de que no volvería al punto de partida?

Necesitaba las palabras tranquilizadoras de Leonard cada vez que sentía que su ansiedad se desataba, pero ahora que el hombre se retrasaba cada vez más, Christoffer estaba cada vez más preocupado. No sólo porque si Leonard no aparecía, lo más probable era que Christoffer se derrumbara, sino porque esta vez no tendría a nadie a su lado para recoger los pedazos.

Bueno, eso no era del todo cierto. La tía Dima estaría allí, por supuesto, pero eso no era lo mismo. La única forma de que estuviera bien era que Leonard lo abrazara, mientras le susurraba al oído una y otra vez que no se iría, que estaba ahí mismo. La tía Dima no podía hacer eso por él, lo único que podía hacer era asegurarse de que cuando Christoffer entrara en estado catatónico no se hiciera daño. Todo lo que podía hacer era minimizar el daño.

Christoffer volvió a mirar el teléfono, con la esperanza de que Leonard le hubiera devuelto la llamada y él no se hubiera dado cuenta. Por supuesto, eso era muy improbable, ya que había estado agarrando el teléfono con fuerza en las manos los últimos treinta minutos, y ni una sola vez había vibrado o hecho ruido.

La tía Dima se había marchado hacía un rato, haciendo la compra para la gran cena que habían planeado, afirmando que le esperaba algo grande a Christoffer esa misma noche. No estaba muy seguro de lo que quería decir, porque habían planeado cuidadosamente todo el día juntos, hasta el último detalle, y Christoffer estaba seguro de que no se le había escapado nada. No había tiempo para sorpresas, no si iban a hacer todo lo que Christoffer había planeado, y ahora que Leonard se retrasaba era aún más importante que cumplieran el programa.

Había puesto mucho empeño en este día. Normalmente sólo estaban él y la tía Dima, ya que Sarah siempre celebraba toda la semana de Navidad con su familia. Ahora, por primera vez, Christoffer iba a pasarla con alguien que realmente le importaba de una manera romántica.

Había tenido un par de aventuras antes, pero nunca había sentido la necesidad de entablar una relación de verdad. Todo eso cambió cuando conoció a Leonard. Al principio, no había planeado tener una relación romántica con él. Simplemente había disfrutado de la compañía de Leonard mientras pudo y luego esperaba que se extinguiera. Sin embargo, no podía negar su atracción por el otro hombre, pero nunca esperó que fuera correspondido. Nunca se había sentido realmente deseado de tal manera, pero Leonard le hizo sentir todo lo que no había sentido antes.

Incluso se atrevería a decir que estaba enamorado de él. El amor no era algo que Christoffer se tomara a la ligera. Había tenido una infancia tan extraña, sin ningún amor real a la vista, y no fue hasta que llegó a conocer a la tía Dima que tuvo una idea de lo que era realmente el amor. Pero lo de Leonard era otro tipo de amor. Algo completamente nuevo y extraño, pero como hombre con poca experiencia en cualquier tipo de amor, Christoffer quería apreciarlo. No dejaría que Leonard se fuera a ninguna parte, no si podía evitarlo.

Por eso seguía sentado en el suelo una hora después, cuando la tía Dima llegó a casa con los brazos llenos de bolsas. Christoffer ni siquiera se ofreció a ayudar, como solía hacer. Estaba demasiado concentrado en el teléfono, esperando desesperadamente a que sonara. Ni que decir tiene que no sonó.

Dima se sentó a su lado cuando hubo deshecho las maletas y le puso una mano cálida en la espalda.

"¿Qué haces en el suelo, Christy?" Christoffer siempre le decía que dejara de llamarle así, pero en secreto le gustaba. Sonaba demasiado femenino e infantil, tal vez, pero desde la primera vez que lo dijo, pareció quedársele. Cada vez era menos frecuente a medida que pasaban los años y Christoffer crecía, pero en ocasiones especiales la tía Dima parecía recordarlo.

"Estoy esperando" Respondió Christoffer sin levantar la mirada.

"Cariño, ¿qué tal si empezamos a preparar la cena? Tardaremos horas en cocinar toda esta comida" Dijo con un suspiro exagerado. Christoffer no pudo evitar sonreír un poco. Sabía que la tía Dima nunca se quejaría de cocinar. Jamás.

Asintió con la cabeza y juntos se dirigieron a la cocina. Christoffer no soltó el teléfono, temeroso de perderse una llamada o un mensaje que le pusiera al corriente de cómo estaba

Leonard.

Tenía que haber una razón para que llegara tan tarde, ¿no? no se habría presentado sin avisar a Christoffer. Seguro que no.

Se puso a preparar la cena sin prestar atención a lo que estaba haciendo. Su cuerpo estaba en piloto automático mientras su mente daba vueltas en círculos, y volvió a la realidad por primera vez cuando vio un plato de sopa humeante delante de sus narices. El almuerzo.

"Caramba, el tiempo vuela cuando estás en la cocina, ¿verdad, Christoffer?" La tía Dima llevaba todo el día haciéndole preguntas de ese tipo, intentando desesperadamente obtener una respuesta, pero lo único que él hacía era tararear o asentir como respuesta.

"No tienes que preocuparte, Christy, ten paciencia y todo se arreglará" Le prometió y se zampó su propia comida. Christoffer ni siquiera se molestó en intentar descifrar lo que acababa de decir. Sinceramente, ¿eso tenía que significar algo? En realidad, nada importaba, decidió Christoffer, a menos que Leonard estuviera allí. Que no estaba.

"Leonard no viene ... ¿verdad?" Preguntó Christoffer, casi susurrando. Temía que, si pronunciaba las palabras, se convirtieran en verdad, y esta verdad en particular era más de lo que podía soportar.

"Mi querido muchacho, sólo te dije que tuvieras paciencia. Sé que realmente querías que estuviera aquí, y créeme cuando te digo que él realmente quería, pero..."

"No" Se atragantó Christoffer. "Estás mintiendo. No quería estar aquí. Si así fuera, ahora estaría sentado con nosotros. Me estuvo mintiendo todo el tiempo" Christoffer se levantó bruscamente de la silla, haciéndola caer al suelo.

"Ahora, Christoffer, escúchame..."

"¡Para! No quiero escuchar. No sabes nada de nada, no conoces a Leonard y al parecer yo tampoco porque creí que me quería de verdad porque dijo que nunca me dejaría, pero tía, lo hizo y todo lo que dijo era mentira y no puedo.... No puedo respirar" Dijo mientras tiraba del cuello de su camisa.

"Oh querido, cálmate" Dijo Dima mientras se apresuraba a ayudarlo a quitarse la camisa. Sus propias manos temblaban demasiado como para hacerlo, y en su lugar se arañó el pelo mientras trataba de forzar el oxígeno en sus pulmones, pero simplemente no funcionaban. Se sintió mareado y se hundió tembloroso en el suelo mientras Dima intentaba calmarlo con sus palabras y suaves caricias, pero tenía demasiado calor y Leonard no estaba allí y todo estaba tan mal.

Todo se desvaneció durante un rato, como solía ocurrir cuando sus ataques de pánico eran realmente graves. No se desmayó, en realidad no. Su mente se apagó mientras su cuerpo boqueaba torpemente en el suelo, pero después no pudo recordar los horripilantes detalles. Christoffer no sabía si agradecerlo o no. Siempre tenía la sensación de haber perdido una gran

parte de su vida, aunque sólo durara unos minutos.

Esta vez, cuando volvió, la tía Dima estaba inclinada sobre él, limpiándole la cara con un paño húmedo.

"Hola" Dijo Christoffer con voz ronca, dándole a entender que había vuelto a gritar. Dima se rio de él y se inclinó para besarle la frente.

"Después de todo eso, ¿lo único que vienes a decir es "hola"?" Ella le sacudió la cabeza con una sonrisa en la cara. Parecía aliviada de que por fin hubiera terminado.

"Lo siento" Christoffer hizo un gesto de dolor. Tenía la garganta muy seca y le dolía al hablar, lo que le hacía preguntarse cuánto gritaba realmente.

"Tienes un buen par de pulmones, muchacho" Dijo la tía Dima como si leyera sus pensamientos. "Te prepararé una taza de leche caliente con miel para aliviarte el dolor de garganta, y luego tengo algo que darte" Dijo con una sonrisa alentadora.

Christoffer asintió con la cabeza y ella le ayudó a sentarse en la silla en la que había estado antes, que ahora volvía a estar sobre sus cuatro patas.

Esperó pacientemente a que ella terminara su taza de leche caliente antes de volver a hablar.

"Lo siento mucho, tía. Sé lo mucho que te preocupan estas cosas" Dijo y removió la leche y la miel con la cuchara.

"No seas tonto, Christoffer" Ella habló con severidad, realmente molesta porque él se disculpara por algo que no podía controlar. "No quiero que te disculpes por eso, nunca más. No es culpa tuya, y lo sabes tan bien como yo" Ella extendió su mano sobre la de él, consoladoramente.

"Lo sé, pero odio que tengas que verme así".

"Sinceramente, Christy, prefiero tenerte a la vista cuando ocurra para poder ayudarte, en lugar de que pases por ello tú solo. Te hiciste mucho daño aquella vez hace dos años, la forma en que te desmayas es peligrosa. Estoy aquí para ayudarte, siempre que lo necesites. Aunque no seas consciente de que necesitas ayuda"

Christoffer le sonrió cansado.

"Lo sé, y te lo agradezco. Gracias por estar siempre ahí" Ella se limitó a apretarle la mano antes de levantarse.

"Ahora, voy a buscar algo. Se suponía que iba a darte esto mientras intercambiábamos regalos esta tarde, pero las circunstancias exigen un enfoque diferente" Christoffer volvió a sentirse confuso por sus palabras, pero lo dejó pasar. Supuso que ella se lo diría cuando volviera del

salón.

"Antes de que lo abras, quiero disculparme" Dijo ella sentándose de nuevo.

"¿Por qué? preguntó Christoffer, aún más confuso.

"Sé cómo funciona tu mente, Christoffer. Después de tantos años lidiando con tus inseguridades, sé cómo funciona y qué las desencadena. Es que... Leonard fue tan bueno contigo, Christy, y te ha ido tan bien. Pensé que podía esperar. No debería haberlo hecho, ahora lo sé y lo siento" Volvió a suspirar y le entregó un sobre.

Debió de notar la expresión de Christoffer, porque añadió: "Ábrelo"

Y Christoffer lo hizo.

"Dima", empezó despacio, "¿Qué es esto exactamente?"

"Bueno, ¿qué aspecto tiene?"

"Parecen… boletos para un avión a Francia" Dijo Christoffer. Pero eso no explicaba nada en su cabeza.

"Oh, lee lo que no pone ahí, tonto" Dijo Dima, que de repente sonaba como una adolescente mareada.

Así que Christoffer rebuscó entre todos los papeles que había allí, confirmaciones de los pedidos y reservas de hotel, y por fin apareció una nota escrita a mano en el fondo.

Dima se levantó sutilmente de la mesa y dejó a Christoffer solo en la cocina.

Mi querido Christoffer,

Soy una cobarde. Seré el primero en admitirlo. Primero quería decirte que siento muchísimo haberte dejado plantado y no haber venido a celebrar la Navidad contigo; sé lo mucho que te había hecho ilusión. Pero no pude ir porque me ofrecieron un trabajo que requería trasladarme a Francia con poca antelación. Tenía miedo de decírtelo por temor a que me rechazaras. Parece una tontería, después de todo lo que te dije sobre no marcharme. En realidad, parece absolutamente ridículo.

Lo que siento por ti, Christoffer, no es algo para tomar a la ligera. Me habría sentido absolutamente devastada si te hubiera pedido que vinieras conmigo y me hubieras dicho que no. En vez de eso, estoy haciendo esto, arriesgándome a que te derrumbes y me odies para siempre sólo para proteger mis propios sentimientos, y es estúpido y egoísta, y lo siento.

Te quiero.

Esta nota no tiene sentido porque mis pensamientos están desordenados, pero te quiero y quiero que vengas conmigo. Mi primer regalo para ti esta Navidad es un boleto de avión a Francia, para mí, y si decides venir, te estaré esperando aquí.

Si decides no venir, lo entiendo y no te lo reprocharé. Tienes tu vida allá, y después de todo traicioné tu confianza rompiendo mis promesas.

Que sepas que te quiero, y lo único que deseo es que seas feliz. Con o sin mí.

Con amor, Leonard.

Christoffer luchó por no derrumbarse, pero fue inútil. Cuando el dique se rompió, la tía Dima entró corriendo y lo abrazó durante el resto de la noche, mientras él intentaba dar sentido a sus sentimientos.

CAPÍTULO 25

Leonard esperaba en el aeropuerto a que llegara el avión de Christoffer y a que el hermoso hombre saliera de él. Había llegado demasiado pronto. Demasiado ansioso y lleno de energía nerviosa para quedarse quieto en la habitación del hotel ni un minuto más, se había apresurado a llegar al aeropuerto dos horas antes. Ahora, seis tazas de café después, seguía sin poder quedarse quieto.

La verdad es que no estaba nervioso. No era la palabra adecuada para describir lo que sentía. En realidad, estaba muerto de miedo. Tanto miedo de que lo que había hecho fuera imperdonable y de que Christoffer decidiera quedarse en casa y no ir a Francia y mil otras pequeñeces que ni siquiera podía recordar. Tenía tanto miedo.

Con cada tic-tac silencioso de su reloj de pulsera que resonaba en la mente de Leonard como un disparo, se ponía más ansioso. ¿Y si Christoffer no aparecía? ¿Qué pasaría entonces? Aún no se había permitido considerar esa posibilidad, una vez más estaba demasiado asustado para pensar en las consecuencias. Lo único que sabía era que necesitaba que Christoffer viniera, y que viniera pronto, o podría volverse loco.

La espera era insoportable, y más aún saber que Christoffer podría no venir. Leonard sabía que había cometido muchos errores en los últimos días, y no había forma de saber si podrían pasarse por alto o al menos perdonarse, y eso lo estaba matando. No tener a Christoffer con él le estaba matando.

Al principio estuvo a punto de rechazar el trabajo en París, no queriendo dejar atrás a Christoffer, pero luego pensó en esto. Recordaba con claridad que Christoffer había mencionado en múltiples ocasiones sus sueños de mudarse a París y abrir una panadería, o una cafetería, y ésta era la oportunidad perfecta para ambos. Leonard conseguiría el cambio de aires que desesperadamente había estado esperando, y si Christoffer venía con él podría cumplir su sueño. Y ninguno de los dos tendría que estar solo.

Era lo mejor que les podía pasar, pero Leonard era tan estúpido como para hacer esa jugarreta, no decirle a Christoffer que se iba y romper sus promesas. Eso podría poner en peligro todo el asunto.

Pero pasara lo que pasara, tenía fe en Christoffer y creía que tomaría la mejor decisión para los dos.

Eso no le calmó los nervios lo más mínimo.

La hora del descenso de Christoffer se acercaba rápidamente y Leonard ya no podía permanecer sentado. Empezó a pasearse de un lado a otro, ignorando las miradas molestas de otras personas que esperaban la llegada de un ser querido. El aeropuerto estaba tan concurrido como siempre, aunque algo menos en plena noche. Había querido que Christoffer tomara el primer vuelo posible, y como el viaje duraba varias horas, aterrizó a las tres de la madrugada.

Su séptima taza de café estaba olvidada en el suelo, donde antes estaba sentado, su único objetivo ahora era Christoffer. ¿Saldría por esas puertas con el resto de los pasajeros o Leonard tendría que volver solo a casa? Pero París no era su casa, no sin Christoffer.

Finalmente, tras horas de espera, los recién llegados salieron por las puertas. Leonard esperó pacientemente. No había necesidad de estresarse; o Christoffer estaba allí, o no. Lo sabría en un minuto, y lo que ocurriera después podía esperar. Lo único que quería ahora era ver la cara de aquel hermoso panadero entre la multitud.

La multitud se fue reduciendo poco a poco, a medida que todos encontraban a quien esperaban y se marchaban rápidamente. Sin embargo, aún no había rastro de Christoffer. Sin embargo, Leonard se negó a perder la esperanza. Se quedó allí, en la sala de espera ahora vacía, con la esperanza de que aquel a quien esperaba estuviera a la vuelta de la esquina.

A medida que pasaba el tiempo, cada vez era más difícil quedarse. Christoffer no venía, y Leonard empezaba a darse cuenta de ello. En realidad, no fue una sorpresa: Leonard sabía que era una posibilidad, incluso probable. Había demasiados errores y promesas rotas entre ellos como para que Christoffer quisiera quedarse con Leonard. No le dolía tanto como pensaba, pero tal vez los sentimientos le golpearan como un tren de mercancías una vez pasado el adormecimiento inicial.

Porque eso era todo lo que Leonard podía sentir: entumecimiento. Sentía el pecho vacío, porque en aquel sobre que había dejado para Christoffer, también había dejado su corazón. Con aquellas palabras que escribió, Te quiero, venía su corazón como un paquete, y cuando Christoffer no vino, tampoco vino la parte de él que Christoffer llevaba consigo.

Con el pecho hueco volvió al hotel, pero no llegó a subir a su habitación. Se quedó en el vestíbulo, porque ingenuo de él, había reservado la suite nupcial, con la esperanza de que Christoffer estuviera allí con él. Ahora le parecía una tontería y sólo servía para recordarle lo que no tenía. La idea de dormir allí solo, sin Christoffer, era como una puñalada en el estómago. Simplemente no podía hacerlo.

En lugar de eso, se quedó en el vestíbulo hasta altas horas de la madrugada, rememorando. Repasó todos los recuerdos que él y Christoffer habían hecho, tres meses enteros de recuerdos. Al pensar en eso, su mundo se sintió un poco menos frío. Tenían tantos buenos recuerdos, y Leonard apenas recordaba un momento en que se hubieran peleado. De vez en cuando había discusiones tontas sobre cualquier cosa, imposibles de evitar, pero parecían tan pequeñas en su mente comparadas con todo lo demás.

Realmente amaba al otro hombre, pero ahora tenía que encontrar la forma de seguir adelante. Pero no demasiado rápido, porque creía que se merecía la angustia y la tristeza. Él fue quien estropeó las cosas y, si pudiera, aliviaría con gusto el dolor de Christoffer, aunque eso supusiera una carga más pesada para él. Él se lo merecía, pero Christoffer no.

Era tan dulce, tan inocente, y Leonard quería protegerlo de todo lo malo del mundo. ¿Cómo podría hacerlo si él mismo había herido a Christoffer?

Al principio no entendía cómo una persona tan perfecta podía pisar la tierra, por qué no estaba en el cielo con el resto de los ángeles. Aquella voz dulce, de algún modo tan seductora, le hablaba con una autoridad que no cabría esperar de un hombre tan pequeño. Aún recordaba cada una de las palabras que el hombre le dijo aquella primera vez, y podía oírlas con toda claridad en su cabeza cada vez que recordaba aquel encuentro.

"Aquí no se puede fumar"

Leonard giró la cabeza. Eso no estaba en su cabeza.

Allí estaba él, la más perfecta de las creaciones de Dios. La madrugada no ofrecía mucha luz, salvo el suave resplandor de las luces del vestíbulo, pero no cabía duda. Christoffer estaba allí.

"¿Qué?" fue la respuesta más inteligente que Leonard pudo reunir. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había llevado las manos al bolsillo del abrigo, sacando los cigarrillos.

"Tienes la mala costumbre de sacarlos de donde no debes, Leonard" Dijo Christoffer mientras se acercaba para quitarle el paquete azul claro de las manos.

"Ni siquiera tengo mechero" Tartamudeó Leonard, aún sorprendido de ver a Christoffer frente a él, en Francia.

"Eres un idiota" Dijo Christoffer y sacudió la cabeza. Leonard no estaba seguro de si seguía hablando de los cigarrillos.

"No voy a tratar de discutir contigo sobre ese punto. Creo que es seguro decir que soy, de hecho, el mayor idiota de la tierra en este momento" Leonard agachó la cabeza, demasiado avergonzado para mirar a Christoffer a los ojos.

"Oh, cállate" Suspiró Christoffer y Leonard levantó la cabeza. Christoffer nunca utilizaba ese tipo de lenguaje. "¡Eres un idiota y no puedo creer que hayas escrito eso en una estúpida carta!"

"Eh... ¿Escribir qué exactamente?" Preguntó Leonard, inseguro de lo que Christoffer estaba hablando.

"Escribiste que me amas, cabeza de culo. ¡No puedes hacer eso, así como así!". La boca de Leonard se crispó ligeramente ante el entrañable insulto; así era más el Christoffer que conocía.

"No te atrevas a reírte de mí, Leonard. ¡Lo digo en serio!" La voz de Christoffer se estaba volviendo demasiado alta para su comodidad, y Leonard sugirió que se trasladaran a la habitación del hotel. Así que subieron al ascensor en un tenso silencio, con el pie de Christoffer golpeando el suelo.

Un hábito nervioso, había aprendido Leonard. Tenía tantas ganas de abrazar a Christoffer y besarle la cara una y otra vez para asegurarse de que Christoffer estaba allí de verdad y de que no

era una ilusión. Christoffer estaba allí, en el ascensor, pero a Leonard le costaba creerlo. Había tenido horas para recordar cada pequeña cosa que había hecho mal, y ahora simplemente no podía ver cómo Christoffer podría alguna vez lo había querido en el primer lugar, no importa después de llegar realmente a conocerlo y todos sus defectos. Era un hombre agotado, miserable y cobarde, y eso era sólo el principio.

Christoffer debe tener la paciencia de un ángel, eso es seguro.

Pero, de nuevo, ¿no era eso lo que Christoffer pensaba de Leonard también? Christoffer no se creía lo bastante bueno para Leonard, cuando sin duda lo era, así que quizá Leonard también lo valía. Le costaba creerlo, pero esperaba que fuera cierto.

No quería que Christoffer se diera cuenta de repente de cuánto trabajo tendría que invertir en una relación con Leonard, una vez que la fase de luna de miel hubiera terminado. Leonard hacía muchas cosas mal a diario y ahora, cuando vivieran juntos de verdad, Christoffer sería testigo de todo ello.

Por ahora, sin embargo, Leonard tenía que asegurarse de que Christoffer realmente quería quedarse.

En cuanto entraron en la gran suite, se encontró retrocediendo a trompicones con el brazo de Christoffer pegado al pecho.

"Eres un idiota" Volvió a exclamar Christoffer, esta vez seguido de un sollozo. "¡No puedes hacer las cosas así! ¿Tienes idea de lo desgraciado que me sentía? Me estaba desmoronando porque estaba seguro de que había hecho algo para alejarte... ¡otra vez! ¿No aprendiste nada de la última vez?" Christoffer seguía sollozando en sus brazos, pero aun así consiguió hablar con coherencia.

"Lo sé, cariño, lo siento mucho" Intentó tranquilizarlo Leonard.

"No, no lo sabes, no estabas allí. Fue malo, Leonard. Casi tan malo como cuando mis padres decidieron que yo no valía una mierda, y ya sabes lo malo que fue eso"

Christoffer sabía cómo hacer que Leonard se sintiera culpable.

"Sé que fui estúpido. Tan, tan estúpido. Pero Christoffer quise decir lo que escribí, te amo. Te quiero y te necesito conmigo. Entiendo que la decisión que tomé fue la equivocada, tantos matices de equivocación, pero no puedo volver el tiempo atrás. Lo único que puedo hacer es pedirte perdón y esperar que, con el tiempo, me perdones" Leonard abrazó a Christoffer con más fuerza y respiró hondo. "Te quiero, Christoffer, más de lo que puedo soportar, y tenía miedo de que no sintieras lo mismo. No podía soportar la posibilidad de que me rechazaras cara a cara, así que hice esto en su lugar. Lo hice para salvar mi corazón, pero en el proceso herí gravemente el tuyo. Por eso, nunca me lo perdonaré" Prometió Leonard solemnemente.

"No seas estúpido" Murmuró Christoffer en el pecho de Leonard. Había dejado de sollozar en

algún momento del pequeño discurso de Leonard, pero sus mejillas seguían húmedas de lágrimas.

"Entiendo por qué lo hiciste, Leonard, de verdad. Sólo desearía que hubieras confiado en mí lo suficiente como para decírmelo. Has luchado tanto por mi confianza durante tanto tiempo, y yo... confío en ti. Sólo necesito que confíes en mí cuando te digo que yo también te quiero" Leonard dejó de respirar y estaba casi seguro de que el corazón le dio un vuelco. Christoffer le quería.

"Christoffer..." Leonard no estaba seguro de cómo responder.

"Te amo, Leonard. Te quiero, te quiero, te quiero. No te dejaré nunca hasta que me eches a la fuerza de tu vida, porque te quiero" Leonard lo apretó aún más fuerte.

"¿Empiezas a captar el mensaje?" Preguntó Christoffer en voz baja. Leonard sólo pudo asentir.

"Lo que realmente odiaba, sin embargo, era que la primera vez que me dijiste que me querías, fue en una estúpida carta. Otra vez, ojalá me lo hubieras dicho" Christoffer le miró.

"Lo hice" Dijo Leonard rápidamente. "Sí te dije que te quería antes de escribirla" Christoffer le devolvió la mirada, con los ojos muy abiertos.

"¿Cuándo? Seguro que lo recordaría" Respiró Christoffer.

"Bueno... No estabas del todo despierto" Admitió Leonard un poco incómodo. "Fue después de que me hablaras de tu infancia, y de cómo encontraste a la tía Dima. Estabas tan cansado después de eso y yo estaba completamente abrumado por las emociones.

Nunca me había dado cuenta de lo fuerte que eres, de lo valiente. Lo que sentía por ti me afectó mucho en ese momento, cuando te consolaba en la cama y te ibas a dormir. Tenías tanto miedo de que te dejara, pero te dije que nunca lo haría, porque te quiero" Leonard no miró a Christoffer al contar la historia, un poco avergonzado.

"¡No puedo creerte!" Exclamó Christoffer, atónito. Tenía la boca abierta y los ojos desorbitados.

"Lo siento" Dijo Leonard y se rascó la nuca. "Supongo que las cosas habrían sido un poco más fáciles si te lo hubiera dicho en ese momento, ¿eh?"

"¿Tú crees?" Christoffer enarcó una ceja.

"Oye, no seas sarcástico conmigo ahora" Reprendió Leonard. Christoffer escondió la cara en el pecho de Leonard y refunfuñó algo.

"¿Qué ha sido eso, cariño?"

Christoffer volvió a levantar la cabeza. "Dije que quería ser el primero en decirlo" Dijo y

frunció el ceño.

"¿En serio?" Leonard se quedó sorprendido.

"Tenía todo este discurso planeado para Navidad. Iba a decirte cuánto te quería y...". Christoffer se interrumpió.

"¿Y...?" Leonard animó.

"Y luego te besaría hasta dejarte sin sentido" Terminó Christoffer, pero Leonard podía sentir la mentira en algún lugar de la voz de Christoffer. Eso no era lo que iba a decir.

"Bueno, entonces" Dijo Leonard en lugar de insistir, "¿A qué esperas?"

Christoffer no esperó ni un segundo más antes de acercarse y atrapar los labios de Leonard con los suyos. Había mucha desesperación en el beso, algo que Leonard no esperaba. Se sorprendió, pero decidió que le gustaba. Sintió la misma desesperación por acercarse, física y mentalmente.

Cuando Christoffer tiró de su camisa, se echó hacia atrás.

"Christoffer..." Gimió. "¿Qué planeabas exactamente?"

"Te daré una pista" Dijo él y le dedicó a Leonard una sonrisa maliciosa. "Te encantará, créeme. Te dejará boquiabierto, seguro, ni siquiera podrás hablar, porque tu boca estará ocupada haciendo otras cosas. Al final de esta experiencia, probablemente los dos seremos un desastre pegajoso. Será la primera vez para uno de los dos"

Leonard se echó a reír. "Jesús, Christoffer. No puedo creer que hayas memorizado eso" Dijo con una gran sonrisa en la cara.

Christoffer se limitó a encogerse de hombros. "Salvo que esta vez no habrá 'leves malentendidos': significa exactamente lo que tú crees" A Leonard se le cortó la respiración.

"¿Estás seguro?"

Christoffer no dudó un segundo antes de contestar: "Absolutamente". Y eso fue todo. No se habló más, salvo alguna que otra confesión de amor, y los nombres gimieron de placer.

Al principio fue lento e inseguro, tropezaron al familiarizarse con el cuerpo del otro, pero pronto se sincronizaron a la perfección. Sobre el lienzo en blanco que eran las sábanas, poco a poco fue apareciendo un hermoso cuadro: cada sonido de placer era una pincelada, y juntos pintaron una obra maestra sobre aquellas sábanas desmenuzadas.

Después, permanecieron en silencio en la cama durante mucho tiempo. Ninguno de los dos sabía qué decir, pero de alguna manera ambos sabían lo que el otro estaba pensando. Pensamientos de gratificación, felicidad y amor llenaban la mente de Leonard, y veía lo mismo

reflejado en el rostro de Christoffer.

Fue Christoffer el primero en romper el silencio.

"Iba a pedirte que te casaras conmigo" Susurró Christoffer, tan bajo que Leonard no estaba seguro de haberlo oído bien. No se atrevió a decir una palabra, temeroso de haberlo imaginado.

Pero no podía quedarse callado mucho tiempo. Necesitaba saber qué demonios acababa de ocurrir.

"¿Qué?" Se atragantó, con la voz llena de emoción.

"Al final de mi discurso. Iba a decirte lo mucho que te quiero y a agradecerte todo lo que has hecho por mí. Luego me arrodillaría y te pediría que te casaras conmigo" Christoffer miraba fijamente al techo mientras decía esto, pero Leonard no estaba muy seguro de lo que estaba mirando.

"¿En serio?" Preguntó Leonard, con los ojos llenos de lágrimas.

"De verdad" Christoffer seguía sin mirarle.

"Joder" Susurró Leonard. "¡Joder!" Golpeó la almohada bajo su cabeza, y se sentó. ¿Cómo podía ser tan jodidamente estúpido?

Escondió la cara entre las manos y se inclinó hacia delante. No quería que Christoffer lo viera derrumbarse así, pero no había forma de que pudiera contener las compuertas.

"¿Leonard? ¿Qué te pasa?" Christoffer preguntó preocupado.

"¿Qué pasa? Christoffer, ibas a declararte y yo me fui y lo estropeé todo, ¡soy una cobarde! Si me hubiera quedado, nada de esto habría pasado y tú seguirías siendo feliz y estaríamos prometidos, pero la cagué y...".

Christoffer lo besó.

"Cálmate, Leonard" Dijo Christoffer con voz tranquilizadora.

"¿Cómo? ¿Cómo puedo calmarme si...?"

Christoffer volvió a besarlo. Luego se echó a reír. No, en realidad, soltó una risita. Leonard no entendía qué le hacía tanta gracia.

"Déjame hablar, ¿vale?" Christoffer le sonrió. Leonard asintió. "No has estropeado nada, ¿vale? Claro, se me rompió absolutamente el corazón cuando no apareciste, y realmente pensé que habíamos terminado y que me habías dejado." Leonard dejó escapar un gemido angustiado, pero Christoffer volvió a silenciarlo.

"Pero", continuó Christoffer, "entonces la tía Dima me dio tu regalo. Leí tu carta, y no voy a mentir y decir que todo iba bien, ni mucho menos. Estaba muy enfadado contigo, y lo primero que iba a hacer al llegar aquí era abofetearte. Pero entonces te vi sentado allí con tus cigarrillos en la mano -en el vestíbulo de un hotel, donde realmente no te opones a fumar- y me recordó tanto a la primera vez que nos conocimos. Parecías tan abatido, y me di cuenta de que no era el único que sufría este desastre. Lo único que quería hacer era abrazarte, que parecieras menos un cachorro pateado, pero al mismo tiempo seguía tan enfadada.

"Ahora tampoco está todo bien, Leonard. Tú también lo sabes, y tenemos mucho que pensar si de verdad queremos que esto funcione. Yo quiero que esto funcione, seguro que tú también" terminó preguntando Christoffer.

"Por supuesto" Respondió Leonard con sinceridad.

"Entonces cásate conmigo" En realidad no era una pregunta, sino más bien una exigencia, pero lo único que Leonard pudo hacer fue asentir con la cabeza. Estaba tan abrumado por la emoción una vez más, y las lágrimas caían silenciosamente por su rostro. Nunca había esperado que Christoffer viniera, y mucho menos que se declarara cuando llegó, y estaba tan feliz.

"¿Leonard? Estoy seguro de que ya sé la respuesta, pero me gustaría oírtela decir" Christoffer alargó la mano para acariciar la mejilla de Leonard. "Leonard, ¿quieres casarte conmigo?"

Esta vez no hubo dudas: Leonard respondió con un alto y claro: "¡Sí!".

Y entonces besó a Christoffer.

CAPÍTULO 26

La panadería estaba aún más llena de lo normal, el espíritu festivo atraía a los clientes como polillas a la llama. Estaban celebrando tres años de éxito y había tanta gente que Christoffer apenas podía maniobrar para volver a la cocina. Llevaba todo el día yendo y viniendo, compaginando bien sus responsabilidades. Entre las rondas de horneado, cotilleaba con los clientes, atendía las mesas y no perdía de vista a la pequeña señora del fondo, a la que era muy importante mantener satisfecha.

Cada vez que miraba su barriguita, su corazón latía un poco más fuerte, sabiendo que lo que había allí estaba a punto de estallar cualquier día de estos. No podía estar más contento.

Leonard estaba sentado a su lado, sonriendo como un loco mientras le acariciaba la barriga. A Christoffer se le encogió el corazón al verlo así. Sería un padre estupendo, Christoffer estaba seguro.

Por ahora, sin embargo, sólo tenían que esperar.

"¡Christoffer!", gritó alguien desde el otro lado de la habitación, y la pequeña burbuja de Christoffer estalló. Tenía que concentrarse en el trabajo.

"Oui, madame", dijo acercándose a la mujer.

Su francés se había agudizado en los tres años que había vivido en París, y la incomodidad inicial que había sentido al tratar de hablar el idioma estaba superada desde hacía tiempo. A Leonard le había costado un poco más acostumbrarse, pero no tenía que hablar mucho francés para poder hacer su trabajo, así que en realidad nunca fue un problema.

La mujer lo envió de vuelta a la cocina con el pedido de croissants recién horneados para llevar a casa, y por suerte Christoffer acababa de preparar una tanda. Lo único que tuvo que hacer fue meterlos un rato en el horno, y mientras tanto pudo volver a ver cómo estaba su amante.

"Hola Leonard", dijo mientras se sentaba. "Sarah, estás tan guapa como siempre", continuó, mirando a la pelirroja.

"Oh, cállate. Estoy embarazada de casi nueve meses, no me he duchado en casi tres días y llevo pantalones de chándal. No estoy 'encantadora'", murmuró entre cucharadas de yogur.

Christoffer sólo se rió. "Sarah, no podrías estar más encantadora aunque lo intentaras. El hecho de que lleves en tu vientre al bebé de Leonard, que llegará en cualquier momento, te convierte para mí en la mujer más hermosa del mundo"

Sarah se sonrojó y refunfuñó algo que Christoffer no pudo entender.

"Quizá tenga que darle la razón a Christoffer, Sarah. Eres increíble", dijo él y volvió a

acariciarle el estómago.

"¿Quieres dejar de hacer eso?", preguntó ella y le apartó la mano. "Es demasiado íntimo. Se supone que tienes que estar encima de Christoffer, no de mí". Ella había estado más irritable que de costumbre el último par de días.

"Pero ahí dentro está mi hombrecito", se quejó Leonard. "Quiero asegurarme de que sabe que se le quiere". Hizo un puchero.

"Bueno, ¿puedes hacer eso en un entorno menos público?", Preguntó, una vez más apartando las manos de Leonard de su estómago. "Sinceramente, espero que el bebé salga con la cabeza llena de pelo rojo. Te lo mereces", hizo un mohín. No le gustaba que Leonard le prestara tanta atención, sobre todo cuando se sentía a disgusto con su propio cuerpo. Christoffer había hablado con ella al respecto y, aunque le había dicho que los quería a los dos por haberle dado la oportunidad de gestar a su primer hijo, no volvería a hacerlo. Odiaba estar embarazada.

Oye, ya hemos hablado de esto", argumentó Christoffer. "Hay muchas posibilidades de que los rasgos oscuros de Leonard ganen a tu ardiente pelo rojo"

Esa también había sido una preocupación -habían querido que el niño se pareciera a Leonard o a Christoffer, ya que iba a ser suyo, esencialmente. No había forma de combinar la tez clara de Christoffer con el pelo rojo dominante de Sarah sin acabar con un bebé tan fogoso como Sarah. Pero realmente querían que Sarah gestara a su primer bebé, así que después de hablar con algunos médicos decidieron que si Leonard lo intentaba, los riesgos merecerían la pena.

Y aquí estaban. Sarah embarazada de nueve meses, mimada por Leonard y Christoffer, que pronto serían felices padres.

"Lo sé, cariño, sólo bromeaba", dijo Sarah y se inclinó para besar la mejilla de Christoffer. "Perdona por estar tan gruñona todo el rato, las hormonas se están apoderando de mí". Sonrió disculpándose.

"No hace falta que te disculpes, Sarah", dijo Christoffer y la abrazó más cerca de él. "Es mi bebé lo que llevas ahí dentro, es mi deber aguantar tus cambios de humor. Aunque no fuera mío, sabes que estaría a tu lado. Es mi deber como tu mejor amigo". Christoffer sonrió mientras Sarah lo apartaba.

"Te estás poniendo demasiado sensiblera, vuelve al trabajo idiota"

Leonard, que había estado sentada en silencio, observando su interacción, resopló.

"Oh, cállate, eres tan mala como yo", dijo Christoffer e hizo un puchero en dirección a Leonard.

"Ven aquí. Leonard tendió los brazos a Christoffer, que cayó en un abrazo fácil antes de retirarse.

"Pero tiene razón, debería volver al trabajo. Esos cruasanes deberían estar listos en cualquier momento", dijo Christoffer y dejó a Leonard con un beso de despedida antes de volver a la cocina.

A pesar de la multitud, Christoffer no se sentía estresado ni agobiado. Le encantaba que la cafetería de la panadería estuviera tan llena, estaba en su elemento. Nunca había un momento aburrido en la pequeña boulangerie, y eso quedó demostrado una vez más cuando Leonard entró corriendo en la cocina.

"¡Se ha roto!" Leonard casi gritó, y Christoffer saltó por los aires.

"¡Jesús, Leonard, cálmate! No hace falta que hagas tanto ruido, se me podría haber caído algo", dijo Christoffer en un tono mucho más calmado, limpiándose la mano en el delantal. "A ver, ¿qué es exactamente lo que has roto esta vez?". Preguntó, pensando que se trataba, una vez más, de una taza o un plato. Oh, qué susto se llevó.

"El agua, Christoffer. ¡Sarah rompió aguas!" Leonard no había bajado la voz lo más mínimo, pero esta vez a Christoffer no le importó.

"Madre de todo lo sagrado, ¿hablas en serio?" Christoffer también gritaba, esta vez.

"Joder, deja de mirarme y ven", se apresuró a decir Leonard antes de volver corriendo a la cafetería.

Christoffer tardó unos segundos más en comprender la situación, pero cuando lo hizo salió corriendo lo más rápido que pudo.

"Aguanta, Sarah, yo iré a por el coche y Christoffer se encargará de sacarte por la puerta, ¿vale?". Sarah parecía ligeramente asustada y se limitó a apartar a Leonard de un manotazo.

"¡Maldito idiota, vete! Deprisa". Christoffer corrió a su lado, y la dejó poner su brazo alrededor de su hombro.

"Ven aquí, dulzura, déjame ayudarte", dijo Christoffer en un tono tranquilizador, que sólo pareció frustrar más a Sarah.

"No necesito tu maldita ayuda, aléjate", refunfuñó ella, pero no la soltó. Sus piernas estaban demasiado inestables.

"Pastel de dulce de leche, no tengo a nadie que se ocupe de la tienda", exclamó Christoffer.

"No te preocupes", dijo uno de los clientes habituales. Una señora que llevaba acudiendo a la tienda desde que abrió por primera vez, y a la que Christoffer confiaba su vida. Se había convertido en una segunda tía Dima para él. "Me aseguraré de que los clientes encuentren la salida y cerraré por ti. Cuida de tu hijo ahí dentro". Ella le dio una sonrisa tranquilizadora, justo

cuando un coche sonó fuera de la puerta.

Leonard estaba allí.

"Muchas gracias", dijo Christoffer agradecido y caminó lentamente con Sarah hacia la puerta después de entregarle las llaves a la señora.

Leonard se apresuró a salir del asiento del conductor para ayudar a Sarah a entrar en el coche, y en cuanto estuvieron todos metidos en él, se pusieron en marcha.

Fue un viaje interesante, por no decir otra cosa. Sarah no paraba de maldecir, y Leonard se acercaba constantemente desde el asiento del conductor para consolarla, pero eso sólo hacía que maldijera más fuerte. Christoffer estaba sentado en el asiento trasero, casi cayéndose cuando intentaba inclinarse hacia Sarah y acariciarle los hombros, y cada giro le hacía perder el equilibrio.

"¡Jesucristo, llévame al maldito hospital para que puedan sacarme a este monstruo!". Sarah nunca había tenido un buen filtro entre su cerebro y su boca, y durante su embarazo parecía inexistente.

"Oye", protestó Leonard. "Mi bebé no es un monstruo, muchas gracias", dijo frunciendo el ceño.

"¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué no pudiste llevarlo tú misma durante nueve meses?". le espetó Sarah.

Leonard abrió la boca para contestar, pero la cerró cuando Sarah le lanzó una mirada asesina.

Christoffer se obligó a contener una risita, encontrando la situación increíblemente divertida, pero sabiendo cómo reaccionaría Sarah si se reía de ellos. Esa mirada se volvería contra Christoffer, y a él no le apetecía quedar convertido en un montón humeante de ceniza por el calor de la misma mientras Leonard llegaba a ver a su primogénito. Así que mantuvo la boca bien cerrada.

Al llegar por fin al hospital, tanto Leonard como Christoffer se lanzaron fuera del coche para ayudar a Sarah antes de que ella misma tropezara. Una enfermera los recibió al llegar, pues había llamado antes para asegurarse de que el personal estaba preparado para atender a Sarah, y pronto los metieron a todos en una pequeña habitación y colocaron a Sarah en una cama con las piernas abiertas.

¿La siguiente... hora? ¿Media hora? El tiempo era extraño en aquella habitación, pero estaba lleno de gruñidos y gritos, palabras de ánimo susurradas y un flujo constante de "¡puja!".

"¡Es una niña!", anunció el médico cuando la pequeña criatura estuvo por fin fuera, y Christoffer se dejó caer en el abrazo de Leonard.

"Es una niña", repitió Christoffer, a quien le costaba creer que, por fin, después de tantos meses de espera, su hijo hubiera nacido.

"Es una niña", confirmó Leonard, sonando sin aliento, como si él tampoco pudiera creerlo. Como si fuera demasiado bueno para ser verdad.

"Me debes cinco euros", dijo Christoffer con una risita.

"Maldita sea", gimió Leonard. "Esperaba que lo olvidaras. Estaba tan segura de que era un chico". Christoffer negó con la cabeza.

"Te dije que era una niña. Deberías aprender a confiar en mí". Leonard le lanzó una mirada incrédula.

"¿Después de lo que pasó la semana pasada cuando pintamos el cuarto del bebé?". Él negó con la cabeza. "Nunca volveré a confiar en ti"

Christoffer estaba a punto de replicar, pero el médico lo interrumpió.

"¿Quién quiere cogerla primero?". Tanto Leonard como Christoffer alargaron la mano para coger a su niña, pero Sarah negó rápidamente con la cabeza.

"Olvidadlo, los dos. Yo merezco cogerla primero. Después de todo, he pasado por todo este dolor por vuestro bien, y después de esto os la llevaréis a casa. Me merezco este tiempo con ella". Aunque había un tono de broma en su voz, ambos sabían que hablaba en serio. Nunca les echaría en cara que llevara a su bebé, no en serio, pero se lo agradecían eternamente, y ahora mismo estarían de acuerdo con cualquier cosa que dijera.

Era su reina. Desde que Christoffer la conoció, había pensado que era la chica más increíble, y ahora lo había demostrado una vez más. Ella es la mejor, y ahora Leonard tiene que verlo también. Algún día, se juró Christoffer, le contaría a la pequeña todas las grandes cosas que había hecho por ellos.

Primero, tenían otro asunto que tratar.

"¿Cómo deberíamos llamarla?" Preguntó Christoffer, e inclinó la cabeza para mirar a Leonard.

No es que no lo hubieran hablado miles de veces, pero no querían tomar una decisión definitiva antes de conocer al bebé. Querían asegurarse de que el nombre era el adecuado.

"Emina", dijo Leonard con voz segura.

"¿Emina?" preguntó Christoffer. Ese nombre no se había mencionado en ninguna de sus conversaciones, así que fue una sorpresa.

"Mírala", añadió Leonard con voz más suave. "¿No parece una Emina?". Abrazó a Christoffer

un poco más fuerte.

Todos en la sala, incluso el médico, volvieron los ojos para posarlos en el bebé cuidadosamente acunado en el pecho de Sarah. Sarah abrió los ojos por primera vez y captó la mirada de Christoffer. Sus suaves ojos azules derritieron de inmediato el corazón de Christoffer, igual que lo habían hecho los de Leonard la primera vez que se conocieron, y él no pudo hacer otra cosa que asentir con la cabeza.

"Lo hace", susurró Christoffer, y Leonard tarareó con la nariz apretada en el pelo de Christoffer. Los ojos de Christoffer empezaron a lagrimear y apretó con fuerza las manos de Leonard. "Por fin ha llegado nuestra pequeña, Leonard. Nuestra pequeña Emina".

El silencio se extendió por la habitación, y el único sonido que se oía era el gemido ocasional de la pequeña Emina. Pronto se quedó dormida, al igual que Sarah. Cuando el médico se sintió satisfecho de que todo estuviera en orden, salió de la habitación, y Christoffer se volvió para mirar a Leonard.

"¿Te lo puedes creer?" Susurró Christoffer. En parte para no despertar a las bellezas dormidas, pero también porque la serena atmósfera de la habitación no permitía otra cosa.

"¿Creer qué?" Leonard preguntó, deslizando los brazos alrededor de la cintura de Christoffer.

"Todo", suspiró Christoffer. "Simplemente... No puedo creer lo afortunado que soy. Por haberte conocido, por animarme a seguir mis sueños. Por que estés aquí mientras persigo mis sueños, y ahora esto. Tenemos una hija, Leonard. Una hija, por el amor de Dios. Somos padres. Tengo una familia contigo. Tengo todo lo que podría desear en la vida, y ni siquiera tengo treinta años. Soy tan malditamente afortunado, y creo que no lo aprecio lo suficiente". El rostro de Christoffer estaba húmedo por las lágrimas, pero ninguno de los dos alzó la mano para secárselas. No hacía falta, porque eran lágrimas de felicidad. Christoffer nunca había sido tan feliz en su vida, se dio cuenta en ese momento.

Estaba abrazado al amor de su vida, su hija recién nacida dormía en brazos de su mejor amigo y el sueño de su vida le esperaba en casa.

"Increíble", coincidió Leonard. "Simplemente... increíble".

Esa noche se quedaron en el hospital, los dos apretujados en una de las incómodas sillas -Christoffer en el regazo de Leonard-, viendo a su hija dormir profundamente.

Ninguno de los dos pegó ojo, negándose a perderse ni un solo segundo. Aquel era, con diferencia, el mejor día de sus vidas, y no estaban dispuestos a dejarlo terminar todavía.